ALONSO IBARROLA

NO SE PUEDE DECIR IMPUNEMENTE "TE QUIERO" EN VENECIA

Relatos breves, muy breves, brevísimos...

Alonso Ibarrola

No se puede decir impunemente “te quiero” en Venecia

(Relatos breves, muy breves, brevísimos...)

Edición de Isabel Valcárcel

Vision Libros

No se puede decir impunemente
"te quiero"en Venecia (Relatos breves, muy breves, brevísimos...)
© Alonso Ibarrola
Edición de Isabel Valcárcel
© Editorial: Vision Libros
Calle San Benito 21 Local
Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9886-723-7
Depósito legal: M-

Diseño portada: cortesía Juan Berrio

Maquetación: Noelia Carretero
noelia@visionnet.es

Distribuye y produce:
Distribución de publicaciones C/ Magnolias 35 Bis, Local.
28029 Madrid.

Pedidos a: pedidos@visionnet.es
www.distribuciondigital.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

A mi hija Beatriz

Políticamente incorrectos

Sí, políticamente incorrectos son los relatos de Alonso Ibarrola, razón por la cual más de un ciudadano y de una ciudadana –como diría un político de pro y también de contra– se escandalizarán, se irritarán y se llevarán las manos a la cabeza por la forma en que plantea y remata situaciones tan absurdamente reales que nos provoca indignación. Esa indignación que surge cuando alguien se permite meternos el dedo en el ojo diciéndonos la verdad sin haberla pedido. Y en caso de haberla pedido, era para que dieran una palmadita en la espalda, nunca para que se tomaran al pie de la letra el papel de amigo sincero que te canta las cuarenta en bastos y se queda tan reconfortado y tú tan hecho polvo.

Así que sepa, quien se rasgue las vestiduras que, de entrada, no habrá entendido nada. Porque en estos relatos breves, muy breves

y algunos brevísimos –una sola línea–, que se ofrecen al lector –se recomienda leerlos despacio, en pequeños sorbos, como una meditación que nos enfrenta con nosotros mismos– lo que aflora es la ternura, la compasión, una cierta tristeza por la condición humana y un canto a la Vida, aunque sea la vida corriente que llevamos todos y donde sólo ocurren –o debieran– ocurrir las alegrías y las penas propias del ser humano (un nacimiento, una boda, un desamor –ahora lo llaman desencuentro–, la soledad, la amistad, los padres ancianos…). Sólo que contado en clave de humor, de humor negro, naturalmente, porque Alonso Ibarrola es uno de los "grandes" de este tipo de humor "en España y en el extranjero", como se expresaría alguien de "Hermano Lobo", aquella revista que llegó a competir con "La Codorniz" y en la que escribía Alonso Ibarrola. Muchos de estos relatos vieron la luz por primera vez en aquellas páginas legendarias.

Alonso Ibarrola es capaz –como Mihura, Chumy Chúmez o El Roto con sus dibujos– de hacer sonreír (aunque a veces no quisiéramos) desde la tragedia diciendo verdades como templos y golpeándonos donde más duele: en nuestra complaciente autojustificación que nos libera –que no nos hace libres– de reflexionar para poder soportar la vacuidad de la existencia. Claro que por esto paga el precio de tan osado atrevimiento: todo el mundo quiere tenerle por amigo, todo el mundo quiere que acuda a una cena, a un congreso, a un entierro… porque sacando fuerzas de donde no se sabe dónde es capaz de restaurar la mueca del dolor o de la tristeza en una sonrisa o en una carcajada … ¡Lás-

tima que no lleve un cuadernillo en el bolsillo para ir anotando tantas salidas ingeniosas en el momento más ¿inoportuno?, no, mejor sería decir oportuno, ése en el que nos quedamos azorados porque nos gustaría decir algo profundo con palabras grandilocuentes y consolar como si fuésemos un Sócrates… y no decimos nada más que frases huecas y archiconocidas. Entonces llega Alonso Ibarrola y nos enseña a los que tenemos la suerte de compartir su amistad o de leer sus relatos, que no hace falta ser erudito, y que en ese momento lo que hace falta es sacar la sonrisa que se resiste y lo hace así, a vuelapluma, espontánea, "zavattinianamente".

Aparte de la concisión del lenguaje –lo bueno, si breve, dos veces bueno– la otra gran aportación de Alonso Ibarrola es el final. Un final imprevisible que nos trastoca la idea que nos íbamos haciendo al hilo de la lectura. El bueno –como la vida misma– resulta ser malo, el niño resulta menos inocente de lo que habitualmente nos creemos que son los niños, el jefe no es peor que su empleado… y así sucesivamente.

Consustanciales a todos los relatos son también la Ternura, el Amor, la Vida, expresados de mil formas: con crueldad ("Un marido", "En Suiza"), el horror a la guerra ("El tipo perdido"), el desencanto ante una vida "vulgar" ("Hombre-cañón", "Atasco", "El invento"), la piedad por los menos favorecidos de la Fortuna (los presos, los enfermos, los hipocondríacos –tan contentos cuando se autoconfirman en su salud–, los ancianos … ¡ay, nuestros ancianos!), la muerte, la hipocresía, la religión, y un largo etcétera, que

los lectores deben descubrir por sí mismos, pues a cada uno, unos relatos, más que otros, le pondrán el dedo en su llaga peor curada, y encima le harán sonreir al descubrirse –al descubrirnos– tan débiles, tan tiernos, tan insinceros con nosotros mismos, tan contradictorios.

En esta selección no están todos los que son, es decir, se han quedado fuera muchos y buenos relatos, pero había que seleccionar, escoger con un criterio más que especializado, de apreciación, de impresión, de lucidez expositiva y conclusión despiadada, despiadadamente tierna, cruel, y también es por eso que se repiten algunos relatos que ya fueron escogidos en recopilaciones de autores diversos en torno a un tema común: "La residencia", "Titanic", "El donante", "Un desembarco", "En el túnel", "Ataque masivo", "Robinson", son algunos de ellos.

Igual que los grandes pintores son capaces con un solo trazo de descubrirnos su alma, el buen escritor puede hacerlo con un adjetivo, un verbo… Los "brevísimos" de esta Antología traen a la memoria los haikus –esa maravilla de expresión oriental donde la idea se resume en una sentencia, una frase– , como éste con el que se cierra el libro, titulado "Venecia": *No se puede decir impunemente "te quiero" en Venecia.* A buen entendedor, pocas palabras bastan.

Una última advertencia al posible lector: quizás algunas historias resulten un tanto "ingenuas" desde nuestra perspectiva actual, pero no hay que olvidar nunca el contexto histórico en que fueron escritos estos

relatos, aquella España de hace cincuenta años donde la censura franquista acechaba inquieta en busca de presas. Alonso Ibarrola tampoco se libró de la pluma del censor, y no una ni dos veces, sino unas cuantas.

Para un mejor conocimiento del autor, he considerado oportuno incluir dos prólogos –del cineasta Cesare Zavattini y del periodista y escritor Alejandro Fernández Pombo– aparecidos en anteriores ediciones impresas.

Isabel Valcárcel

Humor propio

Es inútil intentarlo. Sigue sin encontrarse una definición definitiva (qué hermosa redundancia) de qué cosa es el humor. Se ha intentado miles de veces y alguna de ellas incluso con humor. Pero la descripción y fórmula capaz de ser entendida por un extraterrestre o por el humano más carente de sentido del humor está aún sin encontrarse. Y, sin embargo, cuando el auténtico humor nos llega, ¡qué claro es el placer que se experimenta!, aunque venga acompañado, todo hay que decirlo, de inquietud, desasosiego y hasta dolor en algunas ocasiones. Es el caso de los sentimientos que nos despierta la relectura de los textos de Alonso Ibarrola.

Hablo de relectura porque hace tiempo que fui saboreando sus libros según se iban publicando. Ahora, como si fuera un clásico o más bien porque es un clásico, se ha editado esta nueva Antología, en la que se

demuestra que siguen vivos, sin perder un ápice de calidad, los relatos breves, otros muy breves y algunos brevísimos que aparecen en sus libros *Depetris* (1961), *Historias para burgueses* (1971), *Florecillas para ciudadanos respetuosos con la ley* (1975) y *Por mi grandísima culpa* (1988). Todos estos textos seleccionados (a los que habría que añadir quizás otros publicados en la prensa y no sólo en España) son tan valiosos que hasta se le puede perdonar al autor su obsesiva obsesión por Proust, al que, sin duda, ayudó a buscar el tiempo perdido y que al final encuentra Alonso Ibarrola por el camino del humor.

Maestro en el arte de narrar, lo es sobre todo en el de escribir relatos tan breves que muchos de ellos empiezan muy poco antes del punto final. Por ejemplo, el que titula *Los novios* y que dice textualmente esto que a continuación transcribo: "Veinticinco años de noviazgo eran muchos años. Así lo estimaban los dos, es decir, el novio y la novia. Sólo tenían una alternativa: casarse o separarse. Probaron la separación. Imposible. Ella prorrumpió en llanto al doblar la esquina, ante el asombro de los peatones. Él 1a llamó por teléfono ansiosamente por la noche a su casa, jurándole que no podía vivir sin ella. Decidieron casarse. La noticia conmovió a la madre de la novia. Lloró, sollozó sin tregua y pausa. Mi hija, mi pobre hija –decía–, casarse así... tan de repente".

Pienso en Azorín y en su suprema economía de las palabras. Trato de remedarle en uno sus famosos interrogantes: ¿Acaso no

están en estas líneas todos los elementos de una gran novela? ¿No cuentan esas hermosas frases ("prorrumpió en llanto al volver una esquina ante el asombro de los peatones...", "jurándole que no podía vivir sin ella...") todo el drama romántico de unos enamorados en una pequeña ciudad de provincias? ¿No es la breve intervención final de la madre -absorbente, posesiva y despistada, señor- el contrapunto entre el drama y el disparate que significa el más auténtico humor? Porque como todos los grandes humoristas que en el mundo han sido, a veces Alonso Ibarrola nos sirve la risa envuelta en el celofán de la amargura.

No hace falta seguir. De cualquier otro de estos minúsculos y grandes relatos podría hacerse un análisis parecido. Hay ocasiones en que el autor, en un desbordamiento increíble, hasta llena toda una página con una historia.

Pero en todos ellos, grandes o pequeños, pueden encontrarse estos tres elementos: la penetrante observación de la realidad, la contraposición humorística de elementos dispares y el laconismo expositivo. A esto habrá que añadir que a veces el autor se decide a escribir en primera persona con lo que manifiesta o da la impresión de que, además de reírse de cualquier bicho viviente, se está riendo de sí mismo; y ésa es la mejor muestra de su sentido del humor, porque eso sí que es una cosa muy seria, que no está al alcance de cualquiera...

Alejandro Fernández Pombo

Prólogo

He estado en España dos o tres veces. Es un país con el que congenio, donde tengo cinco o seis amigos queridísimos, lo mismo que en Milán o en Roma. Ni tan siquiera las corridas son capaces de hacerme sentir las diferencias que, sin embargo, existen. Nosotros podríamos ser ellos y ellos, nosotros. Como dos hermanos de una misma familia. Mezclo en mi profundo amor los pimientos a la gallega con Rafael Alberti, las miradas de las mujeres, que se disparan de un ojo sumiso y de otro libre, con García Lorca y esos versos tan bellos de Machado sobre los senderos del mar; todo lo mezclo, como por ejemplo una noche por las calles de Barcelona, en compañía de Ricardo Muñoz Suay y otros amigos, tratando de concebir un film como si la cámara pudiera alcanzar la velocidad del pensamiento. Nos movía la necesidad de actuar contra las reglas esta-

blecidas y de incorporar el objetivo, eliminando las mediaciones; tal era el ansia de expresarnos rápida y libremente, costase lo que costase. En tal estado de ánimo ni tan siquiera me percaté de que leía en español las narraciones del joven Alonso Ibarrola. Conozco muy mal su lengua; sin embargo, yo caminaba derecho como por una línea dialectal, porque en el dialecto se puede ser sintético, lagunoso hasta el máximo, porque algo misterioso, algo consanguíneo rellena los vacíos. Y aun cuando yo no entendiese, siempre había algo en lo que decía el humorista Alonso Ibarrola que me dejaba la impresión de haberle entendido. No sé cuánto vale según los parámetros críticos, literarios: Alonso Ibarrola ha alcanzado desde su primera manifestación literaria esa seriedad de fondo respecto a la vida que sólo puede expresarse a través de una risa que se mide a sí misma. Querer hacer reír a los demás es una postura solidaria, una alarma dada con generosidad, la confianza en la posibilidad de un coloquio, un diálogo, y de que el prójimo merece nuestra atención como nosotros merecemos la suya. Amén.

El humorista es uno de esos hombres que están siempre en el borde del equívoco; la risa de los demás puede embriagar y hacer perder el respeto que el hombre más debe al hombre. Evidentemente hablamos del humorismo que se basa en la convicción y no en el efecto, que alimenta la conciencia crítica sin proclamarlo, que nos ayuda a tomar conciencia de nuestra libertad, esa libertad que tantas veces olvidamos, que cuanto más contesta al hombre, más lo centra en su pro-

pia razón de vivir, en su dignidad. La insinuación, la alarma del humorista es una ventana fragorosamente abierta de par en par por el temporal. Pero a veces basta una hora para reintegrarnos en la fuerza de la costumbre y en el silencio frente a los abusos.

Alonso Ibarrola humorista (me repito), ama la vida en la medida en que intenta discutirla. La alegría de no ser ciego, que tan poéticamente refleja en una bellísima narración, es la alegría de vivir, un grito de agradecimiento a desconocidos, el júbilo de existir hasta las lágrimas; pero Alonso Ibarrola, en el modo de decirlo, en sus giros sintácticos, en el tono, en el estilo, en suma, que es una de las maquinaciones de la ironía, consigue advertir que en lo lírico, además de la belleza está también la verdad, alcanzable sólo a través de la lucha.

Cesare Zavattini
Roma, abril de 1971

La Residencia

Iba a verla todos los días. Su madre llevaba tres años en una residencia geriátrica, y le faltaban pocos años para llegar a centenaria. Algunas veces llegó al convencimiento de que jamás moriría. Su salud era de hierro, su carácter enérgico, agresivo y polémico con todos los que la rodeaban y cuidaban. Pero su salud mental comenzó poco a poco a degradarse. Comprobaba que iba perdiendo la noción del tiempo, la referencia de las cosas y de las personas. En este progresivo decaer, un día le planteó enérgicamente por qué la cambiaban constantemente de habitación. Era una queja más de tantas que formulaba a lo largo de los días, de los meses, de los años. Pero ésta constituía una novedad. De nada valieron las explicaciones que le dio. Insistía. Hasta que tuvo una feliz ocurrencia. Había un punto de referencia incuestionable: "En tu mesilla, están siempre las fotos

de tu difunto marido y de tu bisnieto. Ésa es tu habitación. Siempre que te lleven a ella, y compruebes que están las fotos, sabrás que es tu habitación". Miró a su hijo seriamente, como si estuviera escuchando una solemne tontería, y replicó: "En todas las habitaciones que me llevan están las fotos de tu padre y de tu nieto sobre la mesilla". Se hizo un silencio. Un mes más tarde murió. Trasladado su cadáver al tanatorio, el hijo se dirigió a la habitación vacía y recogió los objetos personales, entre ellos las fotos de su padre y de su nieto. A lo largo del pasillo de la residencia, iba con su pequeño maletín, cabizbajo y lloroso. De repente, se detuvo, estupefacto. Había observado que en la habitación contigua, cuya puerta estaba abierta, pues era el momento de la limpieza general, había sendas fotos de su padre y de su nieto en la mesilla. Su asombro no tuvo límites cuando comprobó que en todas las restantes sucedía lo mismo...

El suicida

Ha sido un transeúnte bajo de estatura y con gafas quien se ha percatado de la situación. "¡Allí!", dice indicando con su dedo índice la azotea de un alto edificio. El policía mira en la dirección indicada, al igual que otros transeúntes. Sí, en efecto, hay un hombre asomado peligrosamente sobre un alero, en la azotea. La gente se arremolina en torno al edificio. El individuo parece decir algo, pero el tráfico impide entenderle. "Grite un poco, por favor", exclama una anciana de pelo blanco y bolsito negro. "¡Me mataré, me tiraré! Nadie me ayuda. Soy un desgraciado. Quiero morir. Así terminará todo...!". El policía corre presuroso a una cabina telefónica callejera. Un transeúnte se aleja murmurando. "Todos dicen lo mismo y luego no se tiran". Llega un coche de bomberos. El tráfico se paraliza. Cientos de curiosos se agolpan frente al edificio. Los bomberos colocan una lona circular en el lugar, más o

menos supuesto, del posible aterrizaje. Acuden algunos fotógrafos de prensa con sus cámaras. El policía saluda marcialmente a su jefe, que ha llegado veloz en un coche. "Un sacerdote", exclama con voz recia el jefe de policía. "¿No hay ningún sacerdote?". Sudoroso y jadeante surge uno, abriéndose paso fatigosamente entre la multitud. "¡A la azotea!", ordena perentorio el jefe de policía. El sacerdote le sigue. Allí está el suicida, peligrosamente sentado en el estrecho alero. Imposible acercarse a él. El jefe de policía, a través del megáfono, inquiere: "¿Dónde vive usted?". El suicida, solícito, da su dirección, y el jefe de policía bisbisea algo al oído de un subordinado, mientras ordena al sacerdote: "¡Háblele usted!". Monótonamente, el sacerdote le cuenta cosas maravillosas, pero el suicida no se inmuta. "Me tiraré cuando termine de contar hasta cien". "Uno, dos...". Al llegar a noventa y nueve aparece su mujer, acompañada de una niña pálida y delgada. "¿Por qué haces estas cosas, por qué?", exclama llorosa la mujer, transportada rápidamente desde su domicilio en un coche de la policía. "La vida es maravillosa –afirma el sacerdote–. Le quieren, como verá... Y hay un Dios que espera". Una furtiva lágrima cruza la mejilla demacrada del presunto suicida. Fatigosamente se desliza por el alero hasta el grupo. Rápidamente, dos policías, como si temieran que de pronto se arrepintiera, le sujetan fuertemente por las muñecas. El jefe de policía, iracundo, le propina una sonora bofetada. "¡Te va a costar muy cara esta broma!". Abajo, en la calle, la multitud se dispersa desilusionada.

Sordomudos

Afirmaba conocer el alfabeto de la mímica y entender a la perfección el lenguaje utilizado por los sordomudos. Es por ello que entró a prestar servicio en un nuevo y original programa televisivo. Su labor sería cómoda y bien remunerada. Debía limitarse a ofrecer las noticias que un locutor leía previamente, con los signos habituales del método para sordomudos. Días más tarde fue despedido de empleo y sueldo, por la denuncia de varios telespectadores sordomudos. Por lo que se pudo saber más tarde, era un impostor. Ignoraba totalmente el alfabeto mímico y se lo inventaba sobre la marcha. Alegó que tenía necesidad de trabajo y que estaba convencido de que la cosa no tenía la menor importancia, pues las noticias no tenían interés alguno y a nadie perjudicaba...

El vuelo

Muy hábil para los trabajos de carpintería y mecánica general, se había fabricado dos alas que sujetas en su espalda le permitían volar a gran altura. Un día estuvo a punto de chocar con un avión de la línea regular Londres-Tánger. El director de la fábrica de aviones, donde trabaja el susodicho desde hace muchos años, se ha incautado de sus alas por "competencia desleal" y le ha despedido. El interfecto se tuvo que ir a pie.

Cena ligera

Algo maravilloso me ha sucedido. He conseguido hablar con Dios. Lo presentía porque algunas veces, con anterioridad, había logrado, de rodillas, elevarme del suelo, en levitación, sobre todo si la cena había sido ligera. De todos modos la conversación fue trivial. Me preguntó por mis padres y yo le dije: "Creo que están contigo". No supo qué responderme.

Diario secreto

Todos le tenían por un hombre serio, equilibrado y honesto. Pero por culpa de un cáncer murió. Dejaba viuda, cuatro hijos y una discreta pensión. La mujer, compungida y llorosa, se dispuso a afrontar la vida y a honrar la memoria de su marido. Cierto día, curioseando en la mesa de trabajo de su difunto marido, descubrió una agenda de cierto volumen, con todas las páginas repletas de una letra menuda y nerviosa, que inmediatamente reconoció como de su marido. Su rostro reflejó, ante la lectura, curiosidad primeramente. Luego, espanto... Toda la noche se la pasó leyendo el "diario secreto" de su marido... En el mismo había plasmado sus odios, sus frustraciones, sus amoríos, sus adulterios, sus experiencias con homosexuales y jovencitos... Toda una vida de vicio y corrupción, de degradación moral, se desvelaba ante sus ojos. Al final de

todo, una “nota” decía: “Querida: Entrega este manuscrito al editor L.” (aquí un nombre y una dirección). Con los derechos de autor, la viuda pudo afrontar la existencia con más tranquilidad, pero siempre le quedó la duda...

Peligroso

Llegó a la penitenciaría con fama de peligroso. Se decía de él que era un maníaco sexual, sádico, cruel y sanguinario y sobre todo un experto en fugas. Por su aspecto no lo parecía... En esto convenían tanto el director como los funcionarios y reclusos del Centro. Los años vinieron a demostrar, ciertamente, que era un pobre hombre. Tímido, débil, huidizo, nunca se enfrentó a nadie, soportó toda clase de humillaciones y vejaciones y jamás intentó fugarse. Especialmente esto último produjo desencanto en todos y hasta el mismo director se sintió defraudado. Un día que jugaba un partido de fútbol en el patio central, con otros reclusos, cayó el balón fuera del recinto de la prisión. El director, en tono burlón, le ordenó que fuera a buscarlo y le abrieron las puertas. Volvió poco después con el balón. Horas más tarde descubrirían que el balón no era

el mismo, que había traído otro, perteneciente a un niño rubio, que había sido localizado entre unos arbustos, cruelmente ultrajado y posteriormente asesinado. Todos, a partir de aquel día y hasta el momento de su ejecución, comenzaron a mirarle con más respeto.

Vendedor nato

Pocas veces visitaban la exposición clientes de tanta importancia. El Jefe del Departamento Internacional de Ventas estaba contento, más bien excitado, ante la magnitud de la operación. Los individuos, cinco en total, parecían africanos, quizá árabes. No se sabía exactamente en qué idioma se expresaban... Mostraban gran interés por el moderno armamento exhibido. Los encargos los verificaban utilizando los dedos de las manos. Cinco tanques, tres cañones antiaéreos, dos cañones de tamaño medio, un lanza-cohetes, cien ametralladoras, mil fusiles, mil bombas de mano... (cien veces uno de ellos mostró sus diez dedos). Cuando la lista de petición de material estuvo preparada, uno de los individuos en cuestión se dispuso a estampar su firma, mejor dicho, su pulgar derecho. De repente, sus ojos repararon en un vulgar pisapapeles de bron-

ce fundido. Inquirió con la mirada sobre su utilidad y el Jefe del Departamento, ni corto ni perezoso, lo cogió con su mano derecha y lo lanzó con todas sus fuerzas contra la cabeza de uno de los vigilantes de la exposición, que cayó al suelo fulminado. Los individuos, sorprendidos y sonrientes, se pasaron media hora indicando con los dedos que querían doscientos mil pisapapeles del modelo aludido.

Una boda

Esperaba con contenido nerviosismo el día de su boda. Es natural, pensarán. Todos los novios y las novias suelen ponerse muy nerviosos, días antes, semanas antes, meses antes... El novio en cuestión se puso nervioso exactamente sesenta días antes de la fecha de la ceremonia nupcial. Pero supo sobreponerse a su estado de ánimo y prepararlo todo, junto a su prometida, de manera perfecta. Las proclamas, la fecha y la hora en la iglesia, las invitaciones a familiares y amigos, los padrinos, las flores, el restaurante para el ágape posterior, las arras, los billetes de avión, el hotel en las Islas... todo estaba ya previsto, encargado y anotado. Sólo faltaba esperar a que llegara el ansiado día... y llegó. Espléndida estaba la novia, elegante el padrino y la madrina, floreado el templo y radiantes los numerosos invitados. Y en el momento emocionante en que el sacer-

dote, dirigiéndose a los contrayentes, en el silencio del templo –sólo interrumpido por el lloriqueo de un niño contumaz que, presto, fue enviado al exterior, con su azorada madre–, formuló al novio la ya tristemente célebre y famosa cuestión: "¿Quiere por esposa a...?" (Omito el nombre y apellidos de ella por discreción), éste, tranquilo, sereno, con un dominio exagerado quizás de la situación, respondió: "No". Ante el estupor general, el asombro y la sorpresa, el sacerdote, creyendo que se encontraba ante una broma de mal gusto, motivada por alguna apuesta secreta de "despedida de soltero", volvió a formular la cuestión. Nueva negativa; pero esta vez con una aclaración precisa, contundente y asombrosa. "En realidad, Padre, esta mujer –señaló con su dedo índice a su prometida– debería casarse con ese señor, amigo mío hasta ahora, que está ahí abajo con esa señora que es su mujer. Ellos lo saben bien. Yo lo supe hace dos meses y esperé este momento..." La prometida rompió en llanto, ante la estupefacción general. El novio, sin inmutarse, prosiguió: "Queridos amigos: no habrá boda, pero no quiero aguaros la fiesta. En el restaurante que ya conocéis por la invitación, os espero para celebrar la decisión más importante de mi vida, que ha sido no casarme. Perdonadme ahora..., gracias". Y se retiró.

El Reglamento

Llevaban casados tres años y pasaban estrecheces económicas. Es por ello que, cuando en su empresa convinieron en admitir a diez nuevas secretarias, se lo dijo a su mujer. Ésta superó las pruebas de aptitud y obtuvo la plaza. Al rellenar los impresos declaró ser "soltera" y dio como domicilio el de sus padres. Estaba prohibido terminantemente en la empresa que trabajaran marido y mujer. Todo fue bien. Se ignoraban mutuamente cuando se veían en los pasillos y despachos y se evitaban a la salida. Cada uno iba a su casa por caminos diferentes. Un día de verano no pudieron resistir la tentación y fueron sorprendidos por una compañera en el sofá de la sala de visitas, en la hora de descanso asignada para el almuerzo, en postura muy comprometedora. La empresa juzgó que la culpable era ella (él llevaba quince años en la misma, demostrando una conducta intacha-

ble) y la despidió. Él siguió en su puesto, aguantando las miradas irónicas y sonrisas maliciosas de sus compañeros y sobre todo las cartas anónimas que le dirigían a su mujer. "Tenga cuidado. Es un sinvergüenza", decía una de ellas. Y contaba lo ocurrido...

El semáforo

Iba con su hijo de seis años camino de casa, tras haber jugado en el parque. Al llegar al semáforo el niño apretó el botón de "cruce". Esperaron un momento y cruzaron en "verde". Un coche, que venía lanzado, con cinco individuos en su interior, pegó un frenazo, esquivó a la pareja asustándola y prosiguió su viaje. El padre gritó y lanzó un terrible insulto contra la madre del conductor. Unos metros más adelante el coche se detuvo. El chófer se dirigió al hombre, que sin intentar reaccionar siquiera, recibió una sarta de puñetazos. Los demás ocupantes del vehículo lograron separarlo y llevárselo. El niño lloraba y gritaba "Papá" con desgarro. Nadie circulaba por la calle en aquel momento... Padre e hijo reanudaron el camino. El padre se limpiaba las heridas y contusiones y calmaba al niño. "No le contaremos nada a mamá, ¿eh?... Pero si te pregunta algo, le dirás que papá se ha pegado contra cinco hombres malos... Cinco, recuerda, cinco".

La duda

Cuando murió su marido, allí estuvieron sus hijos, yernos y nueras, rodeándola solícitos. Tras los funerales, en la casa que prácticamente les había visto nacer –en el caso de las dos hijas había sido testigo de las sendas pedidas de mano– le habían dicho: "No te preocupes, madre, nos tienes a tu lado. Vivirás con nosotros". Y bien que lo cumplieron. Vendieron el inmueble, se repartieron el importe de la venta y decidieron que, cada mes, uno de los hijos o hijas tendría a la madre en su casa respectiva. La viuda lo aceptó sin rechistar porque la casa donde había compartido tantas alegrías y tristezas con su marido ya no le decía nada. Es más... le producía una inmensa tristeza. Durante los dos primeros años de su nueva existencia todo parecía ir sobre ruedas. Eran cuatro hogares distintos y en los cuatro se sentía bien recibida. Le querían los dos hijos, las dos hijas,

los dos yernos y las dos nueras. Incluso los nietos la adoraban. Pero dicen que el tiempo y la convivencia todo lo destruyen. Y con el paso del tiempo y de los años, los traslados mensuales de la anciana viuda comenzaron a resultar un calvario para todos... menos para ella. ¿Fueron primero las nueras o los yernos? No lo sabremos a ciencia cierta. Pero por esta parentela un tanto forzada y postiza comenzaron los primeros enfrentamientos. "¿Por qué nos tenemos que quedar con ella en agosto?", se preguntaba una. "¿Por qué se mete en lo que no le llaman?", se preguntaba el yerno, harto de oír los reproches de lo poco que atendía a los nietos y de lo permisivo que resultaba su comportamiento. Los traslados se convirtieron en auténtico calvario. Cada familia vivía la felicidad de tres meses y el cuarto "era la cruz". Resultaba cruel pensarlo, pero el hecho es que la anciana gozaba, con sus ochenta años, de una salud de hierro. ¿Cuánto tardaría Dios en acogerla en su seno? ¿Cinco años, diez, quince...? Un día se reunió la familia en consejo y decidieron terminar con aquello. Dado que era inhumano ingresarla en una residencia y ella además se negaba, lo mejor era que se decidiera por la casa de uno de ellos. Si no lo hacía, harían un sorteo secreto. La anciana, planteada la cuestión, se echó a llorar, exclamando: "Ya sé que si elijo a uno, los otros tres me van a odiar... Me niego".

Mendigos

Algunos mendigos son monótonos en sus peticiones callejeras. Todos los carteles que escriben dicen lo mismo y los transeúntes terminan por aburrirse y pasan indiferentes. Tengo una idea. No expondrían problemas personales, ni situaciones angustiosas. Un cartel, renovado cada día, indicando el título del espacio más interesante que la televisión emitirá por la noche, así como su hora de proyección y el canal. Sería algo útil, provechoso y llamaría la atención. Un cartel que diga, más o menos: "Hermano, estoy sin trabajo y sin televisor. Esta noche no podré ver la película tal y tal, protagonizada por fulano y zutano... y usted sí. Ayúdeme, por favor". ¿Les conmoverá? Temo que aprieten el paso para llegar a tiempo y no perderse el comienzo del film anunciado.

La juerga

Serían más o menos las tres de la mañana. Ellos, es decir, el numeroso grupo mixto, no tenían ni remota idea de la hora. El encargado del local, sí. Tenía ganas de irse a casa y no aguantar a aquellos clientes tan pelmas. Habían cenado, bebido, bailado hasta la saciedad. Por culpa de una de las chicas, dos estuvieron a punto de llegar a las manos. Tras muchos forcejeos la sangre no había llegado al río. Pero se habían escuchado palabras soeces, vulgares, imprecaciones y hasta alguna blasfemia. "Son los nuevos tiempos", se lamentaba el encargado, con la factura de los gastos en un platillo. Se la mostró a uno de los hombres del grupo, el que parecía más sereno de todos. Al ver la factura en el platillo y tomarla en sus manos con gesto dubitativo, sólo acertó a decir con palabras entrecortadas: "¡Anda, la dolorosa...!". Y lo dejó en el platillo. El encargado tocó lige-

ramente a otro compañero que besaba con pasión a una amiga, presumiblemente. Contrariado, al cabo de unos segundos se volvió. Al observar el platillo, se rió, su amiga también, y siguieron besándose, estrechamente abrazados. El encargado sabía cómo iba a terminar aquello. Siempre sucede lo mismo. En invierno, en Benidorm, la policía tiene ahora más trabajo comparado con la temporada veraniega. Años atrás no ocurrían estas cosas, pensaba el encargado. Cuando llegó una pareja y fue informada de lo que ocurría, fueron todos conminados a presentar su documentación. "O pagan o se vienen con nosotros...", advirtió uno de ellos. Al parecer nadie tenía mucho dinero. Salieron a relucir los DNI. Eran todos de la misma generación, no había duda alguna. Ochenta y cinco años, setenta y cuatro, sesenta y siete, y todos por el estilo. Una señora, orgullosa, les dijo: "Tengo ochenta y cinco, ¿verdad que no los aparento?". El guardia anotó cuidadosamente los nombres y apellidos, así como dirección y localidad. Mañana sabía que vendrían los hijos y los nietos a pagar los gastos y a hacerse cargo de los respectivos padres y abuelos. "¡Parecéis niños! –les gritarán el hijo o el nieto– ¿No os da vergüenza?". Y seguramente que alguien dirá: "¡No!", con desesperación.

Dulce muerte

La llevaron en coche hasta la coqueta residencia para ancianos. "Te gustará", le dijo su hija. La pobre mujer sonrió con cierta tristeza. Dos amables y elegantes enfermeras la acompañaron hasta el magnífico despacho del director del centro, que efusivamente le dio la bienvenida. Le mostraron luego su habitación dotada de todas las comodidades y con un televisor a color. En el comedor, dispuesto con gusto, conoció a sus compañeros y compañeras. Todas mostraban un aire triste y resignado, pese al ambiente de pretendida alegría, artificialmente creado con unos altavoces, que expandían ininterrumpidamente pasodobles y zarzuelas. La estancia resultaba cara, y cuando la familia allegada o pariente responsable no ingresaban la cantidad estipulada, eran requeridas por carta perentoriamente. Nadie había dejado sin pagar más de tres mensua-

lidades. Al cuarto mes, de no remediarse la situación, se producía inexorablemente una vacante. Algunos ancianos lo sospechaban y cuando rezaban, en sus secretas intenciones, decían: “Para que nunca falle el giro...”.

Recurso técnico

El accidente pudo haber sido mortal. Afortunadamente, gracias a los auxilios de la ciencia, salvó la vida. Cuando le comunicaron, al recobrar el conocimiento, que había sido necesario amputarle una pierna, unas lágrimas surcaron su rostro. Su cuerpo permaneció inmóvil, entre vendajes y cabestrillos. Más tarde, recibió la visita de su mujer que entre sollozos y suspiros, tuvo valor suficiente para darle ánimos: "No te preocupes, querido... Podrás conducir tu coche otra vez. Compraremos uno nuevo, adecuado para ti, con embrague de mano... Estás contento, ¿verdad?". El enfermo asintió.

La tercera copa

No parecía encontrarse muy bien el tío Ambrosio. Después de la abundante comida se empeñó en tomar una copita, en honor de su sobrina, cuya onomástica celebraban. Y luego otra... Antes de tomar la tercera se fue al retrete y no volvió. Fueron a buscarle y se alarmaron al ver que no respondía. Forzaron la puerta. Lo encontraron acurrucado en el suelo con los pantalones y calzoncillos bajados. Respiraba fatigosamente. Lo llevaron a una cama. Su aspecto les asustó. Como no tenían teléfono, bajaron al bar. No funcionaba el aparato. Comprobaron también que el de la cabina callejera estaba estropeado. Por fin, desde una cafetería lejana pudieron llamar a un "Servicio de Urgencia", pero comunicaba. Tras mucho insistir, al cabo de cinco horas, se presentó un médico que sólo pudo certificar su defunción. Al día siguiente, su hermano mandó instalar un telé-

fono en casa. Costaba lo suyo, pero también se iba mucho dinero en fichas y pesetas. La tercera copa que el pobre Ambrosio no llegó a tomar la volvieron a verter en la botella.

El vendedor

El individuo, plantado ante la puerta de mi casa, pretende venderme un aparato de televisión. Como es natural, alega que es la última novedad, modelo único y sensacional. No he podido sustraerme a sus palabras. Le he dejado actuar por su cuenta. Ha instalado el aparato en el comedor, y mientras yo continúo leyendo tranquilamente, él ha procedido a la instalación de la antena. "Ya está –ha dicho con gesto triunfal–. ¿Qué quiere usted ver en la pantalla?". "Pajaritos", seguro que pronto me dejará en paz. Pájaros de múltiples colores, pájaros maravillosos, pájaros de mil diversas razas inundan con sus trinos la estancia. He dejado de leer el periódico. Es curioso. "A mi madre, quisiera ver a mi madre...". Allá en la pantalla, la figura venerable de mi madre, con su pelo blanco, su collarcito de perlas falsas, su bata de motas negras. "¡Hijo!", musita mi-

rándome a través de la pantalla. “¡Mamá, mamá querida!”. Siento que mis ojos se humedecen y que la garganta se me agarrota. La imagen ha desaparecido lentamente. La pantalla deja ver ahora unas nubecitas con unos angelitos que tocan unas trompetas. Capto algún desafinamiento. ¡Hace tantos años que te fuiste, madre! ¿Veinte, veinticinco? Mis pensamientos los interrumpe la voz del individuo: “¿Qué? ¿Le interesa el aparato?”. Mientras le acompaño a la puerta de la calle, voy esbozando los argumentos: no tengo dinero ahora, la televisión me cansa la vista... Cuando de nuevo me encuentro solo en la habitación, arrellanado en mi sillón, leyendo el periódico, no logro concentrarme en su lectura.

Ensayo general

Anunciaron la visita del Rey y el director del sanatorio psiquiátrico pretendió ofrecer al Monarca y su séquito una fiesta, contando con la colaboración de todos. Un paciente se ofreció a llevar a cabo, en la piscina, un fabuloso "salto mortal". En el ensayo se tiró de cabeza, sin aspavientos, a la piscina, que estaba sin agua, tal como lo requería la modalidad del salto. Lo enterraron con la cabeza completamente destrozada, y el director lamentó no poder contar con él. Otra de las internadas se ofreció para interpretar una selección de danzas de ballet. El director, un tanto escéptico, asistió al ensayo. Al iniciarse los primeros compases de "El lago de los cisnes", la presunta bailarina comenzó a mover con soltura y estilo los brazos. Consiguió elevarse medio metro del suelo, y luego revoloteó con gracia sobre las cabezas de los asistentes, volviendo a posarse sobre el escenario con delicadeza. El director no

aceptó su concurso "ya que no se ajustaba al argumento del ballet", afirmó. Tampoco aceptó la actuación de un perrito que, erguido, apoyándose en sus dos patas traseras, con las delanteras hacía revolotear en el aire cuatro naranjas: "El número de las naranjas está muy visto", aseguró. Otro de los internados se empeñó en comerse un vaso y hubo que trasladarlo urgentemente a la enfermería. Original en su planteamiento resultaba "el castillo humano": un interno, bajito, enclenque y pálido, sostenía sobre sus débiles espaldas una torre humana compuesta por cinco fornidos enfermeros; otro "número" que tampoco aceptó la Dirección por el peligro que entrañaba para los enfermeros.

Graciosa hubiera quedado la parodia del domador y los leones. Un paciente disfrazado de domador se introducía en una jaula, en la que había seis leones, mejor dicho, seis compañeros disfrazados de leones. Con su látigo les iba obligando, por turnos, a saltar a través de un aro. Parece ser que utilizó en los ensayos el látigo con demasiada ligereza y hubo que acudir a la jaula a separarlos porque los seis leones se abalanzaron sobre él con saña. Salió con un ojo amoratado y la nariz mordida.

El número del "hombre-cañón" era de efecto seguro, pero no supo calibrar la cantidad de pólvora necesaria. Salió disparado, hizo añicos uno de los ventanales del salón de actos que acogía el escenario y nunca más se supo de él. Afortunadamente, el Monarca declinó la invitación a última hora.

Carta de América

He recibido carta de los Estados Unidos de América. Mañana el cartero me mirará con más respeto. Tras haber cenado, la abriremos. María recogerá el mantel. "Doblad las servilletas", dirá. Yo la doblaré en cuadro, porque mi hijo mayor la dobla en triángulo y su hermana hace un nudo. Y en el silencio de la noche sólo se oye el rasgueo del papel al romperse. "Queridos padres y hermanos..." Comienzo a leer la carta en voz alta, pausada, un tanto monótona... Vive bien. Allí todos viven bien. Tiene automóvil, frigorífico, dice "quiero" y al momento se lo llevan a casa. Luego tiene diez, veinte años, toda una vida, si es necesario, para pagar. He terminado la lectura. Silencio. Mi mujer llora. Yo procuro no pensar en nada. Pero no puede ser: pienso. Me es imposible no pensar en nada. Resulta ridículo, pero veo unas cataratas, las del Niágara, que conozco

a través de una película. Mi hijo vive a dos mil kilómetros de las cataratas del Niágara, pero yo le veo tranquilamente paseando bajo el torrente de agua con un paraguas... Ahora mi mujer me preguntará: "¿En qué piensas en este momento?". La pregunta repetida mil veces al día. "Pensaba en las cataratas..." No, me resulta imposible. Inventaré si es preciso alguna historia maravillosa. La última vez me dije: basta. Porque, sin reflexionar, a la acostumbrada pregunta contesté: "Pienso en lo difícil que sería trasladar un ataúd de América a nuestras tierras..." Lloró y me reprochó mis tontas ideas. Pero yo siempre tengo la duda: ¿Subirán los ataúdes a los barcos como los automóviles, con grúas? Tiene que resultar muy extraño ver un ataúd suspendido en el aire...

En el avión

El avión de la línea regular volaba repleto de pasajeros. Era un vuelo con escalas previstas... Por lo menos, así lo creyó cuando montó. Se llevó una gran sorpresa al enterarse por la azafata de que, dado que era el único pasajero con billete para Wichita, el avión (evidentemente con la intención de ahorrar combustible) no haría escala... "Se precisa un mínimo de dos pasajeros", le aclaró la azafata y le tendió el paracaídas, que utilizaban para estos casos. Atemorizado sugirió la posibilidad de continuar el vuelo. Se le informó que podía hacerlo, pero abonando un suplemento. Ante esta perspectiva se dejó enfundar dócilmente el paracaídas. Los demás pasajeros no prestaban la más mínima atención a la conversación. Leían, dormían, charlaban. Parecían estar habituados a estos preparativos. Cruzaron el pasillo y llegaron a la portezuela

trasera del avión. Un rótulo decía: “Salida de emergencia”. La azafata, mientras abría la misma, indicó al pasajero una anilla que le colgaba del paracaídas: “Tire de ella una vez que haya contado hasta diez”. Y empujó al vacío al aterrorizado pasajero. Su cadáver, naturalmente destrozado, lo encontraron una semana más tarde. Se armó un pequeño escándalo y la Compañía se avino a mejorar el dispositivo de los paracaídas utilizados en estos casos.

Rey Mago

Estaba comiendo tranquilamente en la garita de la portería, en compañía de su mujer, pero la presencia de dos guardias interrumpió la modesta pitanza. Le conminaron a que les acompañara hasta la comisaría más cercana. "¿Alguna denuncia?", inquirió suavemente. "Doscientas cincuenta exactamente", respondió uno de ellos. La mujer no daba crédito a sus ojos. "¿Qué había hecho?", preguntó con voz trémula. El hombre no supo qué contestar... Se fueron en silencio. En la comisaría se encontraba el director de unos grandes almacenes –donde había sido contratado como "rey mago" durante las fiestas navideñas (sus vacaciones en la portería de la finca las aprovechaba en parte para este menester, y en verano para sustituir a un compañero)– y un centenar de padres de familia, acompañados de sus hijos pequeños. Le acusaban de abuso de meno-

res, mientras los sostenía sobre sus rodillas y le contaban los juguetes que querían... Un padre se dio cuenta del hecho... Como los niños no lo reconocían en traje de paisano, le obligaron a vestirse con el disfraz de Rey Mago que el director de los grandes almacenes llevó consigo por precaución. De esta manera todos los niños dijeron: "¡Es él!". Pero dejaron de creer en los Reyes Magos...

Torturas

Dejadme en paz. Lo diré, lo confesaré todo. Lo que queráis. Habéis vencido. Pero esta derrota la vislumbré muchos años atrás. Era incapaz de soportar cualquier dolor. El dentista, la rozadura del zapato, las inyecciones, los reglazos en la punta de los dedos de aquel fraile de terrible mirada. "Fueron ésos", le dije, con un sollozo, señalando a dos de mis compañeros. Aquella noche no pude dormir y mi madre no supo por qué. Entonces intuí que jamás sería capaz de sobreponerme a la tortura. ¿Qué queréis saber de mí? Lo diré todo. Pero me habéis roto los dedos, cortado la lengua, quitado los ojos, estrujado los testículos, hinchado el vientre con cientos, miles, quizá, litros de agua... Por lo tanto no puedo hablar ni escribir.

Mis palabras resuenan con fuerza en el cuarto de baño. Mi hijo golpea insisten-

temente la puerta, porque aguarda su turno y yo me apresuro para no llegar tarde a la oficina.

Cartas anónimas

La empresa se negó a subirle el sueldo. Descargó su rabia y furor escribiendo una carta anónima al director, llena de amenazas, palabras soeces e insultos groseros que se extendían a todos los miembros de la familia, salpicando a la tercera generación. Al cabo de unos días, el director, con rostro grave, acompañado por un señor que tenía el aspecto de ser inspector de policía, les reunió a todos y solicitó escribieran al dictado una carta de su puño y letra, debidamente firmada, por supuesto. Respiró tranquilo porque su carta la había escrito a máquina. Al día siguiente diez compañeros fueron despedidos de la empresa y denunciados en el juzgado por "insultos y ofensas" en la persona del director. Otras ciento veinticinco cartas, escritas a máquina, quedaron sin poder aclararse su procedencia y autores de las mismas.

Un accidente

El cadáver del niño estaba en la acera, oculto celosamente a las miradas, bajo una manta. Unos policías cuidaban de que los curiosos no se acercaran demasiado, mientras aguardaban la llegada de las autoridades. Muy cerca, una señora lloraba desconsoladamente, gemía, gritaba, sollozaba... "¡Es mi hijo, es mi hijo!", repetía incesantemente. El conductor del camión, pálido, desencajado, explicaba al agente de tráfico lo sucedido. Llegó un fotógrafo de prensa y se puso a trabajar. El chófer no advirtió el *flash*, continuaba dando interminables explicaciones. La madre seguía sollozando, ocultando el rostro entre sus manos. Las personas que piadosamente la asistían, increparon con gestos mudos al fotógrafo para que se alejara y no la molestara. Pero la mujer, advertida, al ver que el hombre se alejaba, tuvo ocasión de preguntarle, entrecortadamente, a voz en grito: "¿Para qué periódico trabaja usted?".

En defensa propia

"He sido yo, en defensa propia". Estas fueron las primeras palabras que pronuncié en la Comisaría de Policía, ante un paciente inspector. Me pidió que esperara un momento. Llegó el oficial de guardia, introdujo varios impresos en una máquina de escribir, un tanto anticuada, me pidió la filiación completa y, a una señal aprobadora de su cabeza, empecé. "Regresaba esta tarde a mi casa, en mi coche, tras un día de trabajo intenso. Estaba cansado y de mal humor". "Al grano", me interrumpió el comisario. Insistí en que mi estado de ánimo era muy importante ser tenido en cuenta, como comprobaría más tarde. Influyó, insisto, muchísimo en mi posterior comportamiento. Quizás en otro momento, otro día cualquiera, me hubiera asustado al ver surgir ante mí las figuras de los muchachos esgrimiendo sendas navajas en la semipenumbra del garaje.

Ignoro cómo entraron. No hay vigilantes ni guardas, pero las puertas se abren solamente con llave propia, automáticamente. Aprovecharían algún descuido. El hecho es que estaban allí... Yo, vuelvo a repetir, estaba de mal humor. Cosas del trabajo, la familia, la mujer, los hijos... El hecho es que les dije, mejor dicho, les grité: "¡Hijos de la gran p...! Venid aquí, uno por uno, que os voy a matar!". Instintivamente se echaron hacia atrás, con las navajas apuntadas hacia mí. Loco de rabia y furor me quité la gabardina, la chaqueta, los pantalones, la camiseta, los calzoncillos, los calcetines, la faja del reuma –ellos me miraban atónitos– y en escasos minutos me quedé totalmente en cueros. "¡Matadme –les dije– de prisa, vamos, pero no fallar, porque luego me toca a mí... y pienso mataros a los tres! ¡Y espero averiguar la dirección de vuestros padres, de los abuelos, de los hermanos, de toda la familia, necesito matar a todos los de vuestra calaña, cabrones, maricones, hijos de la gran puta!". No reaccionaban y yo cada vez me enfurecía más. Me abalancé sobre uno de ellos. Los otros dos echaron a correr. No sé lo que hice. Lo arrojé por tierra, lo agarré por el cuello, golpeé su cráneo contra el cemento del suelo, cinco, diez, veinte veces, le salía sangre por la nariz, en abundancia. Luego, recordando la presencia de los otros dos, lo dejé en paz, tendido. A primera vista no se veía a nadie. Blandía la navaja de mi primera víctima. En ningún momento llegué a pensar que podía estar muerto. Estaba seguro de que sus compañeros se ocultaban entre los coches aparcados. Les conminé a salir, a voz en grito, a que lucharan de hombre a hom-

bre... Inútil. De repente vi una figura junto a la puerta de salida. Trataba de forzarla, de huir, de salir de allí, pero no daba con el mecanismo. Proferí un grito de triunfo y el muchacho se volvió, aterrorizado. Dejó caer su navaja. Me acerqué a él a la carrera y de un salto clavé la navaja en su estómago. Se derrumbó como un guiñapo, sin emitir gemido alguno. Me costó esfuerzo recuperar la navaja, porque se la había clavado hasta la empuñadura. Repetí la operación varias veces. Mi ira y mi mal humor no se aplacaban. En ese mismo instante sentí un dolor agudo en un costado. El tercero en discordia me había atacado por la espalda. Me volví hacia él. Había tenido suerte, sólo tenía un pequeño rasguño. Empuñé de nuevo la navaja y quedó petrificado. Mi mirada y mi actitud le aterrorizaban, sin duda alguna. Lentamente se puso de rodillas y comenzó a musitar: "Por favor, no me mate. Se lo ruego...". Poco más pudo decir. De un tajo lo degollé. Su sangre salía a borbotones. Le saqué un ojo y luego el otro... no sé cuántas cosas más llevé a cabo, cosas que a fin de cuentas sirvieron para aplacarme. "Esa gente, señor inspector, abusa de nuestra paciencia, de nuestra buena fe, de la buena voluntad de ciudadanos pacíficos como yo. Que tengan cuidado, porque podemos perder la compostura. Me comprende, ¿verdad?". Fueron muy amables. Tomé la taza que me ofrecieron y me sentí tranquilo. Tuve que esperar una hora aproximadamente. Temía que estuvieran comprobando mi declaración en todos sus puntos y detalles. Me comunicaron –en la voz del inspector había cierta decepción– que en el garaje no había ningún cadáver,

ninguna traza, señal, rastro de lucha, desorden o anormalidad alguna. Me mostré confuso y perplejo. “¿No se habrán equivocado de garaje?”. El inspector amablemente me agarró del brazo y me invitó a irme a casa. “Descanse, tranquilícese, si hubiera alguna novedad ya le llamaríamos”. No dije nada a mi mujer ni a mis hijos, que además me prestaron muy poca atención, ya que estaban viendo una película en la televisión. A solas en el dormitorio, comprobé una vez más que, desgraciadamente, me faltaba la cartera, el reloj de pulsera y el anillo de oro nupcial. No podía conciliar el sueño y me hice el dormido cuando oí que mi mujer se acercaba tras haber finalizado la programación televisiva. Ella no debía saber nada. ¿Cómo explicarle que tres muchachos imberbes, blandiendo unas pequeñas navajas, me habían robado en el garaje, que no había dicho palabra alguna ni opuesto resistencia alguna y que me oriné? ¿Por qué la Policía tiene que comprobar tantas declaraciones? ¿Es que no tiene que hacer otras cosas más importantes? Y seguramente pensarán que estoy loco... ¿Usted qué cree, doctor? Bueno, no me mire así. Se acabó. ¿Qué le debo?

La asistente social

Lo digo de todo corazón: jamás hubiera supuesto que un servicio municipal pudiera funcionar con tanta eficacia. Explicaré mi caso en dos palabras: mi madre, una anciana de ochenta y cinco años, vive conmigo –desde que se quedó viuda hace quince años– en mi piso de soltero. Desde que ocurriera aquella desgracia, mi vida cambió radicalmente, porque surgió una responsabilidad, la cual jamás había imaginado que se me habría de presentar... pero se presentó. Mi madre necesitaba afecto, y yo le daba afecto; mi madre necesitaba compañía... pero yo eso no podía proporcionársela. Mi trabajo me obliga a transcurrir fuera de casa diez horas y hasta doce... Y a mi regreso, allí está mi madre, muda, con un reproche en cada uno de sus ojos. Pasados varios años, decidí poner fin a esta tensa situación. Requerí los servicios del Departamento de Madres Abandonadas

y Solteras Arrepentidas, dependiente a su vez del Organismo Autónomo de la Comunidad para Relaciones Humanas en Primer Grado. Tras varias solicitudes y cinco entrevistas personales, acordaron finalmente que una asistente social visitara diariamente a mi madre.

No supe nada de la misma hasta meses después. Eso sí, mi madre fue cambiando paulatina y radicalmente día a día. Se la veía feliz. Supe cuál era el secreto de la desconocida asistente social. La escuchaba pacientemente. Mi madre la invitaba a merendar y le contó la historia de la guerra civil española en episodios de tres horas de duración, sin anuncios publicitarios en los intermedios. Un día, llegué a casa más pronto que de costumbre y me topé de bruces con la asistente social, que en aquel momento se estaba despidiendo de mi madre. Era una agradable y atractiva mujer, de dulce rostro, moreno, de perfiles suaves y hablar tranquilo. Debo reconocerlo: me quedé prendado de ella. Casi instintivamente hice lo posible para verla en feliz coincidencia todos los días. Y de esa relación fue surgiendo una bella amistad que el tiempo se encargó de transformar en amor sincero. Mi madre lo ignoraba todo, pues yo jamás subía a casa. A las ocho siempre la esperaba en el portal y, como un hábito, la acompañaba hasta el metro. Un día la invité a tomar una copa, en otra ocasión cenamos juntos... Y una noche de luna llena, me declaré: "¿Quieres casarte conmigo?", le dije en la boca del metro de Aluche, pues esa noche, decidido a todo, monté en el suburbano con ella. Me respon-

dió afirmativamente, mirándome con ojos enternecidos, pero añadió: “De acuerdo, cariño, pero ¿qué haremos con tu madre? ¡Yo no la soporto...!”.

La caza

El dueño del coto de caza, próximo a la capital, y cuatro amigos, empuñando sendas escopetas, iniciaron la caminata en busca de conejos. Observaron por los cerros colindantes a varias personas y se dirigieron a ellos, pues supusieron que estaban cazando en lugar vedado. En su mayoría eran chiquillos, que echaron a correr en medio de risas y bromas. Uno de ellos, antes de desaparecer tras un montículo, gritó: "¡Hijos de p...!". El dueño del coto, lleno de furor, empuñando la escopeta, disparó contra el chiquillo que corría veloz. Le acertó en plena cabeza. Más tarde, ante la Guardia Civil, explicaba cómo casualmente se le disparó la escopeta cargada al tropezar con una piedra, confirmando el hecho en todos sus detalles sus tres amigos, y hasta el guarda de la finca, que no se atrevió a negarse a declarar ante la sugerencia de su amo, aunque cuando ocurrió el hecho no se encontrara allí. Lo triste del caso es que el chiquillo muerto era su hijo.

Dramas vividos

Cuando se ha padecido terriblemente y un día se deja de padecer, la existencia se convierte en maravillosa. Envidio a esos supervivientes de campos de concentración nazis, que pudieron disfrutar el resto de su existencia oliendo a rosas y viendo amaneceres... ¿Exagero? ¿Demasiado lírico? ¿Es posible imaginarse a un ex-prisionero de un campo de concentración discutiendo años más tarde con su mujer porque la sopa no tenía sal o reprendiendo a un hijo porque no estudia lo suficiente, o a una hija porque llega tarde a casa? ¿Qué significado pueden tener esos hechos cotidianos ante dramas vividos anteriormente con total intensidad? De todos modos, me temo que algunos se hayan enfadado en un atasco de circulación o en un restaurante al descubrir un pelo en su plato.

En la oficina

A mi amigo le engaña su mujer. Lo saben todos, pero ¿y él? Le observo atentamente durante toda la jornada, mientras trabajamos. Ningún gesto le delata. Ninguna palabra. Sonríe como todos, como yo, cuando alguien cuenta un chiste que alude a su situación. Lo sabe, estoy seguro que lo sabe. Me falta el valor necesario para levantarme de mi mesa, o mejor, esperarle a la salida, una vez terminada la jornada y decirle, sencilla y llanamente: "Lo sé...". Es posible que llorase sobre mi hombro. Es factible que me abofetease. Bastaría añadir: "Lo sabemos todos...". A veces un plural mal aplicado origina estas violencias. Se odian, se odiaban hacía ya muchos años, pero guardaban siempre las apariencias. Ningún grito estridente, ningún gesto amenazador. Un mordisco rabioso, silencioso, prolongado, aplicado a uno de los dedos de su mujer, por

ejemplo, le bastaba para tranquilizarse. Ella no decía nada. Aguantaba, resistía, se mordía los labios. Alguna lágrima inoportuna se le deslizaba por la mejilla. “Basta, por Dios, basta”, balbucía algunas veces, muy quedo, para que no le oyese nadie. El quedaba satisfecho. Y todo, muchas veces, por una contestación inoportuna delante de un grupo de amigos. Luego la excusa ante las amigas del dedo aprisionado por un cajón imprudentemente cerrado. Ahora, cuando sepa lo del adulterio (le he escrito una carta anónima) me consta que la matará. Quedo, muy quedo. “Acaba pronto, por favor”, dirá ella, sumisa y obediente. Me parece estar viéndolos...

Aterrizaje forzoso

Sólo se percibe un tenue zumbido en el interior del avión. Algunos pasajeros dormitan. Otros leen. Pronto aterrizaremos. Minutos antes, los altavoces nos han ordenado abrocharnos los cinturones de seguridad. El avión pierde altura. Diviso una casa perdida en el campo. ¿Algún día conoceré a sus moradores? No lo creo. Demasiadas cosas estúpidas, banales y superfluas inundan mi existencia y me impedirán conocerlos personalmente. Si tuviera tiempo... "Buenas tardes –digo interrumpiendo su comida. Están todos sentados en torno a la mesa–, pasaba por aquí arriba y me he dicho...". Sus miradas muestran estupor, asombro. No, no sería lógico. Dejemos las cosas como están. Diviso muy próxima la pista de aterrizaje. De pronto el avión da una sacudida y remonta bruscamente el vuelo. Me siento inquieto. Una voz, la de la azafata, a tra-

vés del altavoz, intenta tranquilizarnos. No ha sido nada. Algo en el tren de aterrizaje. Dentro de unos minutos lo intentaremos nuevamente. Tengo miedo. Es inútil que grite, o que chille: ¡Quiero salir! Hay que esperar, quieto, silencioso, sin ver ni pensar en nada. ¿Habrá llegado mi hora? Es imposible, no puede ser. Estas cosas se leen en los periódicos, les ocurren a los demás... Pero ¿a mí? Ridículo. El avión describe un amplio círculo sobre el aeropuerto. El cielo es de un azul intenso, y allí abajo está la tierra. ¡Dios mío!, ¡qué bello es vivir! Yo quiero vivir, a costa de lo que sea. Seré pobre, seré bueno, amaré a mi mujer, no la engañaré nunca más. Perdonaré, amaré a todos, también a Pedro, que me consta que me odia. Mañana mismo le abrazaré: "¡Hola, Pedro!", le diré. ¿Mañana? No, hoy mismo. Desde este mismo instante lo prometo, cuando el avión toque tierra habrá nacido un hombre nuevo. Gozaré de todos los pequeños instantes de felicidad. Contaré los minutos, los segundos y daré las gracias por vivir. ¿A quién? A Dios, naturalmente. Sí, existe Dios, tiene que existir. ¿He dudado alguna vez? Sí, es cierto. Pero ahora creo, creo, creo... A mis labios acuden en tropel y con dificultad algunas palabras que no logran hilvanar una oración completa... El avión ha tocado ya con sus ruedas la pista de aterrizaje y aminora la velocidad. "¡Viva!", grito. "¡Viva!". Todos gritamos algo. Una señora gruesa me abraza. Algunos palmotean. Es un buen momento para besar a la azafata. La gran ocasión. Me enfundo el gabán. Estoy pletórico. "¿Dónde están los pilotos?", pregunto enérgicamente. Quiero una explicación, exijo una explica-

ción. Me quejaré a la Compañía. No viajaré más en sus malditos aviones. Les romperé la cara a sus consejeros. Lo contaré a todos mis amigos. Con las vidas humanas no se juega. Imbéciles. Mañana formularé la oportuna reclamación. ¡Sin contemplaciones! ¡Caiga quien caiga!

Hombre-pájaro

Su trabajo básico se desarrollaba regular e invariablemente en la Oficina Municipal de Impuestos. Pero tenía una afición secreta, una ambición oculta: volar. Por sus propios medios, se entiende. Tras cinco años de trabajos y afanes, logró fabricar, en su pequeño taller de carpintería, un ingenio volador. Una mañana fría de domingo planeó con éxito por la ciudad, sin que, al parecer, nadie se percatara del hecho. Loco de alegría lo contó en la Oficina. Ante la indiferencia y escepticismo de sus compañeros, se ofreció a repetir la hazaña. A las once de la mañana de un lunes laborable, planeó y dio varias vueltas al edificio que albergaba la susodicha Oficina, a la altura de la planta undécima. Éstos no daban crédito a sus ojos. El Jefe de Negociado, irritado por la algarabía provocada, le descontó un día de sus vacaciones y le prohibió volar en horas de oficina.

Las gafas

Se la había enviado su cuñado desde Nueva York. Era una revista de las llamadas "pornográficas". La mostró a sus compañeros de oficina y uno de ellos, que sabía inglés, se percató de un pequeño anuncio que ofrecía, contra reembolso, unas gafas especiales "que permitían ver a la gente al desnudo". Surgió una discusión entre creyentes y escépticos y decidieron encargar al cuñado del compañero las discutidas "gafas". El personal femenino no intervino en la discusión, pero algunos elementos dieron muestras de evidente nerviosismo cuando las "gafas" llegaron un mes más tarde. En un aparte, el personal masculino comprobó que la oferta era un timo. Pero cuando decidieron callar ante sus compañeras y uno de ellos se las puso, observando descaradamente a una de sus compañeras, ésta, recatada y pudorosa, con los ojos aterrorizados, tratando con una mano de ocultar su pecho y con

la otra, blandiendo una carpeta ante su bajo vientre, gritó llena de cólera y rabia: “¡Fuera, basta, sinvergüenza...!”, y se echó a llorar.

Estampa veneciana

Nadie me moverá de aquí. Es inútil que roguéis, que lloréis, que supliquéis. Me quedo aquí, en el *Campanile*. Sopla el viento con fuerza y resulta difícil echar un vistazo al panorama con tranquilidad. El ascensorista se ha ido, dejándome solo. Me ha mirado con suspicacia, al igual que el encargado de venderme los billetes cuando le he insistido en que me descontara el servicio de bajada del ascensor (siempre he sido un hombre práctico). Pero yo no quiero morir. Por eso estoy aquí. Luego, cuando el agua les llegue a las rodillas, querrán hacer lo mismo, pero será ya tarde. La muerte está siempre aquí presente. Presencié la recogida de cadáveres, cuando vino el tornado a traición. Los turistas escuchaban "Torna a Sorrento" en la plaza de San Marcos, rodeados de las palomas, que toman la píldora anticonceptiva, suministrada por el Municipio. Tú también debiste haberla tomado, amor mío. Ahora sus

sollozos nos impiden dormir y unas profundas ojeras se incrustan en tu rostro. Vendrá la muerte y tendrá tus ojeras. Pero los sesenta pasajeros del *vaporetto* no la presintieron porque llovía y cerraron las ventanillas y puertas. "Cerraron su propio ataúd". Esto lo decía un superviviente a un grupo de periodistas, rodeados por un buen número de curiosos, entre los cuales me encontraba yo. Sus ropas, sus cabellos estaban empapados por el agua, y no me cansaba de mirar a una persona que había visto a la Muerte. Se fueron todos y el hombre se sintió embarazado ante mi silenciosa presencia. Se dio la vuelta y comenzó a caminar. Unos metros más adelante me miró furtivamente, temeroso. Hubo personas que aquella noche hicieron el amor, porque no se enteraron de nada. Al día siguiente lo decía a toda plana *Il Gazzettino*. Suena bien, ¿verdad?, *Il Gazzettino*. Terminaremos todos huyendo o muriendo, como los del *vaporetto*. Por eso he subido al *Campanile*. Yo no huyo. Quiero ser el último. Soy un capitán que no abandona la nave. Cuando el agua me llegue al cuello no haré ningún gesto. Además, resultaría inútil. Y es posible que salga en los noticiarios televisivos. Agitaré una mano a la cámara emplazada en el helicóptero. Y pudiera ser que una paloma permanezca sobre mi cabeza y si así no fuera, bien podría prepararse de antemano la escena, colocándome unas migas de pan entre los cabellos...

Ahorrador

Con muchos sacrificios había conseguido ahorrar una apreciable suma de dinero, a lo largo de muchos años. "Para la vejez", se decía. Un amigo le aconsejó que no lo tuviera en una libreta porque el dinero se depreciaba... También había visto él unos grandes anuncios en los periódicos y en la televisión, de una inmobiliaria que ofrecía un elevado tipo de interés. Canceló la cartilla e invirtió su dinero en la inmobiliaria. Creía en los valores inmobiliarios, en las cosas tangibles, en las piedras, en los ladrillos. No supo a ciencia cierta por qué, pero el hecho es que la inmobiliaria quebró y se quedó sin sus ahorros. Afortunadamente el cáncer evitó que llegara a la vejez.

La aventura

Sonó el teléfono de mi despacho. Era Ana. Me causó gran extrañeza porque jamás me había requerido directamente para nada. Era su marido quien trataba siempre conmigo. Una amistad íntima, fraterna, surgida hacía muchos años, que su posterior matrimonio no truncó ni enfrió. Ana estaba nerviosa, excitada... y yo no supe detenerla a tiempo. Tenía necesidad de desahogarse con alguien. Eso supuse al oír las primeras frases. Luego, la confesión, de improviso, se tornó más íntima, más personal, más alusiva, más directa... ¿Estaba loca? Con cuatro hijos a su cuidado y me proponía una huída... "¡Compréndelo, Ana! No es posible...". Pero Ana no quiso comprender nada y colgó. Aquella misma tarde hablé con su marido, le conté todo y no pareció sorprenderse. "Escucha –me dijo–, ¿por qué no aceptas?". Mi asombro fue tan grande que no pude re-

plicar ni decir nada... “Pero si...”. Él insistió: “Escúchame con calma. No dramaticemos. Ella necesita una aventura, un escape... Está harta de mí, del hogar, de los hijos... Sus nervios están deshechos. Tú eres mi mejor amigo, tengo confianza en ti... Si no fuera así no me atrevería a decirte que, por supuesto, todos los gastos que ocasione vuestro viaje... –por cierto, ¿a dónde iríais?– los pagaría yo... ¿Qué me dices a esto?”. “No sé –balbucí–. Tendré que consultarlo con mi mujer...”.

El emigrante

Volvió al pueblo con la carta de despido de la fábrica alemana donde había trabajado durante siete años, en el bolsillo. No le hicieron el mismo recibimiento que en anteriores ocasiones. Le preguntaron, en la taberna, sarcásticamente, por el reloj de oro y el coche. El primero lo vendió, el coche era alquilado... Y por lo que respecta a sus ahorros y la indemnización percibida, lo había invertido todo en un piso en la ciudad. Lo malo es que su cuñado se lo alquiló en un precio superior al que le correspondía, ya que era de "renta limitada". El inquilino denunció el contrato y se negó a pagar. Finalmente, el emigrante tuvo la suerte de colocarse en la misma taberna del pueblo, en la cocina. Trabajaba doce horas diarias, incluidos los domingos. Se quedó con el apodo de "el alemán", y él, entre dientes, solía decir: "¡Qué más quisiera yo!".

Dolor

¿Cuál es el límite humano ante el dolor? Hay personas que soportan la muerte de un ser querido, de dos seres queridos, de tres seres queridos al mismo tiempo, y en cambio se hunden en el colmo de la desesperación cuando les roban el coche.

En el "Metro"

Una avalancha ha plantado ante mí a un cura. (Un sacerdote, como diría mi mujer). Joven, enjuto, con gafas. ¿Igual que yo? No, mejor, tiene que ser mejor, casi un santo. La Sociedad, la Comunidad, nosotros, les exigimos que sean santos, absoluta y totalmente santos. Yo pago mis impuestos, luego exijo. Está ante mí. El convoy se pone en marcha. Cada movimiento suyo, cada uno de sus gestos, caen bajo mi mirada implacable y despiadada. ¿Será posible que se esté apoyando en mí? ¡Él, que debe ser casi un santo! Es cierto que el movimiento del convoy se ha hecho muy acentuado, dada la velocidad que ha adquirido, pero no es posible que él se apoye en mí. Los otros pueden hacerlo. Son hombres. ¡Pero él...! No, no se apoya en mí. Hay que reconocerlo. Se ha agarrado a un asidero y procura no moverse. Diría casi que no respira, para ocupar me-

nor sitio. Coincidimos en la misma parada de estación. Yo voy tras de él. Soy como un espía de la Sociedad, de la Comunidad. Soy su censor. Su testigo oculto. Llegamos junto al letrero de la salida que dice: "Por favor, depositen sus billetes aquí". El sacerdote mete su mano en el bolsillo de la sotana, extrae su billete... Por un momento he pensado que el billete iba a caer al suelo. Dada la velocidad que imprime a su cuerpo..., pero no, el billete ha caído en su lugar preciso. Continúo observándole, le sigo. Le queda otra difícil prueba. Ahora, justamente, camino tras él. Pocos centímetros nos separan. Abre la puerta. ¿La dejará sin mirar atrás? ¿Sin percatarse de un posible prójimo que puede ir tras él? No. Ha mirado hacia atrás y ha sostenido la puerta giratoria hasta que yo me he hecho cargo de ella. Ha subido las escaleras apresuradamente, y ya en la calle, su figura se ha perdido entre la muchedumbre... ¡Estos curas! (sacerdotes, como diría mi mujer) ¿por qué tendrán siempre tanta prisa? La rabia me ha dominado varios minutos.

Declaración amorosa

No soy uno de esos que jura amor eterno inconscientemente... ¿Cuánto dura el amor? ¿Cincuenta años? Quienes cumplen sus bodas de oro aparecen invariablemente en la prensa. "Son noticia", como diría un periodista. Y luego están los accidentes imprevistos, el cáncer, el adulterio... ¿Es puro nuestro amor? Sí, es puro. ¿Desinteresado? No lo sé. ¿Me querrías lo mismo si arrastrara mi medio cuerpo sobre un carrito con ruedas metálicas? Lo dudo. Sudas, me consta. Pero mi amor supera ese defecto tuyo. Recuerda que un día te dije: "Sudas, pero te quiero". Ésta es una manera de declararme, como cualquier otra, pero sin ese halo de poesía que deforma las cosas y las transforma en irreales, ridículas, estúpidas... Hay que vivir de realidades y saber afrontarlo todo, porque llegará un día en que desearemos romper nuestra correspondencia amorosa... Lo

recuerdo un tanto difusamente. Mi madre, sentada en su butaquita de sobado respaldo y junto a ella, en una silla, mi padre. Con torpes movimientos rompían en minúsculos pedacitos unas cuartillas. Cartas de amor, de sus años juveniles. Las habían conservado durante muchos años y en aquellos momentos, sin saber en concreto por qué, las destrozaban, las hacían desaparecer. Conocía su contenido, las había leído a hurtadillas en mi juventud. Juramentos de amor, pasiones reprimidas; ilusiones convividas, bajezas perdonadas, promesas inconscientes de cara a una realidad terrible e imprevisible... Y con los años, de mutuo acuerdo, las rompían. Por pudor, por miedo, por vergüenza... La muerte –lo sabían– estaba a la vuelta de la esquina y convenía no dejar recuerdos del uno para el otro ni para los demás. La vida es más llevadera así... Es por lo que evito siempre las cartas. Aunque resulte más costoso, es preferible una llamada telefónica. Porque también un día moriremos nosotros. Si yo he de ser el último pienso ahora que no podré soportarlo, pero luego, con el tiempo, me consta que se termina pronunciando palabras de amor al oído de una prostituta. Me explico, ¿verdad? Me mira fijamente a los ojos. Diría que su mirada refleja miedo... Un largo silencio. Temo que me haya entendido mal o que no me haya explicado bien.

Titanic

"Veo... veo... un...". El vigía intenta decir algo, pero le embarga la emoción, justificada en este caso porque jamás ha visto en su vida un iceberg de semejante tamaño. El choque es terrible y el trasatlántico cruje. En el gran salón de baile algunas parejas se intercambian excusas y prosiguen su danza. El capitán, informado de lo ocurrido, estalla en sollozos. "¿Por qué he de ser yo el último? –se repite constantemente–, ¿Por qué?". "Los hombres primero", exclama un marinero egoísta. Algunos ancianos y mujeres con niños protestan airadamente. El director de orquesta busca voluntarios para interpretar un himno religioso apropiado con las circunstancias. "Los tenores a mi derecha", exclama nervioso. En la piscina, un señor de la clase de "lujo" intenta aprender a nadar rápidamente, ayudado por el profesor de natación, que se lamenta del escaso suel-

do que percibe. Minutos más tarde la mole del trasatlántico desaparece bajo las aguas, provocando un gran remolino. Unos cuantos botes salvavidas perdidos en la oscuridad se agitan entre las olas. Algunos náufragos tratan de asirse desesperadamente, en el límite de sus fuerzas, a los botes. Pero están ya repletos. Sus ocupantes les golpean con sus remos furiosamente en los nudillos, mientras musitan entre dientes... "Completo... le digo que está completo". Los náufragos no pueden protestar porque cuando abren la boca tragan agua salada. Uno llegó a resistir treinta golpes de remo. Murió sin dedos.

Juegos de sociedad

Se reunieron los cuatro matrimonios en la elegante casa de uno de ellos. Cenaron, bebieron y empezaron a aburrirse... Por fortuna, el dueño de la casa tuvo la buena ocurrencia de proponer un entretenimiento divertido. Se trataba de un juego, traído de Londres, en uno de sus frecuentes viajes, llamado "líbido". Una especie de "juego de la oca" combinado con el "juego de las prendas". Algunas mujeres se negaron rotundamente a participar en el mismo, pero el alcohol ingerido había minado su voluntad y terminaron jugando todos. La señora de uno de ellos, en una mala racha, se vio obligada a despojarse de todas sus prendas, ante las risas y jolgorio de los demás. Al día siguiente, su marido no le dirigió la palabra, y sus amigos se dedicaron a comentar el hecho en toda la ciudad.

El líder

Respondiendo a la convocatoria, un centenar de ejecutivos y hombres de empresa se encontraban reunidos en el salón de conferencias de un acreditado hotel de la capital, para participar en un cursillo de oratoria, a cargo de un prestigioso profesor norteamericano. Cada clase teórica era seguida de unos ejercicios prácticos. Los alumnos, hombres maduros en su mayoría, intentaban salvar la prueba de la manera más airosa posible. "Ahora usted", indicó el profesor, y un hombrecito rechoncho y con bigote subió al estrado. Balbuceó unas palabras... y el profesor le aconsejó tranquilidad y sobre todo "énfasis". El hombrecito asintió y prosiguió su discurso. Se fue acalorando, subió el tono de voz, gesticuló, gritó y electrizó a los compañeros al cabo de media hora de discurso. Éstos, en mangas de camisa, puestos en pie sobre sus respectivos asientos, proferían

gritos y frases ininteligibles. Asustado el profesor, agarró por los hombros al excitado hombrecito al borde ya del paroxismo..., pero comprendió que ya era tarde. Meses más tarde aquel hombrecito se convertiría en un temible líder político.

Concurso

Mi hijo tiene nueve años. Le han dicho en el colegio que prepare un dibujo –concretamente la figura de un payaso– para participar en un concurso escolar a escala nacional. Se ha pasado todo el domingo pintando papeles en blanco. Al final me ha mostrado un papel embadurnado, donde se perfila algo semejante a un rostro. "¿Me darán el premio?", pregunta. Calculo que se presentarán trescientos mil niños al concurso. Por un lado, no quiero quitarle la ilusión, y por otro, pienso que es prematuro aclararle su real situación en la vida y sus posibilidades futuras...

El donante

He donado todo lo que se puede donar. Ojos, riñones, cerebro... Pueden quedarse con todo. No me importa que despedacen mi cuerpo, que me destripen, que me abran en canal... Ya no sufriré. ¿Sabían que a muchas personas las entierran vivas, considerando que están clínicamente muertas? Un doctor francés investigó en numerosos cementerios y vio ataúdes por dentro. Las tapas estaban arañadas, encontró uñas clavadas en la madera del cajón, dedos consumidos, cuerpos retorcidos... Y es que en los hospitales, en las clínicas, lo hacen todo deprisa y corriendo. Y si uno muere en casa, los familiares sólo se preocupan del tinte, de las velas, de las esquelas. Como en los aviones. Cuando van a despegar, más vale gritar, por si acaso: "¡Esa puerta!", porque algunas veces las dejan abiertas...

El submarinista

Su gran pasión era la pesca submarina, pero le era difícil practicar tal deporte viviendo como vivía en la capital. Su mes de vacaciones en una tranquila playa mediterránea lo empleaba en practicar su pasión favorita, mientras su mujer e hijos trataban de entretenerse de cualquier manera. Odiaba la pasión de su marido, odio que fue en aumento el día que le planteó unas vacaciones en Cuba. Le habían hablado de Cayo Largo y quería bucear allí, en aquel lugar paradisíaco. La esposa no puso especial énfasis en el viaje, porque se imaginaba más o menos lo que le aguardaba. No se equivocó. Un lugar maravilloso, solitario..., pero tremendamente aburrido. Los primeros días le acompañaba en el barquito alquilado hasta los puntos elegidos para bucear. Se mareaba un poco y decidió quedarse en la playa, esperando el regreso del barquito y de los

animosos buceadores, entre los que se encontraba su marido.

Transcurridos los quince días y de vuelta nuevamente al hogar, aquella mujer se transformó radicalmente. Había un fulgor en sus ojos, un brillo especial, una ansiedad que al miope de su marido parecía escapársele. Y un día surgió la gran sorpresa. Quería volver a Cuba, a Cayo Largo, pero sola. El marido no salía de su estupor. La mujer, ebria de amor y pasión, tuvo que confesarle la verdad, casi toda la verdad. Durante sus zambullidas había conocido a un simpático y amable cubano y se había descubierto una "mujer nueva". Recalcó lo de "nueva" y el marido, mudo por la sorpresa, no quiso o no se atrevió a profundizar en las indagaciones. Temía lo peor. Toda la familia experimentó una gran conmoción ante la noticia de la partida de la mujer, que dejó a las dos niñas con el marido. Si la despedida en el aeropuerto resultó violenta, el regreso quedó lleno de interrogantes para el resto de sus vidas. Ella no contó nada y él no preguntó nada. La primera noche –es decir, la primera noche tras el regreso del solitario viaje–, ella le pidió tajantemente: "¡No me toques!". La explosión de ira del submarinista no se hizo esperar. "¿Qué tenía el cubano que no tuviera él?". La mujer no respondía. Callaba ensimismada. "No te preocupes –le dijo finalmente– no volveré nunca más. Lo peor ya ha pasado. Perdóname..." Y lo dijo con tal dulzura, serenidad y franqueza, que el marido calló, calló para siempre. Pero, desde aquel día, en las vacaciones, cuando se zambullía, fuera donde fuera, volvía discre-

tamente a ras de la superficie y con un pequeño periscopio de fabricación casera observaba los gestos, ademanes y actitudes de su mujer, que atendía a las niñas y leía un libro, sin más interés por la vida.

El discurso

El Consejo de Administración se hacía eco de la inquietud que reinaba entre el personal de la empresa. “El aumento del coste de la vida tenía la culpa -según el Presidente- y era preciso afrontar la situación con decisión y energía, sin ambages ni rodeos”. Todos los consejeros se mostraron de acuerdo con lo dicho y le animaron a que convocara al personal. Había que tranquilizarlo y ofrecerle algo... El Presidente, nervioso, se tomó un güisqui antes del discurso. Algunos consejeros opinaron que tomó alcohol en exceso. El hecho es que habló más de la cuenta, prometió más de lo debido y puso en aprieto el porvenir de la empresa. La cerrada salva de aplausos con que fue acogido el discurso por parte de los empleados les vino a confirmar estos temores. Al día siguiente, el Presidente tuvo que dimitir y los consejeros hicieron correr el rumor de que era un borracho empedernido y no se le podía tomar en serio...

El filántropo

Ciertamente no había muchos pasajeros y casi todos parecían dormitar en sus asientos. Serían las diez de la noche y regresábamos a nuestros hogares, cansados y quizás derrotados por la brega diaria. En la siguiente parada, las puertas del vagón del metro nocturno acogieron solamente a un pasajero. Nadie le prestó atención. Arrancó el convoy y empezó su letanía, una letanía bien conocida desgraciadamente... "Señoras y señores, perdonen la molestia...". Nadie se inmutó. Nadie se fijó en él. Porque de voz masculina se trataba en esta ocasión. Y la voz proseguía: "Soy un padre de familia, tengo seis hijos, tengo trabajo y...". Llegado a este momento del discurso, nos volvimos a mirarle. Era un señor de buen aspecto, bien trajeado, con gafas, de unos cincuenta años, de modales finos, y con un sombrero en la mano, blandido a manera de bandeja petitoria. Ahora le escuchábamos con curiosidad e

inusitada atención. “Tengo trabajo, repito, gano lo suficiente para mantener a mi familia y creo que es justo que lo que me sobre lo reparta entre aquellos que lo necesiten. Voy a proceder a repartir...”. Y empezó a avanzar desde el final del vagón. Nadie daba crédito a lo que había oído. Y menos a lo que empezó a hacer. De su sombrero, extraía billetes de mil pesetas y los iba ofreciendo a los pasajeros. El primero de ellos lo rechazó. El segundo dudó un momento, y luego lo aceptó. El tercero hizo lo propio pero empezó a observar el billete a contraluz. ¿Era falso, era una propaganda original? ¿Cuál era la trampa? ¿Dónde estaba el truco? Para cuando quisimos reaccionar, el metro se había detenido y el caballero, despedido. Nos miramos y guardamos con escepticismo el billete de mil pesetas. Hubo un pasajero que lo arrojó al suelo. Minutos más tarde lo recogió con cierto nerviosismo. Al día siguiente sucedió lo mismo, y al siguiente... Al cabo de una semana, al parecer se había corrido la voz y el vagón estaba repleto de gente. El caballero no fallaba noche alguna. Hasta que un día aparecieron unos agentes de Policía que le pidieron la documentación. Les mostró el DNI y les ofreció sendos billetes de mil pesetas con una sonrisa. Se lo llevaron, al parecer por fallida corrupción de agentes policiales. Lo decía al día siguiente la prensa. Y enterada toda la ciudad del hecho, pronto cundió el ejemplo. Surgieron firmas patrocinadoras que enviaban agentes donantes por docenas. Era una cuestión de imagen. Hasta que la dirección del Metro decidió tomar cartas en el asunto. Colocó en lugares bien visibles, unos rótulos que decían: “Prohibida la filantropía”.

El voto

¿Qué recuerdo de mi padre quedará más fijo en mi mente? Cierta vez intentó acabar conmigo, presa de una rabia incontenible por un plato de garbanzos que me negué a comer. Lo intenté varias veces, pero terminé vomitando. Con los años aquella situación se ha convertido para mí en algo afectuoso y entrañable. Nunca le he dado motivos para sentirse orgulloso de mí. Y, sin embargo, me quiere. Lo supe el día que se lo llevaron, en una camilla, a la sala de operaciones quirúrgicas. Estaba en juego su vida y había tanto miedo a la muerte en aquellos ojos, tanta ternura contenida hacia mí, que quise formular un voto solemne en cuanto desapareció tras las puertas del largo corredor del hospital. ¿Pero qué podía prometer yo? Limosnas, vestir un hábito color violeta, caminar descalzo, o de rodillas, un kilómetro..., ¡diez kilómetros!, quemarme con una cerilla el dedo meñique... ¿Cuántos se-

gundos soportaría el dolor? Mucho tiempo debió transcurrir enfrascado en estos argumentos. Una mano colocada con dulzura en el hombro, la del cirujano, vino a resolver todas mis dudas: “Siento comunicarle que su padre ha muerto”.

La calumnia

Unas cartas anónimas iban a destrozar su vida... Unas cartas abyectas, groseras, infames, calumniadoras, estúpidas, que recibió el alcalde primeramente, luego el párroco, y después unas cuantas personas más de la pequeña localidad. Él ignoraba la existencia de las mismas, pero observó, sin embargo, cómo poco a poco, paulatinamente, la gente dejó de hablarle. Lo mismo ocurrió con sus discípulos. Se preguntaba el maestro por la posible causa, si olería mal su aliento, si no aprobaban su sistema de enseñanza... El caso es que un día, harto de tanto vacío en torno suyo, abordó al alcalde, que paseaba por la plaza mayor, y le pidió hablar a solas... El alcalde se negó, enfurecido: "Por lo que pueda pensar la gente, más vale que no hablemos a solas...". Al maestro aquella respuesta le pareció una solemne tontería y no insistió.

La bomba atómica

Era rabiosamente feliz, inmensamente feliz. Reía como un idiota, solo, en medio de la calle, camino de la casa de sus padres. Arrastraba su medio cuerpo, emplazado en un carrito con ruedas, con sus manos, protegidas con guanteras de cuero. Al volver del frente temió que su novia, viéndole reducido a aquel estado, le abandonara. Pero no fue así. Solícita, arrodillándose, colocó un beso en su frente. Por eso caminaba, perdón se deslizaba, ahora tan feliz. Le importaba un bledo que Japón ganara o perdiera la guerra. El sufrimiento le había hecho egoísta. Era el hombre más feliz de todo Hiroshima. Y cuando oyó muy lejano el zumbido de un avión pensó que no había bombas en el mundo suficientes que pudieran empañar su felicidad. El desconocimiento de los avances técnicos norteamericanos en materia nuclear le hacía asumir las consabidas y tontas actitudes del enamorado.

En el Circo

"¡Me he cansado de esta vida! ¡Estoy harta! ¿Por qué no hemos de vivir como los demás? ¿Qué seguridad tenemos ante el futuro? Vivimos en el aire, sin pensar lo que será de nosotros el día de mañana. ¿Te das cuenta, Grock? ¿Te das cuenta…?". La mujer estalló en sollozos y el silencio reinó durante largos minutos en el camerino. Luego, reanudó el monólogo… "¡Al menos, dime algo! ¡Consuélame! ¡No me mires así!". Unos golpes discretos sonaron en la puerta y una voz alertó: "¡A la pista!". El matrimonio Grock, minutos más tarde, en lo más alto del mástil del circo, realizaba una vez más el "salto de la muerte", ante la mirada asustada de centenares de espectadores. Con una precisión admirable Grock recogió en el aire a su mujer tras haber realizado ésta dos volteretas. Los aplausos resonaron en la gran carpa. Grock aprovechó el barullo para decir a su mujer, allí en lo alto, mientras sa-

ludaban: “¡Tienes razón, Ketty, he pensado muchas veces lo mismo! Compraremos una granja y viviremos tranquilos y solos, ¿te parece?”. “Los novios de la muerte”, así les anunciaban los carteles publicitarios repartidos por toda la ciudad, se miraron con los ojos radiantes y sonrieron.

Exhibicionista

Impecable con su gabardina y sus zapatos negros lustrosos, intenta siempre sorprender y escandalizar. Ayer lo consiguió en una concurrida cafetería. Se presentó de repente, abrió su gabardina de par en par y un grito de asombro surgió de todas las gargantas. Tenía calzoncillos.

El falso Maestro

Dirigióse el falso Maestro, seguido de algunos incautos discípulos, al pueblo más próximo. Una vez en la panadería, el falso Maestro pidió una barrita de pan... "¡Paga!", ordenó perentorio al discípulo más próximo a él. Éste pagó sin rechistar. Una vez en la calle, una turba comenzó a seguirles. "¡Maestro!" –exclamó con voz triunfante un paralítico de aspecto andrajoso y desnutrido—. "¡Una palabra, una sola palabra y...!". El falso Maestro no pronunció palabra alguna y apartó hacia un lado al inoportuno. La turba se sintió defraudada y empezó a lanzar piedras y guijarros al falso Maestro y sus discípulos, que con las túnicas levantadas hasta las rodillas corrieron cuesta abajo, alejándose del pueblo... Jadeantes y sedientos llegaron hasta un pozo donde una campesina de sano aspecto y atractivo rostro llenaba su cántaro de agua fresca... "¡Dame de beber!" –exclamó el falso Maestro–. Como

quiera que la campesina se resistiera, el falso Maestro le arrebató el cántaro por la fuerza al mismo tiempo que ordenaba: "¡Ultrajadla, violadla!". Una vez cumplida su misión, el falso Maestro y los discípulos llegaron a orillas de un lago. Propinaron una tremenda paliza a un pescador que se negó a prestarles su embarcación y montaron en ella. Una vez mar adentro se desató una terrible tormenta. "¡Maestro, sálvanos, que perecemos!", gritaron los discípulos ante las encrespadas olas, los vaivenes y bandazos de la embarcación... "¿Y quién os ha dicho que yo sea el Maestro?", gritó el individuo con voz de trueno. Minutos más tarde zozobró la embarcación y perecieron todos sus ocupantes ahogados. Uno de los discípulos tuvo fuerzas, ánimo y valor, antes de ahogarse, para exclamar: "¡Ánimo, Maestro, unos pasitos...!".

Examen de conducir

El ingeniero montó a su lado y dijo: "¡Vamos!". El aspirante a obtener su carné de conducir arrancó y con la mirada fija ante el parabrisas y las manos agarrotadas en el volante se adentró en los complicados vericuetos de la circulación ciudadana. Marchaba sin novedad hasta que, de repente, una señora se lanzó a cruzar la calle distraídamente y con celeridad. El examinado no pudo por menos que atropellarla. La señora lanzó un "¡ay!" desgarrador, pues para cuando frenó era demasiado tarde... Se arremolinó la gente, el ingeniero, desplazando imperiosamente al conductor, cogió el volante y se llevó a la mujer a un centro de asistencia urgente. El aspirante, solo, en medio de la calle, se preguntaba si tendría alguna posibilidad de aprobar el examen...

Teresina

La niña se llamaba María Teresa, pero en el colegio la llamaban Teresina, quizá debido al hecho de que varias de las monjas de la Orden provenían de Italia. Un día, en una de las numerosas funciones religiosas que las alumnas del Centro se veían obligadas a soportar, el capellán se refirió a ciertos padres que no cumplían con sus deberes de católicos, y organizó una especie de "cruzada familiar". La jornada dominical del padre de Teresina se vio interrumpida por la insistencia de la niña para que asistiera a misa. No se atrevió el hombre a decir nada, por no enfrentarse con su mujer, en quien Teresina encontró una fiel aliada. El "triunfo" de la niña fue celebrado por todo el colegio, con alborozo particular de las monjas. Y el padre de Teresina tomó la costumbre de desayunar y leer el periódico en una cafetería, en solitario, mientras duraba la misa.

Queridos, adorados hijos

He resistido la programación televisiva hasta el final, me he entretenido con una vieja revista, siempre esperando –al igual que mi mujer–, acechando el rumor de unos pasos que se acerquen a la puerta de nuestro hogar. Es inútil. Sólo me resta recorrer fatigosamente el largo camino que del sillón me ha de conducir al lecho conyugal. Me atenaza el sillón y tengo que hacer acopio de fuerzas para alzarme. Hoy me siento muy viejo. Calculo que tendré ciento veinticinco años, por lo menos. Parece que fue ayer cuando asombraba a mis hijos con unos sencillos y simples juegos de manos. Ahora esperamos su regreso en silencio. Me acuesto, y finjo dormir cuando llega mi mujer, que siempre busca pretextos para acostarse más tarde. Finjo dormir, pero no duermo. ¿Cuántos corderos podré contar hasta las siete de la mañana? (A esa hora sonará el despertador

e iré a trabajar. ¿Y si un día no fuera? Un compañero de oficina se dijo una mañana: "¡No voy!"; luego tuvo que pedir de favor un certificado médico, y su mujer no le habló en siete meses.) Una noche, hasta las cinco de la mañana, había llegado a contar 256.513 corderos. Cuando llegué a esa cifra oí que hurgaban en la cerradura de la puerta de la calle. Luego, los habituales pasos fugaces, una puerta, un "clic" de la luz que se enciende, otro "clic" y el silencio... Podía dormir tranquilo, porque el último de nuestros hijos ya estaba en casa. Esta noche, falta la hija... Los hijos. Queridos y adorados hijos.

Cuando una noche, años atrás, los increpé por llegar tarde, vi el odio reflejado en sus ojos, y no volví a abrir la boca. Ahora quisiera saber si mi mujer duerme o finge. En el lecho de la muerte –que quizá sea este mismo– tengo decidido, pocos minutos antes de expirar, pedirle ciertas aclaraciones de su comportamiento en vida. ¡Los hijos! Puede uno estar sentado en un sillón, como esos otros, con su batín y sus babuchas, creyéndose el rey de la casa, y recibir las "buenas noches" de un hijo recio, fuerte, sano, que viene de la calle, de sus paseos por el jardín vecino con sus amigos, que se improvisa un bocadillo antes de acostarse temprano porque se lo imponen y ordenan. Ignoran que ha dejado su bateadora en su cuarto, subrepticiamente. Y al día siguiente vienen unos policías y les comunican que "su muchacho" ha matado a alguien en unos jardines. ¿Entonces? ... En estas consideraciones me encontraba, tratando de eludir los corderos saltarines, cuando oigo de nuevo

rumores provenientes de la puerta de la calle. Ahora es nuestra hija. Dentro de un rato, de media hora, se cumplirá el rito. Mi mujer se levantará sigilosamente, entrará en silencio y a oscuras en su habitación, registrará su bolso, sus bolsillos, la olerá, palpará su brazo... Píldoras, anticonceptivos, alcohol, drogas, todo es posible. Un suspiro y a la cama de nuevo. Al día siguiente, callará. Yo, también.

Conversación

Cenaron en silencio. Veinte años de matrimonio son capaces de agotar todos los temas posibles de conversación. Se levantaron en silencio de la mesa. Ella se dedicó a recoger cubiertos y desperdicios. Él se acostó en la cama matrimonial y se sumergió en la lectura de revistas y periódicos. Media hora más tarde, fue ella la que se tumbaba en el lecho. "¿Quieres apagar la luz, querido?". Dobló el periódico, se quitó las gafas y apagó la luz. Antes de darle las "buenas noches" se le ocurrió preguntar: "¿Esas muñecas hinchables que venden en Norteamérica serán de tamaño natural?". Ella no pudo responderle porque ya estaba dormida.

El violador

"¡Es ése!", exclamó la niña de bucles de oro y ojos azules, con su dedito que apuntaba implacable e inexorablemente a un hombre de mediana estatura, de unos cuarenta años, regordezuelo y con cara de buena persona. De todas formas, nadie se dejó llevar de las buenas apariencias –algunas veces engañan– y se abalanzaron sobre él. El acusado intentó decir algo, pero un puñetazo le rompió tres dientes y le partió el labio. Otro golpe le cerró un ojo y un rodillazo en el bajo vientre le obligó a soltar un gemido. La niña, ante tanta violencia, comenzó a lloriquear, siendo retirada del lugar. Mientras tanto, la justicia, *in situ*, había comenzado a torturar al corruptor de menores que se mostraba callado y sumiso. A lo sumo un gemido..., especialmente cuando le extirparon los testículos. También resultó doloroso el arranque de sus ojos. La lengua, no se sabe por qué, la respetaron. Las uñas no. Le fueron

arrancando una a una, tanto las de las manos como las de los pies, así como el cabello. Con unas tenazas le arrancaron las orejas. Y un sádico, con una aguja, se dedicó a introducírsela por el ano hasta profundidades tan remotas que todos supusieron –la sangre fluía abundante y negra– que habría llegado a desgarrar muchos órganos y tejidos de su organismo. Ninguno vital, desde luego, porque el violador seguía viviendo. Y es así –llegados a este momento– que los padres de la criatura volvieron presurosamente a la gran plaza donde se estaba llevando a cabo el suplicio para admitir que su niña se había equivocado y que el violador era otro. La gente protestó, los verdugos refunfuñaron y el juez abandonó el lugar acompañando a los padres de la niña al domicilio del auténtico y único responsable del vil atentado. Y el pobre desgraciado, torturado, desangrado, destrozado, roto y medio muerto, sólo acertó a decir... "¿Y ahora, qué?".

¿Qué será del "Gaviota"?

Había concertado una entrevista en unas oficinas comerciales ubicadas muy cerca de la plaza de la Independencia. La cita era a las nueve de la mañana. Precavido, tomé un taxi una hora antes y por un hecho, a todas luces inexplicable, llegué frente a la Puerta de Alcalá con media hora de anticipación. Abandonado a mi destino por el taxista, me topé con las grandes puertas de hierro, abiertas de par en par, del Retiro. Un extraño impulso me empujó hacia el interior. Había muy pocas personas, y casi todas pasaban corriendo –haciendo ejercicio quizás– o temerosas de llegar tarde al trabajo la mayoría. Cuando llegué al estanque observé que... "No sé cómo contarlo, de verdad...", comentaba horas más tarde a mis compañeros, durante ese almuerzo presuroso que la hora de asueto laboral nos impone a una gran mayoría. "El estanque estaba quieto, silencioso, las barcas atracadas, un jardine-

ro barría muy cerca la tierra, el sol despuntaba y arriba un avión con retraso habitual había trazado un surco blanco en el cielo. De repente, una gaviota, ¿una gaviota?, me pregunté a mí mismo y preguntaba a los demás... ¿Es posible que fuera una gaviota?". No nos pusimos de acuerdo. "Bueno, sigue, da lo mismo", me dijeron. "Quería deciros que esa ave, de repente, remontó el vuelo, en medio del estanque, lenta, pausadamente, rozando con sus patas la tersa superficie, rompiendo la calma en ondas y yo miraba absorto su vuelo hasta perderse en el horizonte... En aquel momento, pensé que la vida, tal como la vivimos, no merece la pena, y que la gaviota o lo que sea, era feliz y yo no podía seguirla. Minutos más tarde, estaba en medio del caótico tráfico, esquivando los coches". Terminé el relato y un compañero, rompiendo el silencio que mi ridícula historia había, al parecer, provocado, exclamó: "Mañana iré a ver el Retiro antes de entrar al trabajo". Debió cumplir su promesa, porque lo cierto es que jamás volvió a trabajar. "¿Qué será del "Gaviota?", solemos preguntarnos alguna vez durante el almuerzo de una hora de asueto laboral, con un menú que siempre se repite, invariablemente de lunes a viernes. Por lo tanto, mañana martes, ya sé lo que almorzaremos...

El cuento

La niña se despertó a media noche y comenzó a llorar, exigiendo a voz en grito "que le contaran un cuento". La madre, rendida por el cansancio de la fatigosa jornada, se resistía y pidió con mal talante a su marido que interviniera. El marido, mascullando palabrotas, se levantó y se dirigió a la habitación de la niña. Ella quería escuchar, una vez más, el cuento de "Caperucita". El padre, rabioso y enfurecido, contó con gran fuerza descriptiva la popular narración. Introdujo algunas variantes (quizá producto de su mal humor), incidiendo con todo género de detalles en la muerte de Caperucita, devorada no por uno, sino por muchos lobos. Crujieron los huesecillos de Caperucita, se quedó sin ojos, sin dientes, sin nariz, la sangre manchaba el césped... Cuando la niña se hubo dormido, el padre se retiró calladamente. A la mañana siguiente, la madre, observando a la niña, que dormía con

el cuerpecito rígido, las manos crispadas y los ojos abiertos, redondos como platos, preguntó al marido: “¿Qué le contaste a la niña?”.

Agencia matrimonial

Estaba decidido firmemente a contraer matrimonio. Quizá era tarde. Pero se miraba en el espejo, tras afeitarse cuidadosamente, y se decía que para sus cuarenta y cinco años se conservaba bastante bien. Algunas amigas hasta le encontraban atractivo y seguramente que se hubieran casado con él, de habérselo propuesto. Pero él quería otra cosa. Le asfixiaba el ambiente provinciano y burgués que se respiraba en la ciudad. Se conocía todo. Sus amigos habían contraído matrimonio y él, cuidando a su anciana madre, de la que había heredado una tienda de géneros de confección, no se había percatado de que su existencia se le escapaba de las manos y que no había conocido todavía el amor de su vida. Ahora, su madre había muerto. Era cliente de varias agencias matrimoniales con sede en Madrid, las cuales se ocupaban de enviarle, regularmente, una relación de posibles contactos. Eran

agencias de absoluta seriedad y moralidad, pero al parecer no tenían lo que él precisaba. Una mujer agraciada, soltera –nada de separadas con hijos, viudas o divorciadas...–, que estuviera dispuesta a compartir la vida en común. Un día le llamó la atención un reportaje aparecido en la televisión. Al parecer, existían modernas agencias que exhibían, con discreción garantizada, vídeos con las presuntas y posibles compañeras para toda la vida. La cuota era cara, pero se animó. Experimentó una gran emoción cuando recibió una remesa de vídeos. Le llamó poderosamente la atención la quinta candidata. Lo reunía todo y además tenía una cara atractiva y un hablar suave, discreto, elegante, entrañable. Pensó que aquélla podía ser la mujer de su vida. Llamó a la agencia y la misma se encargó de montar una entrevista "confidencial y sin compromiso alguno". Se fue a Madrid. El día señalado, a las ocho de la tarde, esperó en la cafetería convenida, blandiendo ostentosamente la revista elegida, y la vio entrar... Tímida, dulce, como en el vídeo. Le reconoció y se acercó a él cojeando visiblemente.

Incidente

M. se dirigía con el coche y toda la familia en su interior hacia el campo, dejando tras sí la gran ciudad, con sus ruidos, olores y colapsos en la circulación. De repente, un coche le surgió de una calle lateral sin detenerse, ni señalar nada. Un brusco frenazo salvó la situación, pero rabioso comenzó a tocar histéricamente el claxon. El autor del lance, un hombre corpulento y barbudo, detuvo unos metros más adelante su coche, impidiendo el paso del que protestaba y arrimándose altaneramente a la ventanilla del airado conductor, preguntó: "¿Le ocurre a usted algo?". M. calló y el hombre volvió a su coche, arrancando pausadamente. M. no fue feliz en el resto de la jornada.

Romance anónimo

El parque estaba casi desierto. Era día laborable y por lo tanto no tenía nada de extraño. El sol de primavera, casi en el mediodía, comenzaba a molestar. Una señorita, de rostro agraciado, leía ensimismada un libro, sentada en la extremidad de un banco de madera. En cierto momento, ocupó el otro extremo un caballero. Antes de sentarse se quitó la chaqueta, después los pantalones, la camisa, los zapatos, los calcetines... La señorita observaba la escena con el rabillo del ojo izquierdo. Un momento después el caballero, completamente desnudo, leía un periódico. Pasado un tiempo difícil de precisar, el caballero abandonó la lectura, se vistió y se fue sin despedirse siquiera. La señorita se preguntaba más tarde si habría actuado bien al no decir nada e ignorar el hecho.

Volando hacia Londres

Era un vuelo regular, de los llamados de "fin de semana". Un asunto ineludible y de cierta importancia para su empresa, le obligaba a tomar un jueves por la tarde aquel avión, con destino a Londres, aparentemente de mala gana. Pero cuando remontó la escalerilla, movió el brazo derecho automáticamente, en plan de despedida, hacia una hipotética figura de mujer –su esposa– que presumía se encontraba entre el habitual grupo de curiosos y expectantes visitantes de aeropuerto (nunca pierden la secreta esperanza de ser testigos directos de un espectacular accidente) y se introdujo en el interior del aparato, respiró aliviado. Quería a su mujer, pero no la soportaba.

Dada la escasa afluencia de pasajeros, la azafata, por razones de seguridad, los acomodó en la parte anterior. Nuestro hombre hizo un gesto de contrariedad, pero no tuvo

más remedio que sentarse en el lugar que le indicaron. Reparó de soslayo en la mujer que tenía a su vera y que miraba con insistencia a través de la ventanilla. Dado que durante varios minutos no cambió de postura, pudo observar con tranquilidad su porte e indumentaria. Efectivamente, se trataba de una madre de familia de clase media alta, y con un atractivo rostro, cosa que pudo comprobar cuando el avión alzó su morro y la pasajera dejó de mirar al exterior, se persignó y clavó la mirada en un punto indeterminado frente a ella.

Intentó trabar conversación, pero la mujer, seria, con rostro preocupado, ojos quizá un tanto enrojecidos, no aceptaba diálogo alguno. Tampoco aceptó la bandeja que le ofreció la azafata, a pesar de la insistencia de ésta. Más tarde, la azafata le entregó una "tarjeta de embarque" para que la rellenara. Aquí perdió su mutismo, porque no se entendieron en la cuestión idiomática y hubo de intervenir su compañero de viaje. Luego todo resultó más fácil.

Estaba casada, tenía tres hijos y su marido no quería ninguno más. La esperaban en una clínica al día siguiente. El sábado se recuperaría y el domingo podría volver. Jamás había pasado por aquella experiencia y tenía miedo, pesares y remordimientos. Su marido le había empujado insistentemente a tomar aquella decisión y ella, al final, había cedido. El caballero escuchaba silenciosamente la confesión. Luego tuvo solícitas palabras para su situación. Con hábil vocabulario dejó entrever que el marido no

se merecía una esposa como ella. Inquirió discretamente por su fidelidad y no pudo por menos que mostrar un leve gesto de contrariedad cuando confesó que le había sido fiel durante los quince años de matrimonio. Alegró sus ojos cuando la mujer apretó los dientes y afirmó, casi para sus adentros, "esto me lo pagará...". Al llegar a Londres, el caballero observó que sus respectivos hoteles estaban muy cercanos –aunque así no hubiese ocurrido, la "coincidencia" se hubiera dado de la misma manera...– y la invitó a coger un solo taxi. No resultó muy difícil, dado el estado depresivo de la mujer, convencerla para cenar juntos. Pero se equivocó rotundamente, cuando, ya en los postres, se atrevió a coger amorosamente una de sus manos y manifestarle su deseo de llegar a un conocimiento más íntimo. La bofetada resonó en todo el salón y los comensales no acertaron a saber a ciencia cierta qué es lo que había ocurrido. La señora se marchó airada, llorosa, humillada, compungida y decepcionada, y el caballero, acariciándose la mejilla, sólo acertó a balbucir, a manera de excusa personal: "A fin de cuentas, no tenía nada que perder ni que arriesgar... Mañana lo arregla".

Un desembarco

Se aproximaron a la costa unos grandes buques de guerra y durante siete días estuvieron disparando enormes proyectiles que fueron a estallar junto a la orilla. A continuación, hicieron su irrupción rápidas lanchas anfibias, que abrían sus compuertas y vomitaban centenares de soldados armados hasta los dientes. Las bombas no cesaban de estallar junto a la orilla. Un oficial con muchos galones y un pequeño revólver, gritaba a los buques: "¡Idiotas, más allá!". Pero los buques de guerra seguían disparando imperturbablemente contra la orilla. Los soldados caían como moscas. Otro oficial dijo: "¡Al ataque!", pero en el momento de echar a andar, se aturdió, tropezó y cayó al suelo. El resto de los soldados que le seguían, indecisos, se echaron asimismo al suelo. Uno comenzó a llamar a su madre. Otro gritó "¡traición!", al ver que su compa-

ñero caía muerto con un tiro en la espalda e increpó duramente a otro por su descuido. Al final todos se retiraron en desorden, exclamando: "¡Volveremos!". Mientras, en el buque-insignia, el almirante, consultando detenidamente los mapas, exclamó sencilla y llanamente:

— Nos hemos equivocado de orilla. Es la de enfrente...

Y con voz un tanto enérgica, gritó:

— ¡Adelaaaaaaaaaaaaaaante...!

El dedo índice de su mano derecha señalaba un punto imaginario en el horizonte sin fin del Océano.

Tímido

¿Llegaré a santo? No fumo. No bebo. Soy casto. Me acuesto temprano. Rezo. El último domingo, precisamente, recuerdo que me asaltó la misma pregunta en la iglesia, al ver a un santo en su nicho, a la derecha del altar central. ¿Y yo por qué no?, me dije. ¡Si no fuera tan tímido...!

Ileso

El autobús cayó, repleto de pasajeros, por un precipicio al perder su conductor el control del volante. Se hundió en las frías aguas de un torrente y pasaron varios días hasta que todos los cadáveres pudieron ser recuperados. En total: ciento cinco muertos y un superviviente que, milagrosamente, se salvó al ser despedido violentamente del autobús en el primer encontronazo. Un periodista le hizo una entrevista, la gente le felicitaba por su suerte y una "nueva vida se abría ante él...". Esto lo dijo el cura de su parroquia en la plática de la misa que su mujer ofreció en acción de gracias. Pasaron los meses, siguió trabajando en su modesto puesto de funcionario y murió, años más tarde, tras una larga y cruel enfermedad, lamentando su mala suerte.

Reunión de sociedad

La reunión en casa de los señores de B. estaba resultando francamente animada. Era una reunión de matrimonios. Todos parloteaban: se contaban anécdotas de viajes, de caza, problemas de circulación, chistes políticos, de actualidad o subidos de tono... En uno de esos lapsos que inevitablemente se producen en toda conversación general, el dueño de la casa, un señor más bien grueso, de gafas negras, que casi no había abierto la boca en toda la velada, afirmó alegremente: "Pues a mí me han hecho la vasectomía...". Se hizo un profundo silencio. Minutos más tarde los invitados iniciaron una discreta retirada...

El arañazo

Tenía un carácter irascible. Amaba a su mujer, a sus hijos y a su coche, especialmente a este último. Un día, fueron todos en el coche a visitar un gran zoo, donde los animales vivían en plena libertad. Tomaron las precauciones indicadas al entrar en la zona de los leones, cerrando herméticamente todas las ventanillas. Los leones dormían apaciblemente y un guardia, solícito y con el ánimo, sin duda, de ganarse una propina, empujó con su "jeep" a uno de ellos, de porte majestuoso, para que pudiera obtener una buena fotografía. El león mostró desgana y disgusto y de un zarpazo arañó la carrocería del coche. Su propietario, indignado, salió del interior y con una llave inglesa propinó un tremendo golpe en todo el morro al león que, asombrado, huyó despavorido. El guardia protestó, pero el conductor, ciego de furor, se abalanzó contra su garganta y no

lo mató porque intervinieron a tiempo su mujer, hijos y compañeros del guardia, que tras ímprobos esfuerzos, lograron dominarlo finalmente.

Vacaciones en familia

¡Se oían tantas cosas, cuando llegaba el verano y las vacaciones, en torno a los ancianos abandonados por sus familiares en la gran ciudad! Le impresionó el caso de un padre "olvidado" por su hijo en una gasolinera. Ella, afortunadamente, no tenía nada que temer al respecto. Su hijo la quería, la nuera también, así como los nietos. Cierto es que jamás le hablaban, la ignoraban, pero la querían. De ello estaba segura. Cuando llegaron las vacaciones de agosto, como todos los años, la animaron a hacer la maleta, mejor dicho, sus maletas, porque le gustaba llevar siempre toda su ropa consigo. La nuera, solícita, la ayudó. Todos parecían estar muy contentos. El viaje era muy largo y, como siempre, su hijo quería aprovechar al máximo sus vacaciones, partiendo un viernes al atardecer. Como era ya costumbre establecida en años anteriores, cerrada la noche, pararon en una especie de

motel para dormir y proseguir muy temprano al día siguiente. Se repartieron en tres habitaciones. A la abuela le asignaron un dormitorio para ella sola. Por la mañana no hizo falta que nadie la despertara. Se lavó, se vistió, se peinó y bajó al salón, para desayunar con los suyos. Había mucha gente y no los vio. Alguien la invitó a tomar asiento en una mesa. Cinco ancianas de su edad la saludaron calmadamente con un gesto de la cabeza. Le llamó la atención el atuendo de la camarera, que sin dirigirle la palabra, le puso en la mesa, ante ella, una taza de café con leche y unas galletas. Volvió a examinarla. Hubiera jurado que se trataba de una religiosa con atuendo. Desayunó un tanto inquieta, dada la tardanza de su familia, y se dirigió a recepción. Allí, por fortuna, le informaron de todo. Su hijo, nuera y los nietos no habían dormido allí. Prefirieron continuar el viaje. Todas sus maletas las habían dejado, sin embargo, a buen recaudo. Tampoco tenía que preocuparse del pago de su estancia. Estaba todo acordado. Sintió una terrible decepción, una honda amargura. También a ella la habían dejado, en aquella residencia de ancianos, a muchos kilómetros de distancia de su residencia habitual, mientras ellos transcurrían sus vacaciones en la playa. “No es eso –le dijo la hermana religiosa con dulzura–. No ha comprendido bien. Vendrán en Navidades a saludarla”.

En el túnel

El tren penetra en un túnel. Las luces del departamento no se encienden. La oscuridad es total. Recuerdo el juego preferido de mi llorado amigo Tic en circunstancias análogas: se pegaba una bofetada. Todos los compañeros de viaje percibían el chasquido acusador. Y tras la espera ansiosa de la luz del día, Tic, con su delator carrillo enrojecido, se sentía muy complacido al observar el rubor de su compañera de viaje, víctima de las miradas curiosas y un tanto malsanas, del resto de los viajeros...

El túnel es largo y las luces siguen sin encenderse. Una terrible duda asalta mi mente. Bien pudiera haberme quedado ciego. No sería el primer caso. Lo he leído en la prensa. Finas gotas de sudor brotan de mi frente. Abro los ojos, los pongo redondos como platos, pero no alcanzo a vislumbrar ninguna brizna de luz. Como último recurso, exclamo con voz trémula:

—¡Estos malditos trenes!

Todos mis compañeros de viaje, responden a coro:

—¡Estos malditos trenes...!

Mi soplo de tranquilidad se esparce por el departamento.

Una claridad percibida a través de la ventanilla, me indica que la salida del túnel está muy próxima. Cierro los ojos. Ciego, ciego para siempre. Trato de imaginármelo, trato de verme: alto, apuesto, erguido, una hermosa corbata, un elegante bastón blanco. Mis ojos, mis bellos ojos, sin fondo, sin vida y sin luz, no necesitan la protección de unas gafas ahumadas. Las mujeres me miran al pasar. Las bellas mujeres me miran. ¿Amor? ¿Piedad? Amor, amor. Pero las aparto dulcemente con mis manos. "No puede ser, no puede ser", musito...

Y cuando ya las lágrimas están a punto de brotar de mis ojos, cuando ya la desesperación y la impotencia corroen mi ánimo, pienso que yo, con un acto de mi propia voluntad, de mi propia potencia, puedo llegar a ver... Y cuando ya el rojo de mis cerrados ojos me indica que el túnel quedó atrás, los abro de improviso. ¡Qué maravilla! El campo, el cielo, los hombres, mis compañeros de viaje. Quisiera abrazarles uno por uno... Trataría de explicarles... ¡Pobres ciegos!

La última carta

Antes de subir al cadalso, le preguntaron al desgraciado si deseaba escribir algún mensaje, alguna carta. Contestó afirmativamente y le trajeron a su celda papel, pluma y tintero. Se sentó en el taburete, apoyó los brazos en la tosca mesa y, pluma en ristre, quedó mirando fijamente a un punto determinado de una de las mugrientas paredes de la celda. Los guardianes, impacientes, carraspearon... El condenado, absorto, no parecía estar muy inspirado. Mordisqueaba la pluma... De repente, empezó a escribir algo, pero pronto lo dejó. "Lo siento", dijo al alzarse del taburete, a manera de excusa por haberles hecho perder el tiempo. Sin mediar palabra, el grupo compuesto por el condenado, los guardianes y el capellán iniciaron la marcha, por el largo corredor, hacia el patíbulo que se alzaba en el patio central. Un carcelero se quedó junto a la celda y no pudo reprimir su curiosidad. Echó un

vistazo a las líneas escritas por el reo. “Muy señor mío: En contestación a su atta. del...”. Y nada más. Dedujo que el reo no había podido recordar la fecha.

Auto-stop

Le aseguraban que la práctica del autostop entraña muchos peligros, pero él se negaba a admitirlo. ¿Cómo podía ser peligrosa, por ejemplo, la presencia de aquella dulce muchacha de ojos azules que llevaba sentada a su lado, recogida quince kilómetros antes? Quería llegar a Venecia. "¿Conoce usted Venecia?". No, no conocía esa ciudad ni cualquiera otra de Italia. Jamás había estado en Italia. ¿Era normal?, se preguntó. No, no era normal. Fue un viaje maravilloso, turbado solamente por el recuerdo de la mujer, suegra e hijos que había dejado atrás. Intentó explicar lo ocurrido por carta, antes de afrontar el regreso.

Inquisición

La luz de las antorchas resultaba escasa para el lóbrego sótano, y las sombras se proyectaban agigantadas sobre los húmedos muros. Un desgraciado, desnudo y sumiso, exhibía la blanquísima piel y con ojos de terror presenciaba las operaciones de los verdugos, que ataban sus pies y manos a la "rueda de la muerte". Formalizadas aquéllas, los verdugos se apartaron para dar paso a un inquisidor de terrible mirada y voz ronca. "Por última vez –preguntó–, ¿cree en Dios o no cree en Dios?". El maniatado se mantuvo en obstinado silencio, hasta que un gesto del inquisidor a los verdugos provocó un terrible alarido del primero. Solícito, el inquisidor se aproximó al rostro del torturado: "¿Qué me dice?". El desgraciado, jadeando, acertó a balbucir: "Algunas veces sí, otras no... depende". "¿Depende de qué?" , inquirió con voz terrible el inqui-

sidor. “No lo sé... Resulta difícil precisarlo. Hay veces en que me siento feliz, arrobado, transportado a los cielos, sin saber por qué, sin causas que justifiquen esa felicidad, y entonces creo. Pero otras veces, también sin saber por qué, deprimido, cansado, harto, generalmente al despertarme, por las mañanas, con mal sabor de boca...”. Aquellas explicaciones, más bien elucubraciones, no parecieron satisfacer en demasía al inquisidor porque irguiéndose y sin dejar de mirar fijamente al acusado, exclamó con un gesto decidido de su mano derecha: “¡Adelante!”.

Cáncer

Quisiera violar a todas las mujeres del mundo. Una por una. Blancas, negras, amarillas, esquimales... Pero temo que mi vida se extinga antes. En cincuenta años de existencia, hasta la fecha, solamente he anotado un nombre en mi agenda: el de mi mujer. Se dice pronto: me muero. ¿Y las funestas consecuencias que acarrea? ¿Y las tristezas que promueve? ¡La muerte, qué responsabilidad! Mi mujer y yo, cuando nos encontramos en el lecho común, ni tan siquiera nos rozamos. Nuestros cuerpos permanecen separados, como nuestras mentes, nuestras ideas, nuestras ilusiones... Yo creía que la muerte venía de repente. Pero ahora sé que no, que no ocurre así, que anuncia su llegada, que se hace esperar, que nos acecha, que nos vigila, que nos susurra al oído ¡pronto!, complaciéndose en molestarnos, en asustarnos... "Pálpese el cuerpo. Toque. Toque. ¿Dónde

está ese cáncer que tanto teme usted? ¿Dónde...?". Y la angustia me hace sollozar en la oscuridad del cuarto. "¿Te ocurre algo?", pregunta la mujer, semidormida. "Nada, nada". A gusto le diría: "Es el cáncer, ¿sabes?". Al día siguiente me levanto silbando una cancioncilla de moda y salgo a la calle. Le besaría al portero.

El timo de la lotería

Vivía muy cerca de la glorieta de Atocha y tenía por costumbre, desde que la jubilaron, dar una vuelta por la misma, para ver tranquilamente el trajín de la gente, de los coches. Aquel domingo tórrido de julio no lo olvidará jamás. Se disponía a abandonar la glorieta, camino de su casa, cuando de repente un individuo, mejor dicho, un señor, porque iba muy bien trajeado, la abordó. Creo que resulta innecesario contar los pormenores de su charla, porque desgraciadamente en la prensa suelen contar casos como éste. El señor en cuestión salía por la tarde camino de Caracas, en avión, y tenía en la mano un décimo de lotería. Al parecer le habían correspondido tres millones de pesetas. Le urgía cobrar el dinero en efectivo y todas las administraciones de lotería, así como los bancos, estaban cerrados dado que era domingo. Estaba dispuesto a entregar el décimo a una persona que por lo

menos le pudiera dar la mitad del premio, tras la oportuna verificación. La anciana escuchaba en silencio, pero los ojos le brillaban. Se avino a ir a una administración de lotería que exhibía en su escaparate los números premiados en la fecha indicada en el décimo. Era cierto, le habían correspondido tres millones. Se acercó un señor bien trajeado y pronto se metió en la conversación. Parecía decidido a hacerle el favor al viajero. Se pusieron de acuerdo los donantes. Cada uno aportaría medio millón, y al cobrar el décimo, se quedarían con dos por la gestión. Al viajero le pareció poco dinero, pero terminó accediendo. Se le notaba que tenía prisa y estaba nervioso. Fue a su casa la anciana, sacó un fajo de billetes del colchón y entregó su medio millón. El otro donante le entregó un cheque al portador. Al día siguiente, la anciana se dirigió con el décimo a la administración de loterías. En la puerta le esperaba el otro donante, como habían convenido. Cobraron el décimo más tarde en el banco y se repartieron los tres millones. Cuando la anciana contó lo sucedido a sus amigos y en la vecindad, fue duramente recriminada por su comportamiento abusivo e inmoral. La llamaron desde entonces "la Timadora".

Salustiano

Me pregunto si sería capaz de suicidarme. Soy feliz, no tengo un motivo... Se vuelca mi automóvil. A duras penas logro salir de entre las llamas y el humo, forzando la portezuela e impotente y desesperado asisto al horrible final de mi mujer e hijos. ¿Entonces? En cierta ocasión me asaltó una angustia tan irracional y deprimente que llegué a la conclusión de que tenía que poner fin a mi vida inmediatamente... Pero me tropecé con Salustiano, que me contó su vida: hechos vulgares, pequeñas tragedias, mediocridad, tristezas... Le escuché en silencio y me estrechó la mano al despedirse: "Sé que no volveremos a vernos". Fue inútil que protestara reiteradamente. Salustiano insistió. A partir de aquel momento leí los periódicos, ávida, ansiosamente... Tras él iría yo. Mis razones eran más poderosas. Inútil. Las crónicas de sucesos no daban noticia alguna al respecto. Bien es cierto que los cadáveres,

me repito a mí mismo, tardan varios días en salir a la superficie y flotar. Un vientre horriblemente hinchado y una piel blanquísima. Así vi al primer muerto de mi existencia y luego a mi tío. Por culpa de la hidropesía –"vida de primera y entierro de tercera", era su lema–, le pincharon el deforme vientre. "El año que viene...", planeaba el inconsciente, mientras el líquido salía y con él la vida... A no ser que se hubiese atado una piedra al cuello. Cabía esa posibilidad, tratándose de Salustiano...

Escobas

El hombre tímido y discreto, que todas las mañanas barre afanosamente los corredores y pasillos de la cárcel, es un famoso banquero, acusado de haber estafado millones y millones. Sus memorias las está publicando un semanario de gran tirada, y sostiene –por supuesto– que es inocente y víctima de un complot. Le han dado mucho dinero por la exclusiva y con su importe ha ordenado comprar una fábrica de escobas. Todas las que se utilizan en la cárcel son de su fábrica. Y él barre, dando ejemplo, con furia incontenible. Sale a escoba por día.

36 posiciones

Padre de familia, con mujer y cuatro hijos, casado desde hacía veinte años, llegó una noche a casa excitado. Su mujer se percató de su estado pero, intuitiva, se calló. Aguardó a que los niños se hubieran acostado. Él, entonces, le mostró un librito que le había prestado un compañero de oficina. Un libro danés, por supuesto. Descubría todo un mundo... inédito para ellos. La mujer, escéptica, no participaba de su entusiasmo. "No estamos ya para esas *cosas*...", alegó por toda excusa. El marido antes de acostarse, en pijama, probó a tocar el suelo con la punta de los dedos. A la cuarta tentativa lo consiguió con cierto dolor en las rodillas. "Mira, mira...", le dijo a su mujer, pero ésta roncaba ya apaciblemente.

Último párrafo

"...No quiero insistir más en ello. Creo que resultaría inútil. Desde aquel día que nos miramos a los ojos y preferimos no hablar, me di cuenta de que un muro, mejor dicho, un abismo se abrió entre nosotros. Ahora me espera la muerte y pido a Dios fuerzas, valor y serenidad para afrontarla. Mis compañeros confían en mí y no los defraudaré. No habrá venda en los ojos y sí un pecho descubierto. Yo mismo daré la voz de orden, si el oficial que dirige el pelotón me lo permite. Y mi último grito, nuestro grito, espero que surja de mi garganta vibrante y henchida. Un grito que, sin duda, resonará en el mundo entero y despertará a las conciencias dormidas. ¡Adiós!".

(Firma ilegible)

Postdata.- Antes de publicarla en los diarios de costumbre y de difundirla por las emisoras de radio, repasadla y corregidla.

Hijos y joyas

Ada y yo estábamos profundamente enamorados. Yo un día le había dicho: "No joyas, sino hijos te daré". Ella se emocionó muchísimo. Al día siguiente me rogó le repitiera lo mismo. Y yo dije: "De ninguna manera joyas, cuestan mucho". Se enfadó. Nuestras relaciones terminaron cuando yo un día imaginé: "Tú, paralítica, en una silla de ruedas y yo siempre a tu lado". "No, no –decía ella–, no podría resistirlo. Te rogaría que me dejaras". La muy imbécil no supo darme una contestación satisfactoria a sus palabras, porque se echó a llorar. La dejé por egoísta.

Viajes ilusionados

Eran un matrimonio feliz. Puede muy bien decirse que lo eran. No tenían hijos, pero Dios les había dado la oportunidad de que sus respectivas madres vivieran –la una con ochenta y cinco años y la otra con noventa y dos–. Y lo que es más importante: ambas gozaban de buena salud. El matrimonio trabajaba y se habían organizado a la perfección. El marido, los lunes, miércoles y viernes, abandonaba la oficina y se dirigía a casa de su madre para almorzar con ella. Los martes, jueves y sábados hacía lo propio con su madre política, es decir, en una palabra, la suegra. Su mujer hacía lo mismo con su madre y suegra, pero en alternancia distinta de días obviamente. ¿Podían pedir algo más en la vida? Ciertamente, hubieran deseado que la madre de ella pudiera ver. Por otra parte, la madre de él, con el transcurrir de los años, sufría un proceso de esclerotización. La asistenta doméstica,

es más, juraba que no se enteraba de nada, que "estaba ida...". No era cierta tal cosa. Sabía cuándo le tocaba venir al hijo o a la nuera. Y, sobre todo, esperaba ansiosamente los domingos, porque ese día el matrimonio recogía con el coche a las dos ancianas y se las llevaban de excursión, de viaje "por ahí...". Un día les propuse una solución que siempre me la están agradeciendo... Muy de mañana, recogían a las dos ancianitas de sus respectivos domicilios. Ella o él, o los dos, decían con voz cantarina: "¿Qué os parece? ¡Nos vamos a Toledo!". Y cada domingo se inventaban una ciudad española distinta. La cuestión era dar unas vueltas por la ciudad, sin tráfico, y al cabo de una hora, conducirlas a un restaurante distinto. "¿Dónde estamos?", preguntaba la ciega. "En La Coruña", terciaba la hija comiendo mariscos. Y las dos se sentían felices y lo comentaban luego, al día siguiente, por teléfono con sus amigas. Un día, los cuatro tuvieron el capricho de almorzar en un restaurante chino. "¿Dónde estamos?", preguntó la esclerótica. "En Pekín", contestó el hijo, masticando cerdo agridulce. Al día siguiente, las amigas comentaban entre sí que las consuegras eran unas mentirosas...

Premio imposible

El tren marchaba lentamente, abarrotado de viajeros, que inundaban todos los departamentos y pasillos de los vagones. Mac, en su departamento, había repartido lápices y papel en silencio a sus compañeros de viaje que le miraron asombrados cuando explicó su comportamiento:

—Soy el representante de una importante sociedad filantrópica. Desde hace veinte años recorro el mundo tratando de entregar un millón de pesetas al suicida que escriba la mejor carta de despedida, pero nadie se anima a hacerlo. Todos empezaron a devolverle el instrumental, menos un señor de gafas, pequeño. Escribía y escribía. Al cabo de una hora entregó tres cuartillas a Mac. Éste comenzó a llorar emocionado nada más leer la mitad de la primera cuartilla.

—¡Por fin! –exclamó al terminar su lectura– ¡He aquí una carta digna de premio! Claro está –comenzó a decir lentamente– que para que... el premio pueda adjudicarse, es necesario... –miraba al hombrecillo fijamente–. En fin usted ya comprende... falta un requisito esencial... usted está vivo y...

El hombrecillo comprendió perfectamente. Se quitó las gafas cuidadosamente y las introdujo en el bolsillo de su chaqueta. Se dirigió a la ventanilla, la abrió con dulzura y exhibiendo una sonrisa vanidosa a sus compañeros de viaje, se lanzó al exterior, contraviniendo claramente la orden de un letrero que decía: "Prohibido asomarse al exterior".

Mac, con un gesto airado, se lamentó:

—¡Siempre me ocurre lo mismo, qué desgracia!

Y abriendo la portezuela del departamento, exclamó:

—¡Pase, señora, hay un asiento libre!

Niño modelo

Todas las mañanas el muchacho, huérfano de madre, antes de ir a la escuela, preparaba el desayuno para su padre, postrado en el lecho desde hacía varios años, víctima de una enfermedad incurable, y sus hermanitos. Al volver al mediodía, preparaba la comida y por la tarde, lavaba, planchaba, cosía, y al anochecer, cuando todos dormían, hacía sus deberes. También estudiaba idiomas. Era el muchacho más bueno del pueblo. El párroco se interesó por él y consiguió que le nombraran "el muchacho más bueno del año", en un concurso patrocinado por la emisora regional. Todas las vecinas se brindaron a ayudarle para que pudiera disfrutar del premio, "un viaje a París de diez días, para dos personas". Le acompañó la maestra. En un mes no dieron señales de vida. Luego, su padre, en el lecho leyó lloroso una carta, del hijo, pidiéndole perdón, y advirtiéndole que se quedaban en París.

El tornillo

Por la rotura de un tornillo, de un solo tornillo, un gran avión de pasajeros se precipitó en tierra con todos sus ocupantes. El hecho no tendría mayor importancia si no fuera porque mañana he de viajar en avión por motivos laborales. Puedo alegar que estoy enfermo, que tengo cáncer. "Aquí", le digo a mi jefe, señalando con el dedo índice los pulmones. Pero solamente consigo que me dé un consejo: "No fume tanto". Necesito tener la conciencia tranquila. Las luces del atardecer se filtran por los rosetones de la iglesia y una anciana espera una vez más que la Virgen se le aparezca sobre la hornacina de enfrente, justo donde el morado del vitral deja reposar su luz. El sacerdote me dice que todos estamos en manos de la Providencia, pero ignora los nombres de los encargados de revisar los tornillos de los aviones. ¿Tendrán la conciencia tranquila?

Desde el ventanal del aeropuerto observo una infinidad de aviones. Algunos son movidos por minúsculos "jeeps" y se bambolean con exceso. Un sudor frío invade mi frente. Una luz roja indica que debo tomar ya mi avión. Trato de llamar a mi familia para despedirme, quizá por última vez. Inútil. No funciona el aparato. Seguramente le faltará algún tornillo. Soy el último en ocupar el autobús que nos conducirá, a través de la pista, al avión. Soy el primero en descender apresuradamente, pero no me dirijo a las escalerillas, sino a las alas. Todos me observan extrañados. Trato de colgarme de una de ellas. Mis saltitos resultan ridículos. Ante la inutilidad del esfuerzo, golpeo el fuselaje, las chapas metálicas; compruebo las juntas, toco las cabezas de los tornillos. Mis compañeros de viaje se han detenido en las escalerillas y me observan. Dos empleados de la compañía tratan de alejarme del aparato. Primero con buenos modales, luego a la fuerza; me arrastran hacia la escalerilla y yo solamente les ruego que me dejen comprobar si el maletero situado en la panza cierra herméticamente.

Buchenwald

Estaba sentado, creo más bien que acurrucado, junto a mis compañeros del barracón, cuando una voz recia exclamó:

—¡A la ducha!

—¿Con este frío?, objeté.

Pero nadie coreó mi tímida protesta.

"Yo no me ducho –me he repetido interiormente para darme confianza–. Me opondré con todas mis fuerzas".

Mis compañeros se han colocado ya en fila.

—Ven aquí; no seas idiota.

"¿Nos ducharán a todos juntos?". He sido toda mi vida muy vergonzoso. Ni en el servicio militar lograron quitarme mi pudor,

cuando nos veíamos obligados a ponernos todos juntos en corro, y en cuclillas, formando un círculo. Recuerdo que nos pasábamos así horas y horas, y que alguno, de repente, cesaba de hablar... Yo no podía. Hasta que venía el sargento.

Mi mujer apagaba siempre la luz. Nunca me vio el rostro mi mujer en ese momento.

—Qué tímido eres, cariño –me decía sonriente.

Estos mismos pensamientos me asaltaron al verla muerta. Mi suegra musitaba una oración.

—¡Basta! —dije.

Mi suegra me miró con sus grandes ojos negros y prosiguió el rezo.

Me han dado una pastilla de jabón y una toalla. Son amables. "¿Y si me guardara la pastilla?". La fila se ha detenido. Un oficial grita:

—¡Desnúdense! ¡Quítense todo lo que lleven encima!

Nos miramos los unos a los otros... Uno, por fin, se decide y comienza a desabotonarse. Resto indeciso; pero al ver a algunos de mis compañeros completamente desnudos, me animo a hacer lo propio. Me quedo solamente en camiseta. Trato de estirarla para que me tape bien por abajo...

La fila pasa ante un oficial y deja en una mesa el hatillo de ropa, que luego va a pa-

rar a un confuso y desordenado montón. Mientras llega mi turno, pienso en lo difícil que va a resultar luego recuperar el hatillo de ropa correspondiente... Estoy ya ante el oficial.

—¡Tú! –barbota, pegándome en las nalgas con una vara–, ¡La camiseta!

Muerto de vergüenza, me desprendo de mi última prenda. El oficial me observa, sonriente y divertido de mi vergüenza. Yo no puedo más y emprendo veloz carrera hacia las duchas.

—Señor, Señor, acaba pronto con esta situación –musito.

Ataque masivo

El enemigo estaba allí, fuertemente atrincherado y protegido por numerosas baterías, que cubrían con su fuego todo el valle. Era preciso atravesarlo con cargas furiosas de la caballería. El Alto Estado Mayor calculó que serían precisas cinco oleadas, cada una de ellas con cinco mil hombres. Teniendo en cuenta que el enemigo causaría un sesenta o setenta por ciento de bajas, era lógico suponer que la quinta oleada llegaría a su destino. Dadas las órdenes pertinentes se iniciaron las cargas. La batalla no se desarrolló según el cálculo previsto y lo cierto es que para la supuesta última y definitiva oleada, sólo quedaban dos soldados. Preguntaron éstos si la carga tenían que hacerla al galope forzosamente como las anteriores. Vistas las circunstancias se les dio plena libertad para hacer lo que quisieran. Y los dos soldados, pie a tierra, cansadamente, arrastrando de la brida a sus respectivos caballos, se lanzaron contra el enemigo, hablando tranquilamente de sus cosas...

Éxtasis

El enfermero del sanatorio psiquiátrico me introdujo en una habitación. "Él lo llama *celda*", me aclaró. Las ventanas estaban cerradas herméticamente y el sol radiante del exterior no encontraba resquicio alguno. Mi hermano estaba arrodillado sobre un reclinatorio, el mismo que compró estando con nosotros en casa y que hubimos de trasladar al sanatorio cuando el doctor decidió su ingreso aquí. De esto ya hace un año. Hoy me han permitido visitarle. Con los ojos muy abiertos, mirando fijamente a una imagen piadosa que cuelga de la pared y con la única y exclusiva iluminación de una vela, no parece darse cuenta de mi presencia... No me atrevo a interrumpir su soliloquio. En casa lanzaba furiosos denuestos contra nuestra madre, cuando ésta interrumpía sus soliloquios, para anunciarle que la comida estaba en la mesa. El día que se subió sobre ella —cumplía años nuestro padre y había varios invitados— y comenzó

a recitar las bienaventuranzas, decidimos, sin más, internarlo. Ahora se ha percatado de mi presencia y me mira. En sus ojos hay lágrimas... "¿Por qué –me dice sollozando–, por qué conmigo se comporta así?". ¿Quién? "Él" –me aclara, indicando con un gesto la imagen...–. ¿Sabes? Es terrible tener que confesarlo y admitirlo, pero no puedo soportar más este peso, este secreto... Cuando me habla (su voz es un susurro) tartamudea... Sí, tartamudea. ¡Júrame que no se lo dirás a nadie!".

Matar un pájaro

He donado mis riñones, mis ojos, mis gafas –soy miope–, pero no me siento feliz por culpa del pájaro. "No me importa el mundo de los niños", me he dicho a mí mismo una, dos, tres, cien veces, y llego a la conclusión de que ciertamente no me importa. (Un amigo mío se echó a llorar a la tercera). ¿Les importa a los demás? Tengo mis dudas. Hoy día el terror y el horror se confunden. ¿Es posible habituarse a ellos? Me temo que sí. La gente dice tranquilamente: "Mañana me voy de vacaciones, de viaje...". Y son capaces de utilizar las "consignas" en las estaciones. De ahí a la "ruleta" rusa el camino es muy corto. "Habría que matarla", había dicho mi mujer –quizá sin mucha convicción– refiriéndose a la canaria. Encerrada en su jaula, sus rabiosos picotazos –alguna misteriosa enfermedad le obliga a rascarse continuamente– han dejado desplumado y llagado

su cuerpo. Desde luego, sufre. Matar un pájaro. Se dice fácil..., pero ¿cómo? Una hora de meditación en solitario –mi mujer y mis hijos se han ido de vacaciones y yo me he tenido que quedar trabajando por culpa de un compañero que primero dijo "me siento mal" y luego ha resultado ser cáncer de pulmón (él no lo sabe)– me llevan a la conclusión de que la solución está en la bañera. Introduzco la jaula con la canaria en su interior –la idiota canta–, coloco el tapón y abro el grifo del agua caliente. (Restos de una piedad perdida años atrás con amigos descarriados). El agua sube de nivel con exasperante lentitud. La canaria deja de cantar, se agita inquieta, parece intuir el peligro. Dentro de pocos segundos se agarrará desesperadamente a los barrotes del techo. Prefiero no presenciar el final. Me voy al salón y conecto el televisor. Es un telefilme. ¿Cuánto tiempo transcurrió? No podría decirlo con precisión. El hecho es que sonó el teléfono, sentí la voz airada de mi vecino del piso de abajo y corrí rápidamente a cerrar el grifo de la bañera. El agua inundaba a raudales la estancia. Recogí como pude, con trapos, con toallas, el agua. Durante el resto de la jornada no me sentí feliz, vuelvo a repetirlo, por culpa del pájaro. Antes –se me olvidaba decirlo– había arrojado la canaria al cubo de la basura. No abultaba nada y tenía los ojos abiertos.

El hada

He tenido un sueño maravilloso. Se aparecía en mi celda una bellísima señora, un hada o algo parecido, y me preguntaba qué deseaba más en esta vida. Yo le respondía que poseerla. Me golpeó suavemente con su varita –me imagino que "mágica", como se estila en estos casos– diciéndome: "Concedido". Me despertó la habitual visita de control del funcionario de prisiones. "¿Y eso, qué hace eso ahí?", me preguntó, inquisitivo, dirigiendo su mirada hacia el catre. No supe qué decirle. Parecía, era, una prenda interior femenina. Quedé atónito, estupefacto. Recogió la prenda y se la llevó. Minutos más tarde apareció el director, indignado. "¿Quién ha estado aquí esta noche?". Le conté la verdad.

El pecador

Cruzaba la calle, cuando de repente un automóvil ha pasado ante mí a toda velocidad, rozando imperceptiblemente mi abrigo. Me he puesto pálido. "Ha podido matarme", he musitado con voz muy queda. Miro en derredor. Nadie, nadie se ha percatado del peligro que he corrido. Pasa ante mí un hombrecillo. Lo detengo. "¡Por poco me mata!". "¿Quién?". Me mira como si estuviese loco. No insisto. Se aleja presuroso, volviéndose de vez en cuando para observarme. ¿Qué debo hacer para suscitar el interés del prójimo? ¿Acaso no es suficiente haber estado a punto de perecer? ¿Necesitan más? ¿Es preciso que me muera... total y definitivamente? Un remolino de gente curiosa. Un guardia que repite nerviosamente: "Circulen, circulen...". Quizá yo esté oyéndolo todo... y sin poder moverme. ¿Será así la muerte? Una horrible duda me asalta...

¿Estoy o no estoy en pecado mortal? No lo recuerdo. El primer mandamiento, el segundo, el tercero... un sudor frío se ha apoderado de mi cuerpo. Acabo de recordar que estoy en pecado mortal. Afortunadamente, y por concesión papal, que figura en un cuadrito en la cabecera de mi cama, y que un pariente me trajo de Roma, basta con que diga "Jesús" y habré salvado mi alma. Más difícil hubiese sido recitar aquel largo acto de contrición... Pero ¿hubiese tenido tiempo, con aquel coche, de pronunciar "Jesús"? Temo que no. Vuelve a apoderarse de mí el sudor frío. Es preciso que me confiese ante un sacerdote. Comienzo cautelosamente a caminar, hacia una iglesia. Por fortuna, no es necesario cruzar ninguna calle. Pegado a las paredes, temiendo que una teja acabe con mi vida, me dirijo fatigosamente al confesionario...

Los novios

Veinticinco años de noviazgo eran muchos años. Así lo estimaban los dos, es decir, el novio y la novia. Sólo tenían una alternativa: casarse o separarse. Probaron la separación. Imposible. Ella prorrumpió en llanto al doblar la esquina, ante el asombro de los peatones. Él la llamó por teléfono ansiosamente por la noche a su casa, jurándole que no podía vivir sin ella. Decidieron casarse. La noticia conmovió a la madre de la novia. Lloró, sollozó sin tregua ni pausa. "Mi hija, mi pobre hija –decía-, casarse así... tan de repente".

La hora postrera

A., en el lecho, se percató de que la única solución aceptable era rezar. Con grandes esfuerzos mentales, acertó a decir: "¡Santa Gema y San Gabriel, amparadme!". Repitió la jaculatoria, que tantos sudores le había costado recordar, cien veces pues no recordaba bien si había que repetirla cien veces para ganar un día de indulgencia o bastaba con pronunciarla tan sólo una vez para ganar cien días de indulgencia. Por si acaso empleó el sistema más fatigoso... Resulta increíble la buena voluntad que es capaz de desarrollar una persona cuando cree que su última hora está cercana.

"La Discreta"

La mujer entró tímidamente en la farmacia y aguardó su turno. La dependienta interrumpió la conversación que mantenía con dos señoras de aspecto distinguido para preguntarle lo que deseaba. "Anticonceptivos", dijo con voz queda. La dependienta, cambiando una mirada de inteligencia con las dos señoras, preguntó: "¿Tiene usted receta médica?". La mujer, azorada, respondió negativamente. "Lo siento, señora, sin receta no puedo servirla...". Se fue, huidiza, con seis ojos clavados en su espalda. Armada de valor penetró en la tienda indicada por su marido, una tienda muy discreta... "La Discreta", decía el rótulo precisamente. "Preservativos", dijo con voz trémula. El dependiente, amable, le mostró unos ingleses, de importación. La mujer, nerviosa, pidió una docena. Todavía el dependiente insistió más... "¿Con depósito o sin depósito?". La mujer no entendió la cuestión, pero pensando que serían más económicos, contestó: "Sin depósito".

Los justicieros

Habían sucedido cosas terribles en aquel barrio recientemente. Se palpaba la tensión en las calles, en las casas, en los bares y tabernas, en las esquinas. Cinco niñas habían sido violadas en el espacio de ocho meses y en ninguno de los casos se había podido localizar al culpable o culpables. Los jefes de Policía dimitían uno tras otro y el párroco inútilmente organizaba "novenas", a las que acudían puntualmente las seis beatas de la comunidad. Todo esto lo ignoraba J.R. Tampoco era de extrañar, porque no leía habitualmente la prensa, no oía la radio ni veía la televisión. Él solamente hablaba con el Señor. Al menos eso contaba a quien se detenía a escucharle. En esto también se equivocaba J.R., porque si se detenían los conductores era por culpa del semáforo en rojo. Él aprovechaba para acercarse a las ventanillas –estuvieran abiertas o cerradas–

y ofrecerles una flor a cambio de "una limosna, voluntaria por supuesto, para las ...". Habitualmente, no era necesario que prosiguiera con su pequeño discurso. Los coches arrancaban veloces en cuanto veían el semáforo en verde. Alguno llegó a darle una moneda, pero otros le insultaban y ponían en duda su virilidad –su voz era suave– y le insultaban con una palabra que empieza por "ma". Harto de la incomprensión de los conductores –el jefe de su comunidad le había asignado ese tipo de personas en exclusiva–, pensó que sería mejor llevar a cabo su apostolado en la periferia. La gente humilde es más comprensiva y generosa, pensó.

Atardecía, e inmerso en estos pensamientos se topó en la solitaria y un tanto oscura callejuela con una preciosa niña rubia con tirabuzones. Conmovido por la inocencia de sus inocentes ojos, la paró, le hizo unas cariñosas preguntas, le acarició la mejilla y le regaló una rosa de su cesto de mimbres. La niña nerviosa, no se sabe por qué razón, chilló y él trató de calmarla. De una taberna próxima se asomaron unos clientes. De las ventanas unas vecinas. "¡Es él!", gritó una de ellas sin fundamento. Minutos más tarde, el cesto de rosas yacía en el suelo... al igual que su dueño, que perdió el conocimiento. En lamentable estado lo encontró la Policía. En el "parte" se hablaba de una agresión sufrida por J.R. a cargo de unos desconocidos. Pérdida de un ojo, rotura de la pelvis, asimismo de varias costillas, cuero cabelludo arrancado, hematomas por doquier, casi toda la dentadura destrozada, al igual que el tímpano derecho, tres dedos de la mano derecha, varias mordeduras, labio par-

tido. De todos modos, había tenido suerte, porque dio la casualidad de que una pareja de agentes del orden público pasaba por allí y los agresores tuvieron que irse...

Aparición

Camino de su granja, B. observó de repente un extraño fulgor, un resplandor blancuzco y violeta que surgía tras unos altos arbustos... Se hallaba en el campo, solo y envuelto en un gran silencio. Se detuvo. Una silueta femenina comenzó a perfilarse en medio del gran resplandor. Una hermosa dama de túnica azul se hizo visible. Le sonrió y saludó. Después la dama y el resplandor desaparecieron. B. prosiguió su camino. Al llegar a casa su aire ensimismado y pensativo hizo que su mujer le preguntara: "¿Qué te pasa? ¿Te ha ocurrido algo?". "Nada". B. no quería complicarse la vida. Murió quince años más tarde sin decir nada a nadie. Todos los lunes, primeros de mes, se le había aparecido regularmente la dama en cuestión. De haber hablado hubiese creado un rito...

Martirio y muerte

Un silencio expectante se apoderó del circo romano. Miles de gargantas enmudecieron. Se abrió la compuerta y se oyó un gran rugido proveniente del interior de la galería. Unos soldados introducían sus lanzas a través de unas aberturas verificadas en la parte superior... Evidentemente, la fiera no quería salir al exterior. Fuera, en el círculo central, un grupo de cristianos, acurrucados, temblorosos, se apiñaban en torno a un anciano de barbas venerables y rezaban. Finalmente, el león surgió del fondo del túnel, siendo recibido con una clamorosa ovación. Ante aquel griterío se detuvo. Después, su mirada se posó ante el grupo de cristianos, que permanecía quieto e inmóvil. De un enérgico zarpazo arrojó por tierra a una mujer de unos cincuenta años, que profirió un terrible grito. Luego, el silencio... El resto de los cristianos proseguían sus oraciones, y el

león inició su festín, acompañándose de un molesto crujir de dientes. “¿Podía hacerse algo para impedir que esto ocurriera?”, se preguntó Nemorino, rodillas en tierra. Levantó los ojos al cielo y observó que seguía siendo azul, como cuando era niño. El león continuaba su orgía. De la inicial docena de cristianos mártires, sólo quedaban dos: el anciano, que, tembloroso y angustiado, se había postrado de rodillas en el suelo (quizá para facilitarle mejor las cosas a su verdugo, el león), y él, Nemorino. Observó con terror y detenimiento al león, pero, desesperanzado, comprobó que jamás lo había visto antes. Ni, por supuesto, curado diente alguno... Aquel león no le debía nada. De otro terrible zarpazo en la espalda, el león echó por tierra al anciano. Un carrillo y un ojo desaparecieron en el acto en su zarpa, que se relamió con gusto. Con la otra pata mantenía inmóvil a la víctima, que gemía. Después hundió sus dientes en un costado. Todos los intestinos quedaron al descubierto... Nemorino vomitó. Quiso levantarse, pero sus rodillas no le respondieron al primer intento. El león engullía con rapidez uno de los muslos, flácidos y blanquísimos, del anciano. Nemorino recordó a su madre, que de pequeño le decía: “Con este signo vencerás”. Un grito terrible se oyó en el circo: “¡Madre, repítemelo de nuevo! ¡Es necesario! ¿Comprendes? ¡Es necesario!”. Un profundo silencio se hizo en el circo. Nemorino fue asaltado por un profundo terror. El león se dirigía a él, último superviviente del grupo. Nemorino perdió el control de sí mismo y echó a correr camino de la presidencia.

Un primer zarpazo de la fiera le desgarró la espalda, y la sangre salió a borbotones... "¡César, reniego, César! ¿Me oyes? ¡César, reniego! ¡Sálvame! ¡Quiero vivir!...". No dijo más. El león clavó sus dientes en su hombro derecho y un alarido se oyó en toda Roma. César, con un movimiento de su cabeza, dio a entender a sus súbditos que ya era tarde y que nada podía hacerse. Y arriba, muy arriba del anfiteatro, en medio de la muchedumbre, un ciudadano anónimo confiaba a otro, en voz queda: "Lástima, un poco más que hubiese resistido y hubiera salvado su alma...".

Agenda de un burgués

Cerca del lugar donde trabajo he encontrado sitio para aparcar el coche. Cuando me disponía a realizar la maniobra oportuna, otro coche, rápidamente, ha ocupado la plaza. Le he tocado el claxon pero no se ha inmutado. Me he bajado y le he abordado cuando se disponía a marcharse. Era un joven de aspecto aniñado. "Llévese el coche o le parto la cara". No me ha hecho caso. Le he partido la cara. Un transeúnte ha intentado salir en su defensa. Confieso que me he portado salvajemente con él, pero confío en que el Señor habrá sabido perdonarme. Luego la maniobra de aparcamiento me ha salido bien a la primera intentona. Buena señal. De todos modos, desde mañana he decidido recibir lecciones de *karate*, por lo que pueda pasar.

En el psiquiatra

Nací en un puerto de mar. "Tuu, tuu", profundo y fuerte, hacían los barcos al entrar en el muelle. Mamá siempre se asomaba por la ventana y miraba a los barcos con ojos expectantes. Vivíamos los dos solitos, en aquella buhardilla. Pasaron muchos años, quince, veinte, no lo sé. Un día me decidí y le pregunté cariñosamente: "En alguno de esos barcos vendrá algún día papá, ¿verdad?". "No, hijo, tú no tienes padre", me aclaró... "Prosiga", me dice el psiquiatra. Estoy tumbado en un sofá y miro hacia el techo. Quisiera que mi mirada se perdiera en el infinito, pero no consigo apartarla de un desconchado ¿provocado por la humedad? "Buenos días, creo que se han dejado un grifo abierto en el cuarto de baño...". Miro de soslayo al psiquiatra... ¿Será posible que él, psiquiatra, haya pronunciado las palabras "grifo-cuarto de baño"?... "Prosiga, por

favor", me insiste en tono perentorio… Le odié desde aquel momento. Le odié como nadie es capaz de hacerlo. Acostado en mi lecho escuchaba sus sollozos, largos, interminables por la noche, a través del tabique que separaba nuestros lechos... Hubiesen bastado dos golpes, suaves, rítmicos, provocados con los nudillos de mi mano, tan familiares a ambos, y que muchas veces espantaron mi terror los días de tormenta... Una noche no pude más... "Pudo provocarlo quizá un niño, entró en el cuarto de baño y...". "¿Qué pasó aquella noche?". Su voz es monótona. Rebuscadamente monótona. ¿Será posible que no le interese en absoluto lo que pasó "aquella noche"? La maté. Me dan ganas de decirlo... Pero no es posible mentir. Debo ayudarle, contar la verdad, sólo la verdad. "¡Calla!", le dije, dando un puñetazo en el tabique, que retumbó en el silencio de la noche... "Prosiga". "Doctor, perdone -le digo incorporándome del sofá- ¿qué concepto se está forjando de mí?".

Hundimiento

El edificio se vino abajo a medio construir y los técnicos afirmaron que por culpa de una defectuosa cimentación. Los bomberos se afanaban en extraer los cadáveres de los infelices que habían encontrado la muerte trabajando. Un reportero tomaba en su bloc las consabidas notas. Dada la ignorancia, por parte de los dirigentes de la empresa constructora, del número de desaparecidos y víctimas, optó por anotar cuidadosamente los cadáveres localizados... "Diecisiete, dieciocho, diecinueve, vein...". Se detuvo porque los bomberos habían descubierto una pierna, pero al retirar los cascotes en torno a ella, comprobaron que la misma estaba cortada y que pertenecía a un cuerpo encontrado con anterioridad. Borró lo escrito y lo dejó definitivamente en "diecinueve". Lo lamentó porque siempre al titular resulta más llamativa la palabra "Veinte" ("Veinte muertos en el hundimiento...", etc) que "diecinueve" ("Diecinueve muertos en..." etcétera).

Crisis

De repente me he percatado de que mi vida se ha perdido, la he perdido para siempre. Y es tarde para volver a empezar. ¿Verdaderamente es tarde? ¿Y si lo dejara todo? Mis ojos inquietos recorren la habitación donde trabajo. Cada objeto, cada mueble es mudo testigo de mis afanes. ¡Escaparé lejos! ¡Lejos de aquí, lejos de todos...! ¿Se puede creer en Dios? Las dudas me asaltan cuando estoy en la iglesia. La gente que me rodea canta a coro, algunos rezan el rosario por su cuenta. Es el momento de la Consagración y se ha hecho un profundo silencio, roto solamente por el "¡pa!" de un niño, que se maravilla del eco estrepitoso promovido por su grito en el ancho ámbito del templo. ¿Y si todo esto fuera un tinglado, un falso tinglado? Mis ojos escrutan a las personas que me rodean...

Historia bastante atroz

La conducta de John Foster resultaba lógica en un buen profesional. “Quiero una oportunidad”, afirmó balbuceando, una tarde de otoño, en el despacho del redactor-jefe de un importante diario neoyorquino. Si un tal García recibió el mensaje en las montañas de Cuba; si Stanley localizó al doctor Livingstone, también él tenía derecho a una oportunidad..., y la tuvo. Partió camino del Pakistán Oriental con una cámara fotográfica bajo el brazo. El horror y la miseria se presentaron implacablemente ante sus ojos. ¿Qué pensó, qué sintió, qué hizo John Foster ante aquella tremenda realidad? Nada supieron de él en el diario hasta varios meses después. Y su ausencia la atribuyeron a la vergüenza padecida por el fracaso en la misión. La escena más trágica, la foto más patética, no era de John Foster. El mundo no olvidará fácilmente el rostro de aquel desgraciado que trataba inútil-

mente, con sus débiles y temblorosas manos, de frenar la trayectoria implacable de aquella bayoneta calada en el fusil, que esgrimía un militar. Su cuerpo se apoyaba en el de un compañero ya sacrificado y dentro de poco sería un cadáver exangüe... La multitud, curiosa y sonriente, rodeaba al trío... y nadie protestó ante el asesinato atroz. Los reporteros gráficos cumplieron con su deber y solamente John Foster, alejado de todos, vomitó y lloró. Arrojó lejos de sí, furioso, la cámara fotográfica y pensó que la vida no merecía la pena vivirla, que ya no sería el mismo John Foster de siempre y decidió no volver nunca más a Nueva York. Dicen que el tiempo todo lo borra y de tal habitual forma operó en John Foster. A los dos años se presentó en el diario, siendo perdonado y admitido. Ahora John Foster aguarda una nueva oportunidad. No está dispuesto a fracasar nuevamente. Si fuera preciso hablaría con el de la bayoneta, llegarían a un acuerdo económico, trataría de hacer un trabajo "en exclusiva" y cuidaría el enfoque. El de la bayoneta, firme y decidido; la víctima, en el suelo panza arriba, con ojos de terror, y él en la distancia conveniente... ¡Ahora!, gritaría John Foster y el de la bayoneta actuaría sin vacilar. El "clic" de su cámara coincidiría casi con el "¡haaag!" de la víctima. Mirando todo a través de una cámara se siente uno más alejado, más distanciado de la realidad...

El muerto

El hombre había caído atravesado a las vías del "metro" y muerto en el acto, porque un convoy, segundos después, pasó sobre su cuerpo y lo destrozó, ante el horror de los pasajeros que permanecían en el andén. El cuerpo sin vida fue cubierto con una manta, en espera de los trámites oportunos. Se reanudó la circulación y los convoyes pasaban por encima del cadáver. Era domingo y había escasa concurrencia. Tardaba en llegar el juez, o quizá no le dieron el aviso. El hecho es que todos se fueron olvidando del incidente. Luego, el paso veloz de los vagones terminó por desplazar al cadáver o lo que quedaba de él. Un convoy se llevó una pierna, otro un brazo... Al cabo de unos días no quedaba ni la manta, roída por enormes ratas cuando la circulación se interrumpía por la noche.

Paisajes

Hay paisajes que uno quisiera cogerlos, besarlos, abrazarlos, estrujarlos, como a la mujer amada y decirles: “Eres mío”.

California, 1800

Ochocientos carromatos aguardaban ante la línea divisoria. Al otro lado se abría un vasto panorama de tierras vírgenes, ricas, fértiles y sin dueño. Quien llegara primero podría escoger la parcela que más le gustara. Bastaba con delimitar con estacas. Los caballos piafaban nerviosos, quizá contagiados por sus dueños. Resultaba un espectáculo grandioso y emocionante observar a los ochocientos carromatos, con sus lonas blancas, cargadas de gente y utensilios, aguardando la señal de salida... Un señor de chistera, blandiendo una bandera blanca en su mano derecha, se subió a duras penas a un barril y explicó a voz en grito que daría la salida, contando "Un, dos, tres...". Se hizo un silencio impresionante en medio del desierto, castigado por el sol. "A la de una...", empezó a decir. Exactamente no se sabe cómo ocurrió, pero el hecho es que un carromato se puso en movimiento, y al

instante le siguieron en loca carrera los setecientos noventa y nueve restantes, levantando una gran polvareda. Rabioso, indignado, enfurecido, el señor de la chistera, subido en el barril, solo, en medio del desierto, gritaba: “¡No vale, hay que volver a repetir...!”.

El empleo

Gracias a sus periódicas remesas de dinero vivía con holgura su familia en el pueblo. Sus padres esperaban con ansia que volviera junto a ellos para que disfrutara por lo menos de unas vacaciones bien ganadas, pues llevaba ya cinco años seguidos en el extranjero. Ignoraban cuál era su ocupación. Se lo habían preguntado en varias cartas, pero respondía siempre confusa y vagamente. Trabajaba por las noches, desde luego. Sus padres lamentaban que, fuese en lo que fuese, tuviese un turno nocturno. En otra carta añadió que no podía ser de otra forma, lo que provocó todavía mayor confusión. Por fin un paisano llegó al pueblo de vacaciones y aclaró la ocupación del hijo. Actuaba en una sala de fiestas. Aparecía ante el público, arrastrando una ternera, y empuñando un taburete. Luego se subía, mejor dicho, se sentaba... (el paisano por poco se equivoca) en el taburete y ordeñaba a la ternera.

Todos se reían y aplaudían. Los padres no terminaron de comprender aquella estupidez, pero pensaron que ciertamente era un trabajo cómodo y bien pagado.

Perversión

Diez años llevaba en la casa sirviendo y en ese tiempo había almacenado un odio feroz e incontenido contra los dueños de la misma. No soportaba la altanería del matrimonio ni las impertinencias del hijo, un niño de nueve años a quien había visto prácticamente nacer y criado. Le retenía la retribución que percibía, más elevada desde luego que la del resto de las compañeras que conocía. Su resentimiento y ánimo de venganza lo desahogaba con el muchacho. Todos los sábados tenía que bañarlo. Y cuando lo enjabonaba lo hacía con fruición, con malicia, con morbosidad, con delectación... El muchacho, excitado, nervioso, sin saber exactamente por qué, se aferraba a ella histéricamente, con el instinto del púber, que ignora los misterios de la vida. Y ella, en ese preciso momento le propinaba una sonora bofetada, al tiempo que le devolvía a la realidad de todos los días.

En exclusiva

Encontraron el cadáver de la gloriosa y anciana actriz flotando en la piscina de su espléndida mansión. Pronto la policía detuvo a un muchacho, su notorio acompañante se declaró culpable de su muerte. Aprovechó sus últimos meses de vida en la cárcel, para escribir una especie de biografía o "memorias". Las vendió en exclusiva, a buen precio, a un semanario sensacionalista. Indicó que los emolumentos le fueran entregados a su anciana madre. Lo ejecutaron en la cámara de gas antes de que la revista pudiera dar por finalizada la publicación de su biografía. Precisamente el último capítulo se publicó una semana después de su fallecimiento. En el mismo contaba y explicaba con todo género de detalles la muerte ocasional de la actriz que, borracha perdida, tuvo la desgraciada ocurrencia de arrojarse a la piscina repentinamente, sin que él pudiera impedirlo. Explicaba también que se había confesa-

do culpable porque le hacía mucha ilusión ver publicada su biografía en una revista y rogaba a su madre que recortara todos los capítulos y los pegara en un álbum. La madre, compungida, así lo hizo y todas las noches, antes de apagar la luz, besaba con ternura y emoción el álbum de los recortes.

En el desierto

A ochenta kilómetros de Tobruk, en el desierto del Sahara, se encontraban Mass y Moss. "¿Habrá petróleo aquí?", había dicho Moss un día de abril lluvioso a las cinco de la tarde, en la terraza de un café próximo a la casa de Mass, en París. Y con los ahorros de Mass se trasladaron al punto exacto señalado por Moss con el dedo índice en el mapa de África, que el camarero, amigo de Mass, les había prestado. Con la ayuda de cinco indígenas, comenzaron a agujerear la arena. Moss lloraba mientras cavaba y decía: "¡No me importa el petróleo!". Mass le recordaba que el dinero lo había puesto él. El calor era sofocante. De pronto una detonación rasgó el aire. Un indígena cayó muerto. Quiso decir algo antes de caer a tierra, pero se aturulló y dijo: "Bramacalaba...", que no significa nada. Moss y Mass cogieron prestos sus fusiles, dándose espalda con espalda, decididos a vender por un precio bastante

razonable sus vidas. Los restantes indígenas vivos, llorando y temblando se habían arrojado al suelo y no se movían. No se veía a nadie. Las dunas. La arena interminable. Un silencio angustioso que sólo era roto por el "glu-glu" del petróleo al salir a la superficie.

Llegó la noche. Mass y Moss seguían en la misma posición, pero con los riñones doloridos. Los indígenas, aprovechando la oscuridad, habían decidido huir y dejarles solos.

Llegó el día. Mass y Moss seguían rígidos en la misma posición, aferrados a sus fusiles. De pronto oyeron unos gritos terribles, espantosos y al cabo de un rato vieron un espectáculo pavoroso. Los cuatro indígenas que habían huido aparecieron tras la duna y con paso vacilante pasaron delante de ellos, a muy escasa distancia. No tenían ojos, ni manos, ni nariz, ni orejas... Sangraban como cerdos. "¡Matadnos! ¡Matadnos! ¡Queremos morir!", gritaban desgarradoramente.

Moss, compadecido, se aprestó a disparar sobre ellos. Mass, agarrándole por una mano, se lo impidió, mientras decía: "¡No puedes hacerlo!". Y le dijo algo muy bajo, al oído. Moss bajó el fusil, presa de terribles remordimientos y angustias. Los desgraciados se perdieron entre las dunas.

A las dos horas del incidente, les atacaron los "tuaregs". Mass y Moss lucharon hasta el final. Moss cayó con un balazo entre los ojos. A Mass le golpearon en la cabeza, por la espalda, mientras trataba de cargar de nuevo su fusil...

Media hora más tarde, ya recobrado el conocimiento, Mass, ciego, chato y manco, gritaba desgarradoramente, solo, en medio del desierto: ¿Moss, dónde estás? ¡¡Moss, es preciso que me mates...!!

El camarero

"¡Imbécil!", profirió el cliente sentado en el velador de la terraza, cuando el camarero, distraídamente, dejó caer una gota de leche en su pantalón. El camarero, circunspecto, pidió perdón y se apresuró a limpiárselo. Su jornada transcurrió sin más incidentes dignos de reseñar. Una vez en su casa, al sentarse en la mesa para cenar, su mujer dejó caer una gota de vino sobre su pantalón, inadvertidamente. El camarero no dijo nada. Otro, en su lugar, la hubiese propinado una sonora bofetada.

El golpe

Había cenado copiosamente en un restaurante italiano con unos amigos y aunque vivía lejos, decidí –tras despedirme de todos y para despejarme un poco– continuar andando un buen rato. Era ya madrugada. De repente, empezó a lloviznar y decidí tomar antes de tiempo el taxi. No resultó tarea fácil. En la confluencia de dos concurridas calles divisé una luz verde. Un semáforo impidió que se acercara. "¡Taxi!", exclamé nervioso e impaciente por la ya prolongada espera. El semáforo en rojo me impedía atravesar la calle y montar en él. De repente, una pareja de jóvenes pretendió arrebatármelo. Confiaba en que el taxista me hubiera visto, pero la luz seguía "verde". La pareja, nerviosa, no aguantó a que el semáforo se abriera. Se lanzaron a la busca y captura de aquel taxi. No miraron a su derecha. Lo que voy a contar me sobrecogió: un veloz coche, quizá a noventa por hora, embistió al joven

de tal manera que el muchacho voló por los aires, como un muñeco de trapo, un pingajo, describiendo un amplio semicírculo y cayendo de cabeza sobre el parachoques de un coche mal aparcado. Los gritos desgarradores de su compañera inundaron la calle. Los escasísimos testigos del atropello corrimos hacia la víctima. El coche se dio a la fuga. Minutos más tarde llegó la Policía. El joven sangraba por la boca y de una herida en la cabeza. Poco después llegó una ambulancia. La Policía tomaba notas mientras cada uno daba su particular versión de los hechos. Media hora más tarde todo el mundo se había ido. Yo me resistía a hacerlo. "¿Vivirá?", pregunté a los dos policías. Se encogieron de hombros. Realmente, tampoco ellos sabían nada más que yo. Y, además, supuse que estaban habituados a estos lances. Me alejaba del lugar cabizbajo, cuando de repente me topé con un zapato de hombre, negro, lustroso, al que, al parecer, nadie había prestado atención. Lo recogí con mimo. ¿Sería de la víctima, del joven accidentado? Volví donde los policías y mostré el zapato. No parecieron emocionarse. Ni se inmutaron. Me lo cogieron por cortesía, con cierto asco. Luego, en la cama, sin poder conciliar el sueño, me pasé la noche preguntándome dónde estaría el otro zapato...

El buzón

Tras un viaje de negocios que llevó a cabo por el extranjero, tuvo la ocurrencia de implantar un "buzón de sugerencias" en la fábrica. Una nota colocada encima del buzón indicaba que toda idea o sugerencia digna de interés y aprovechable por la Dirección, sería compensada con una estimable cantidad de dinero en metálico. Fueron numerosas las sugerencias recogidas al cabo de la primera semana. Una de ellas fue tenida muy en cuenta por lo que mucho personal fue despedido al comprobarse, efectivamente, que el trabajo que realizaban no era en modo alguno rentable. Nadie supo quién había sido el autor y responsable de la sugerencia, pues el Director no quiso decirlo. Pero desde aquel momento nadie volvió a depositar misiva alguna en el buzón, y todo el personal se vigilaba con recelo y desconfianza dentro y fuera de la fábrica. Cuando T. se compró

cinco años más tarde un televisor a color, muchos compañeros creyeron ver en él al autor de la sugerencia.

El anticristo

El individuo, acercándose a la ventanilla, espetó: "Soy el anticristo". Había en sus ojos unas diminutas llamas. Era el fuego de la ilusión, de la fe, del propio convencimiento. El funcionario, parapetado en su ventanilla, dejó por un momento de masticar su bocadillo, para decir: "¿Ha traído las pólizas?". El efecto es siempre seguro. Porque nadie lleva jamás pólizas. Salga usted a la calle. Pregunte: "¿Tiene usted pólizas?". Las respuestas más pintorescas aflorarán a los labios de los extrañados transeúntes: "Lo siento, no fumo". "Ahora son las doce y cuarto". O lo que es mucho peor: "Dios le ampare". Desgraciadamente, nadie presta atención a nadie. El presunto anticristo ha abandonado la ventanilla. Comienza a caminar, y sobre sus huellas empiezan a crecer florecillas maravillosas, de todos los colores. Mañana, las mujeres de la limpieza comenzarán a murmurar y a quejarse del trabajo,

cada día en aumento. El presunto se ha acercado ahora al conserje, que está sentado en una mesita con su campanillita. Tocándole con la mano en el hombro, ha comenzado a decirle: "Dígame, buen hombre...". El conserje está ya curado. Él todavía no se ha percatado de nada, pero el reuma tan molesto ha desaparecido y también la úlcera. Pero el conserje, ciego, ha respondido de mala gana: "Hasta mañana no puedo hacer nada. Ha pasado la hora...". "Media vida –solía decir el conserje a su mujer–, daría media vida porque me desapareciera esta maldita úlcera". El anticristo se ha dirigido a la puerta de salida. Ha abierto la boca y unos maravillosos trinos, emitidos por miles de canarios, inundan el ambiente. Dibuja un arco en el aire con su mano derecha y un maravilloso arco iris surge de repente. Y, viendo que pasaba junto a él una señora de buen ver, ha exclamado con emoción: "Señora, tiene usted vida para rato". Una sonora bofetada resuena al mismo tiempo que la palabra "¡grosero...!" El anticristo, con la mano en la mejilla, todavía murmura: "Exactamente hasta el 13 de febrero de 1998. Le quedan por tanto..." Pero la señora, indignada, se aleja presurosa y no puede escucharle. Y lo que es peor, tampoco ver, porque si volviera un poco su vista, si alzara un poco sus ojos, contemplaría un maravilloso enjambre de mariposas que revolotean a su lado sin cesar, en una armonía sin par de colores, a manera de poética escolta...

Vendedor de libros

Habían respondido a un anuncio del diario, en el que solicitaban "vendedores jóvenes, dinámicos y agresivos". Fueron convocados y seleccionados una veintena. Se trataba de vender a domicilio una "fabulosa enciclopedia" con las "máximas facilidades de pago". Previamente fueron instruidos en un rápido cursillo que los iba a capacitar para ser unos "vendedores natos". Se pasaron toda la noche aprendiendo las argumentaciones que al día siguiente recitaron al Jefe del cursillo, a manera de examen final. El citado actuaba como un posible comprador y cada presunto vendedor debía salir airoso de todas las dificultades que les planteaba. Luego, todos juntos, escucharon las respectivas cintas magnetofónicas. En una de ellas, al final, se oyeron sollozos, llantos, súplicas, palabras entrecortadas, "Por Dios, por lo que más quiera..." y "Necesito tra-

bajar". El Jefe del cursillo aconsejó que este tipo de argumentación melodramática fuese utilizada solamente en última instancia y en casos muy concretos.

Adulterio

Engañaba a su mujer desde hacía quince años. Todas las tardes, cuando salía de su trabajo habitual, acudía al apartamento de la otra. Charlaban, jugaban al parchís... y rara vez salían a la calle. A lo sumo, a algún cine de barrio. A su mujer le había contado, en su día, una razonable y poderosa mentira: llevaba, en sus horas extras, la contabilidad de otra pequeña empresa. Un día, a la salida de un cine, fueron descubiertos por su mujer inopinadamente. Fue tal la sorpresa, que lo único que supo hacer fue desprenderse con soltura del brazo de la otra. Su mujer desapareció rápidamente entre la multitud. Cuando llegó a su casa (lo más rápidamente que pudo) su mujer le sirvió la cena sin mediar palabra alguna. Una vez en el lecho matrimonial, le dijo, en lugar de las habituales "buenas noches": "Lo sabía". Y él se quedó con la duda, duda que se llevaría a la tumba veinte años más tarde, de si lo sabría de reciente o desde hacía mucho tiempo...

La limosna

Se conocían desde hacía muchos años. El mendigo ocupaba invariablemente su puesto en la acera, en un chaflán cercano a la casa del benefactor anónimo. Se saludaban cordialmente todos los días, cuando le daba invariablemente una moneda de cinco pesetas, con la mejor de las sonrisas. Un día el mendigo se atrevió a exponerle su problema (iban a intervenir quirúrgicamente a una hija suya). Le pidió cien pesetas con un hilo de voz. Desagradablemente sorprendido, el benefactor echó mano de su cartera y se las dio... Durante veinte días el mendigo no le volvió a ver. Pasado este intervalo de tiempo, el benefactor volvió con la mejor de sus sonrisas a su habitual costumbre.

Piorrea

¿Cuándo se empieza a querer, cuándo se deja de querer, cuándo se empieza a odiar? No hay un instante, sino miles de instantes, que al final definen una actitud. Nos prometimos amor eterno, nos unimos para lo bueno y para lo malo, para el resto de nuestras vidas, pero el día en que el odontólogo me diagnosticó "tiene usted piorrea" dejó de besarme.

La bofetada

"Escucha, la vida se nos va y no hemos tenido ocasión de abrir la boca. De niños era diferente. ¿Te acuerdas cuando cantábamos en el coro y el director, con ojos de odio, aguzaba el oído, intentando localizar al causante del desafinado? Una bofetada indicaba el fin de las investigaciones. Te confesaré que yo entonces abría la boca y no profería nota alguna por miedo. Ahora hago lo mismo".

El espía

No se sabía a ciencia cierta si era un buen escritor. El caso es que su existencia transcurría con graves dificultades económicas. Él creía en el arte y abandonó su tierra alemana para vivir una deplorable vida bohemia en París. Se hablaba de una posible conflagración bélica y cierto día un misterioso compatriota le propuso que colaborara por su patria. Le dio tantas razones como francos y terminó aceptando el trabajo que le encomendó. Recorrió Francia, inspeccionando discretamente todas sus fortalezas militares y tomando buena nota de todo. Al final de su viaje envió una magnífica descripción de lo que había visto. Tal fuerza tenía su prosa, tal calor sus descripciones acompañadas siempre de bellas imágenes y metáforas, que su "informe secreto" fue leído y releído por todo el Alto Estado Mayor. Posteriormente por todos los mandos militares, luego termi-

nó publicándose por capítulos en un diario berlinés, que no pudo negarse a que lo reprodujera un diario parisino, el cual tituló el trabajo: “Francia vista por un alemán”. Gustó mucho, pero todo resultó inútil. La guerra estalló tres meses más tarde.

El aborto

El joven matrimonio anunció inesperadamente que se iba a Londres, a disfrutar de unos días de permiso, aprovechando los ventajosos precios que ofrecía una agencia de viajes. Dejaron a los niños al cuidado de los abuelos, que por cinco días no pusieron dificultad alguna. Pero el supuesto día de su regreso, llamaron por conferencia telefónica, advirtiendo que habían sufrido un accidente automovilístico cerca de Cambridge, sin consecuencias graves afortunadamente, pero que ella debía guardar unos días de completo reposo. Toda la familia se conmovió y también la empresa donde él prestaba sus servicios. Al cabo de veinte días, volvieron. Ella visiblemente pálida y ojerosa. Había perdido mucha sangre, pero, ciertamente, el accidente no le había dejado huella alguna visible. Todos intuyeron lo ocurrido realmente, excepto los abuelos, que entendían era una locura alquilar un coche en Inglaterra, "donde todos conducen al revés...".

En Roma

En una comisaría de policía de Roma, un inesperado ciudadano confiesa al funcionario de turno haber matado a una muchacha llamada María Goretti. “¿Y dice usted que la apuñaló repetidas veces? ¿Cuántas exactamente?”. “Siete”, responde con aplomo, “siete”. “Tranquilícese”, “ya la han canonizado”, le responde el agente que había interrumpido de mala gana la lectura del periódico deportivo.

Escena idílica

A.M. se sentía muy feliz cuando el pequeño tren le acercó a su punto de destino. Sus ojos extasiados no se cansaban de contemplar la gran pradera. Pensó que le resultaría imposible cometer una mala acción en una pradera. Un brusco frenazo le indicó que el tren se había parado. Una minúscula casita blanca con unas diminutas ventanas repletas de tiestos, constituía la estación. Fue el único viajero que descendió del convoy. Tampoco nadie montó en él. Un señor grueso y apacible tocó armoniosamente el silbato. El tren, poco a poco, arrancó. Se quedó contemplándolo mientras desaparecía en el horizonte. Como el horizonte resultaba sin fin y el tren marchaba un tanto lento, transcurrieron dos horas y media hasta que lo perdió de vista. Luego reparó en la campanilla. No resistió el impulso y se dirigió al jefe de estación que, en aquel momento,

se dedicaba a regar los tiestos. –"¿Me permite?"– e indicó la campana. El señor grueso y apacible asintió con la cabeza, atento siempre a sus flores. Un alegre campanilleo resonó en la gran pradera al mismo tiempo que una flecha segaba la vida de A.M. Era la señal convenida al plan preparado de antemano por los feroces "pieles rojas", que en número de cinco mil, atacaron sin piedad la estación y la vía férrea. En Washington, naturalmente, ignoraban dicho plan y el susodicho ataque.

La masajista

Un compañero de oficina, guiñándole un ojo, le regaló una caja de cerillas (de las "de propaganda"). Decía su inscripción: "Elizabeth, masajista y manicura..." y un número de teléfono. La llamada tenía el sabor de la aventura. Una voz femenina, cálida, le informó del horario de los servicios. Advirtió a su mujer que llegaría tarde a casa y se presentó en la dirección que le dieron. "Masajista o manicura", le preguntó una agraciada señorita en el solitario hall de recepción. Eligió lo primero, por mera intuición. Una oronda matrona, de aspecto nórdico, fuerte y enérgica le atendió. Le hizo desnudarse casi por completo. Superado el bochorno, se sometió a sus masajes. Fue algo horrible. Cuando la buena señora hubo terminado se sentía totalmente defraudado. Esperaba otra cosa. En el hall pagó y preguntó por los servicios de manicura. La señorita le indicó que ba-

jara a la calle y que en la peluquería de la esquina le atendería una señorita. Confuso y abochornado se fue sin decir “adiós”.

El robo

Dejaba aparcado el coche en una callejuela céntrica, mientras cumplía su jornada laboral en una entidad bancaria. Un día, al salir, sorprendió a un individuo en el interior de su coche. La sorpresa fue tan grande que no reaccionó en el primer momento, dejando que emprendiera la huída. "¡Al ladrón!", gritó desaforadamente, corriendo tras el individuo. A sus gritos unos cuantos transeúntes reaccionaron. Uno de ellos logró ponerle la zancadilla. El fornido individuo cayó al suelo lastimándose un pie. Su cazador le asestó un puñetazo y empezó a sangrar de las narices. Cogido entre cinco empezaron a llamar a un guardia. No acudió ninguno... Se lo entregaron finalmente al empleado bancario. Le metieron en su coche, aconsejándole le llevara rápidamente a la Comisaría más cercana. El empleado, visiblemente turbado, arrancó con el forni-

do ladrón que continuaba sangrando por la nariz... Le ofreció su pañuelo y se ofreció a llevarle a su casa. “No se preocupe, no le voy a denunciar”, afirmó con voz entrecortada.

Incomprendido

La historia de P. D. es vulgar, tremendamente vulgar. Está casado, pero quiere a otra mujer, mucho más joven que su esposa. Trata de justificarse y afirma que no es culpa suya, sino de su mujer, que demuestra una total falta de comprensión.

El fusilamiento

¿Era válida, resultaba moralmente lícita aquella manera que tenía el Coronel P. de divertirse con los prisioneros? Cierto era que los días resultaban eternos en aquel páramo, donde el sol apretaba sin piedad, que el Coronel P. se aburría en extremo y deploraba el hecho de que en la capital no se ocuparan de su anhelado traslado (el día que lo solicitó besó la carta, antes de enviarla) y que tampoco la vida de aquellos reclusos tenía gran importancia... pero hay bromas que pasan de la raya. Por ejemplo, el fusilamiento "acuático". Llamado así por el Coronel P. El primero que soportó la broma se murió del susto. Todo consistía en sacar de la celda a un prisionero escogido al azar, colocarlo en el paredón frente a un pelotón de ejecución, vendarle los ojos para que no viera el truco y gritar "¡Agua!", en lugar de "Fuego". De los fusiles no salían balas, ni tan siquiera perdigones, sino sendos chorri-

tos de agua, al igual que en ciertas pistolas de juguete. La broma dejó de ser tal cuando, con su repetición, harto numerosa, los reclusos se enteraron y dejaron de asustarse. Lo malo fue cuando el Coronel P., dispuesto a seguir la broma hasta el final, gritó "fuego" un día y los fusiles vomitaron balas. El desgraciado recluso, que se sintió más listo y bromista que el propio Coronel P., murió en traje de baño, con los ojos redondos como platos, víctima de la sorpresa...

La quiniela

Trabajaban en una empresa de rígidas costumbres. El personal en general tenía prohibidas las llamadas telefónicas particulares y las salidas injustificadas. A las once de la mañana y a las cinco de la tarde se servía café o té en las propias mesas de trabajo. Los dos amigos idearon un plan para rellenar semanalmente su quiniela múltiple: verse en los "servicios". Todo iba muy bien, pero a los dos meses levantaron las sospechas del Jefe de Sección, al observar que uno de sus subordinados guiñaba el ojo a otro y al cabo de un rato desaparecían en los servicios. Descubrió el escondite... Dejó transcurrir media hora y llamó a la puerta del evacuatorio, en presencia de otros tres directivos. Los dos amigos salieron sorprendidos y cabizbajos. El Director los esperaba en su despacho. No los dejó pronunciar palabra alguna. Tuvieron que asumir la presunta culpabilidad de un pecado inconfe-

sable. “Pero la Empresa, benévola y liberal, les perdonaba. Solamente esperaba que no reincidieran...” Se guiñaron el ojo, sonrientes, a la salida del trabajo. Pero la sonrisa se les heló, cuando ya en sus respectivas casas, observaron cómo sus mujeres, compungidas y llorosas, llenaban sendas maletas con sus ropas y objetos, para que abandonaran el hogar. Minutos antes el Director de la empresa había hablado con ellas por teléfono, largo y tendido...

Rapto

Lo raptaron cuando salía, por la mañana temprano, de su casa camino del trabajo. Lo metieron en un coche a la fuerza y no tuvo oportunidad alguna de reaccionar. Quiso protestar, al tiempo que le colocaban la venda en los ojos, la mordaza en la boca y las ligaduras en las muñecas, pero un fuerte codazo en el vientre le hizo desistir. Les advirtió que no tenía dinero en cantidad apreciable en su cuenta corriente, pero los secuestradores no dieron importancia alguna al hecho. Ellos pretendían una buena suma de la empresa donde trabajaba y ocupaba un alto cargo... Y lo consiguieron. Cuando lo liberaron, corrió a abrazar a su mujer, a sus hijos, a los amigos y compañeros de trabajo. El abrazo más emocionado lo dedicó al Presidente del Consejo de Administración de la empresa, que días más tarde, cuando la emoción de los momentos vividos se hubo disipado, le comunicó que el importe de su secuestro co-

rría en su mitad a cargo de la empresa, pero que de la otra mitad se haría cargo él, por supuesto en cómodas mensualidades a descontar de sus emolumentos. En diez años dejaría saldada la deuda. También le aconsejó que fuera armado en lo sucesivo...

Artrosis

Lo achacaba a la postura adoptada en su mesa de trabajo y a su vida sedentaria... El hecho es que siempre le dolía el cuello, la espalda y las cervicales. Esto último lo sabía hoy el doctor que le atendió fugazmente en la consulta de la Seguridad Social. La cosa, al parecer, no tenía remedio ni solución. Solamente podría encontrar alivio practicando la natación, relajándose, caminando al aire libre... y con los masajes. ¡Ah, los famosos masajes de los que siempre estaban hablando sus compañeros de oficina a todas horas, entre bromas y risas! Él nunca les prestó atención. Pero ahora su salud le preocupaba. Se interesó por los masajes, y un compañero, solícito y sonriente, le mostró un periódico con decenas de masajistas ofreciendo sus servicios. Jamás hubiera supuesto que existieran tantos afectados por la artrosis. De otra manera, se decía, no se justificaría tanta oferta de masajistas. Probó con uno

de los teléfonos reseñados en la sección de anuncios y una solícita voz femenina le informó del horario: de cuatro de la tarde a dos de la madrugada. Le pareció una exageración el horario nocturno. Quiso saber el importe de antemano, pero la voz femenina le dijo: "Eso lo aclararemos aquí, cariño". Le molestó un poco la confianza que se tomaba aquella voz anónima, pero no le dio mayor importancia. Tomó nota de la dirección y al día siguiente se presentó. La enfermera que abrió la puerta de la consulta era muy atractiva. Él le explicó el motivo de la visita, el lugar exacto de las molestias y ella no pareció inmutarse. Le condujo a una salita, blanca, como un quirófano, con su mesa camilla donde le hizo tenderse, boca abajo, tras aconsejarle que se desnudara de cintura para arriba. Se quitó la chaqueta, la camisa y la camiseta, esta última prenda con cierto embarazo. La señorita le preguntó: "¿Servicio normal?". "Normal", respondió él. Y durante media hora aquella experta mujer hizo maravillas con los músculos de su cuello, con su espalda. No parecía fatigarse ni abrió la boca. Entregada por completo a su labor, concentrada, afanosa, hierática, profesional ciento por ciento. Al finalizar la sesión, el paciente se sintió tremendamente aliviado, relajado, satisfecho, feliz. Y la cantidad que la experta masajista le pidió tampoco le pareció ninguna exageración. Le prometió volver otro día. Ella le acompañó hasta la puerta amable y solícita. "Hasta cuando usted quiera", le dijo como despedida. Y cuando el paciente comenzó a descender las escaleras, la masajista tuvo un impulso irresistible y asomándose a la barandilla de

la planta, acertó a decir al cliente que se iba contento y feliz: “Oiga, señor, perdone la curiosidad pero me gustaría saber una cosa: ¿es usted policía?”. Respondió con un no rotundo con la mano, casi sin pararse en su descenso. En el portal, se detuvo a solas con sus pensamientos y se preguntó: ¿Los policías tendrían descuento? Pero no le pareció oportuno dar más vueltas a la cuestión.

El récord

Se había empeñado en batir el récord mundial de permanencia en globo y, tras fatigosos ahorros, al cabo del tiempo, pudo adquirir uno. Llevó a cabo los preparativos necesarios para su ascensión en la plaza mayor del pueblo, coincidiendo con las fiestas del Patrón de la localidad. Una enorme muchedumbre presenció la subida a los cielos, despidiéndole con flamear de pañuelos y griterío ensordecedor. Cuando se convirtió en un puntito perdido en el infinito, la gente se dispersó. Pasaron los días, los meses y nadie supo más de él. Una noche volvió de improviso y en silencio. El pueblo dormía y a través de las ventanas de su casa observó que su mujer abrazaba a otro. Loco de furor, rabia y celos se subió al campanario de la iglesia que se levantaba junto a la plaza y se arrojó a la misma. A la mañana siguiente, cuando descubrieron su cadáver, todos se maravillaron del estado del mismo, porque

teniendo en cuenta que cayendo desde la estratosfera (por lo menos), dada la distancia y el tiempo transcurridos, tenía que haberse volatilizado por fuerza.

Robinson

Una columna de humo se perfiló en el horizonte. Robinson no daba crédito a sus ojos. Diez años llevaba viviendo en aquella isla, perdida en el océano y alejada de todas las rutas marítimas. Y sin nadie que le acompañara en los largos días de soledad. Le llamaré "lunes", se repetía a sí mismo para darse valor, esperando en vano la llegada de un criado negro, como él creía que sucedía en estos casos. Mejor dicho, "martes". Dos años más tarde, pensó en llamarle "miércoles". Tres años más tarde admitió que bien podría llamarse "jueves"... hasta que la columna de humo proveniente del gran barco, que ya se divisaba en lontananza, le hizo olvidar la cuestión... Su barba era muy abundante y larga. El barco, no cabía duda, se dirigía hacia él. Se detuvo junto a la isla. Arriaron un bote y unos marineros con vigorosas y rítmicas paladas acercaron hasta la orilla a un oficial que con las bajeras del

pantalón dobladas hasta la rodilla y los zapatos en la mano se introdujo en el agua, haciendo un gesto muy expresivo de encontrarla muy fría. En tres zancadas se presentó ante el náufrago, le saludó marcialmente e inquirió, mostrándole un arrugado pergamino: "¿Ha escrito usted esto?". El pergamino decía: "¡Socorro!" No, él no había escrito nada. No tenía pluma, ni papel, ni una botella, por supuesto. "Lo siento", exclamó el oficial, y girando sobre sus talones, volvió a meterse en el agua. Dio un saltito al paso de una ola minúscula y subió de nuevo al bote, ayudado por un marinero. Mientras la embarcación se alejaba presurosa, camino del navío, el oficial agitaba la mano saludando cariñosamente al forzado Robinson. No acertó a pronunciar palabra alguna... Se le trabó la lengua. Habían transcurrido demasiados años. "No es posible...", fue lo único que acertó a decir, cuando ya el barco se perdía en la raya infinita del horizonte. Pero nadie le oyó...

Examen mental

Con objeto de comprobar el nivel mental de los internos, la Dirección del sanatorio psiquiátrico nos ha sometido a una prueba escrita. El cuestionario planteaba dos preguntas: "¿Cuántos dioses hay? ¿Cuántos son dos por dos?". Dio tres horas de plazo y muy pocos, en dicho espacio de tiempo, pudieron responder a las mencionadas preguntas. Según la Dirección, las respuestas correctas eran "Uno" y "Cuatro". Yo equivoqué el orden. Y aquí sigo.

Niña de ojos azules

No sonó el despertador y tuvo que vestirse apresuradamente para no llegar tarde a la oficina. En los treinta años que llevaba al servicio de la empresa rara vez se había retrasado. Le consideraban un empleado modelo. Tuvo suerte y cogió en seguida el autobús. Además consiguió un asiento. Una niña de ojos azules le observaba detenidamente. Era graciosa y le dedicó una amable sonrisa. La niña, un poco asustada, le dijo algo a su padre, sentado junto a ella y ensimismado en la lectura de un periódico. El padre interrumpió la lectura y miró inquisitivamente al oficinista. Parecía no dar crédito a lo que veía. El empleado modelo, azorado, descubrió que no se había abotonado la bragueta e iba exhibiendo sus órganos genitales. El padre, profiriendo insultos y groserías, se abalanzó sobre él y le propinó varios puñetazos. Los pasajeros trataron de contenerle. La niña lloraba. Cuando se ente-

raron de la causa de su indignación arremetieron todos contra el sorprendido e involuntario exhibicionista. Lo hubiesen matado de no haber intervenido la fuerza pública. De todas maneras, camino de la comisaría más cercana le propinaron tremendos puñetazos y puntapiés, de los cuales no pudo recuperarse el resto de sus días...

El atropello

Era miércoles. Volvía a casa en su coche, tras una fatigosa jornada laboral. Un imprevisto atasco en el tráfico ponía en peligro la visión del primer tiempo de un apasionante partido de fútbol internacional que ofrecía la televisión. Y aceleró... La niña tampoco puso –también hay que decirlo– mucha atención al cruzar la calzada y el encontronazo resultó inevitable... No se detuvo, porque luego le marean y atosigan a uno con tanta pregunta, aclaraciones, pesquisas y comparecencias ante el juez. Además los testigos, en estos casos, siempre declaran a favor de la presunta víctima, máxime si se trata de un menor de edad. Vio el partido cómodamente sentado en un sillón de su casa, no dijo nada a su mujer en torno al incidente y al día siguiente leyó los diarios deportivos exclusivamente, con los comentarios en torno al partido televisado. Es por ello que no pudo enterarse de que la niña murió en el acto.

En la consulta

Tumbado en el sofá, un paciente me ha hecho pasar una velada maravillosa. Una vida azarosa la suya. Había participado en la guerra de los "boers" y conocido al mítico Sandokán. Últimamente regentaba una pequeña mercería con su mujer. El negocio iba mal y decidió pedir un préstamo al famoso héroe. Cuando le contó su proyecto a su mujer, ésta se echó a llorar y me llamó. Por eso está aquí. Quiere que le ayude a ponerse en contacto con Sandokán, porque no sabe cuál es el prefijo telefónico de Malasia.

La huelga

Decidieron no trabajar durante quince minutos. Habían leído en los periódicos que otros lo hacían y se animaron. Eran cuatro en total y prestaban sus servicios en la pequeña gestoría administrativa desde hacía muchos años. No soportaban a su jefe, el dueño del negocio, pero tampoco habían tenido el valor y poder de decisión suficientes como para dejarlo. Trabajaban mañana y tarde y hacían horas extraordinarias, pero pretendían adelantar la salida de los sábados en media hora. El jefe se negaba rotundamente y cuando descubrió al cuarteto sin trabajar, con los brazos cruzados y en silencio total, los apostrofó, insultó y despidió. Al día siguiente, domingo por la mañana, los cuatro empleados, cariacontecidos, acompañados de sus respectivas familias, le esperaron a la salida de Misa mayor para suplicarle su readmisión.

El preso

No ocurre todas las noches, pero ocurre. En mi celda, en la puerta de mi celda, hay una cruz marcada con tiza. Ya no puedo pagar mi impunidad personal y abusan de mí. Son tres o cuatro, y me desvelan. La primera vez, la primera noche, mi grito fue profundo y desgarrador. Pensé que algo se rompía en mi interior. El capellán de la prisión me preguntó si había sentido algún placer en alguna de las ocasiones. Puede usted suponer que me levanté con dignidad del reclinatorio y me fui lo más aprisa que pude, mordiéndome los labios, porque las heridas, los roces y quizás alguna llaga me están causando un tormento terrible.

El hijo perdido

¿Será él? Veinticinco años habían transcurrido desde su última carta fechada en el frente. "Mamá, tengo miedo y me siento muy solo...". Confesiones inoportunas que solamente servían para acrecentar el dolor de sus padres. La noche que murió reclamó su presencia en vano, cientos, miles de veces... Nadie le oyó, murió desangrado en tierra de nadie, en el anónimo más absoluto, con los intestinos al descubierto, por culpa de la metralla. Y ahora, un comunicado oficial les invitaba a trabar conocimiento, a examinar a un prófugo cuyas características físicas y ciertos detalles le significaban como presunto hijo... "¿Será él?". No pudo conciliar el sueño en toda la noche. "Duerme, mujer, mañana se verá". Para él era lo mismo. La vida no tenía ningún aliciente. Y no pensaba llorar más. Lo importante era no pensar. Los ojos fijos en el televisor, en los periódicos. Ahora ¿qué significaba el

retorno? El tiempo es traicionero. Un rostro inexpresivo, escaso pelo, demacrado... ¿Era él? Lo examinaron de arriba abajo, incluido el dedo meñique. “Mi hijo tenía el dedo meñique de la mano izquierda torcido. Se lo rompió jugando al fútbol y tuvo mal arreglo...”. Aquel individuo tenía un dedo meñique normal. Su única anormalidad la constituía su ceguera provocada por la guerra química. Una gran contrariedad, desde luego. La mujer se dio por vencida, y el marido se sintió liberado. La despedida resultó un tanto embarazosa. “Adiós”, musitó ella, sin atreverse a tocar aquellos brazos que intentaban asirla. Una vez en la calle, la mujer tuvo un momento de vacilación... Se detuvo. “Estoy recordando que no era el meñique de la mano izquierda. Y no me he fijado en su mano derecha...”. “Vamos, mujer, vamos”. El marido la empujó suavemente hacia adelante y lentamente la pareja dobló la esquina...

Lágrimas

La muchacha tenía dieciséis años. Era bonita y simpática, pero los médicos le habían pronosticado escasos años de vida. A lo sumo tres o cuatro... Naturalmente, sus padres y la abuela no contaron a nadie, y menos a la desgraciada, la terrible revelación. A la anciana le costaba mucho contener las lágrimas y aparentar serenidad y felicidad. Por fortuna podía llorar a gusto y sin freno, ante el televisor, ante la propia nieta, cuando una situación dramática justificaba las lágrimas de cualquier emotiva telespectadora, pero que de todas maneras, provocaban el reproche de la muchacha. "Abuelita, no es para tanto", decía la desgraciada. La irrupción en la programación televisiva de numerosos filmes y telefilmes dramáticos le vino muy bien en este aspecto a la abuela. Afortunadamente, cuando nuevamente la programación cambió su contenido y se hizo más frívola y ligera, la muchacha falleció...

Hombre-cañón

Le llamaban así porque trabajaba, en razón de su profesión, en un modesto circo ambulante –tan modesto que no disponían de carpa y es por ello que actuaban siempre al aire libre, cuando no llovía...– de pueblo en pueblo. Se metía en un cañón, redoblaban los tambores, el presentador de pajarita azul decía: "A la de una, a la de dos..." y al decir "a la de tres" salía disparado, cayendo siempre sobre una lona flotante, convenientemente emplazada para evitar un golpe mortal. Un día, sin que nadie supiera por qué, el "hombre-cañón" introdujo subrepticiamente en el cañón triple carga de pólvora y cuando se disparó salió con mayor fuerza, yéndose a estrellar contra el muro de una granja. Quedó destrozado. Más tarde, encontraron en el camerino de su carromato una carta dirigida al "Señor Juez", usual en estos casos, en la que explicaba que estaba harto, hastiado de su vida vulgar y sin horizontes.

Atasco

Tenían muy poco que decirse. Era una pareja sentimentalmente acabada. Pero seguían juntos, porque tenían dos hijos, un chalé en las afueras, un coche último modelo... y se necesitaban. Cada uno en su trabajo, se veían solamente a la ida y al regreso del trabajo. Para ahorrar gasolina habían decidido emplear un solo coche. Él la dejaba en una esquina estratégica y por la noche, en el mismo punto, la volvía a recoger. Se pasaban encerrados en el coche horas y horas, sin dirigirse la palabra, cada uno ensimismado en sus propios pensamientos, si es que pensaban en algo. Él fumaba pitillo tras pitillo y de vez en cuando hacía alguna alusión a los problemas del tráfico, a la mala educación de los otros conductores y a la desidia del Gobierno en el plan de modernización de carreteras. Ella parecía absorta en sus cosas. Mecánicamente ponía la radio y si no le apetecía lo que escucha-

ban terminaba colocando alguna “cassette” de sus preferidos. Canciones de otros tiempos, tiempos de su juventud marchita y olvidada. “L’amore e una colomba...”. “Partirá, la nave partirá, dove arrivera, questo non si sá...”. Había sido siempre una romántica empedernida, sin cura. Su marido jamás había tenido nada de romántico. También le gustaban los tangos: “Caminito que un día muy juntos nos viste pasar...”. Aquella noche, cuando regresaban, como de habitual, en el coche, al enchufar la radio una locutora leía una carta anónima en un consultorio sentimental. Él hizo el gesto de cambiar de onda. “¡Déjalo!”, dijo ella. No sabía de qué se trataba, pero respetó su decisión. La locutora leía una carta, banal, estúpida, cursi, de una de tantas radioyentes. “Mi vida no tiene sentido y, algunas veces, pienso que no sé por qué sigo. Quizá por mis hijos... De no ser así, pienso que me mataría. Bueno, también me imagino que podría encontrar otro hombre e irme con él al fin del mundo, a Honolulú, a Tahití... Quiero vivir, ser feliz, que el agua del mar inunde mi ser...”. El marido, llegado a este punto, cortó la emisión. “¡Qué tonterías hay que oír!”, dijo por todo comentario. “¡Qué loca!”. “¡Vuelve a ponerlo!”, dijo con tono airado la mujer, “¡Esa loca soy yo...!”.

En la piscina

Era una piscina de medidas olímpicas, orgullo del barrio. Asistió a su inauguración un teniente de alcalde, varios concejales, el constructor y muchos vecinos. Habían corrido mucho los constructores para poder inaugurarla en la fecha indicada. Pero lo habían conseguido... Un muchacho se encaramó al trampolín. Se exhibió ante los suyos (sus padres miraban en derredor, ufanos) allí en la altura y, decididamente, se lanzó al agua perfilando en el aire una bella pirueta. La gente aplaudió la acrobacia, pero los aplausos se apagaron al observar que el muchacho no surgía en la superficie. Lo sacaron más tarde, muerto, con una brecha en la cabeza. Con las prisas habían colocado el trampolín en la parte de menor profundidad de la piscina. "No me lo perdonaré nunca", afirmó el contratista.

Un marido

Soy enemigo de la injusticia. Me lo repito todos los días ante el espejo, en el cuarto de baño. Mi protesta ante una situación injusta no tiene límites... Perdón, los tiene. Lo admito noblemente. No soy capaz de arrodillarme en medio de la calle, rociarme con gasolina y prenderme fuego. Soy tímido, vergonzoso y mis alaridos de terror provocarían ciertamente la atención de todos. No me gusta llamar la atención. Hay otras maneras, otras formas. "Clic", la radio que deja de hablar. Resulta más difícil hacer lo mismo con el televisor. Mi familia protesta. Y entonces ¿qué puede hacer uno? Un amigo mío no soporta que nadie le contradiga. Su negativa la respalda con violentos puñetazos en la mesa, estrella botellas, vasos y platos contra la pared. ¿Sería yo capaz de hacer lo mismo?, me dije un día. ¿Por qué no? Y estrellé una jarra contra la pared. Estábamos todos sentados, ocupando un tresillo y

el locutor decía estupideces. Hecha añicos, los cristales se esparcieron por la habitación. “¡Recoge!”, dijo ella, con voz seca y autoritaria. No tuvo la más mínima consideración hacia mi persona, hacia mi dignidad de padre. Delante de nuestros hijos tuve que recoger, uno por uno, todos los trozos de la jarra, arrodillado... Al estirar el brazo para recoger un trozo de cristal alejado, mi hija protestó: “Papá, agacha la cabeza que no me dejas ver...”.

En la cárcel

He sido conducido al locutorio porque tengo una visita sorpresa, según me ha adelantado el funcionario. A través del cristal, observo un bello rostro adornado con una sonrisa. Es una muchacha joven, esbelta, con unos ojos claros... "¡Hija mía!", musito. Hace quince años que no la veía, que no quería verme. Y ahora está aquí. En unos segundos acuden a mi mente bellos recuerdos en tropel. Cuando la tenía amorosamente en brazos y me pedía la Luna, y yo le daba la Luna. El día que la llevé a la escuela por vez primera, con su batita blanca, su lazo y su pelo rubio recogido en una graciosa coleta. Lloraba tanto ante la puerta que nos volvimos a casa. Mi mujer se indignó conmigo y tuve que llevarla de nuevo. De repente, unos leves toques del funcionario en la espalda me hacen volverme. Me indica que no estoy en el locutorio adecuado y que esa

muchacha no es mi hija. La que ahora tengo enfrente, con gafas y gesto fruncido, no me aviva recuerdo alguno.

En el coche

La pareja estaba fuertemente abrazada en el interior del coche, en una carretera secundaria, en la periferia de una gran ciudad. Tan ensimismados estaban que los individuos tuvieron que pegar con fuerza e insistencia en las ventanillas para que se percataran de su presencia. Brutalmente los sacaron de su interior. La muchacha se resistió propinando mordiscos y puntapiés. Al final, semiinconsciente, tuvo que ceder... El muchacho, cauto y temeroso, no ofreció resistencia y cedió ante el capricho de un fornido sujeto. Una hora más tarde, en casa de los padres de la muchacha, contaba la acordada y manipulada versión de los hechos. "Él, pese a lo ocurrido a ella, estaba dispuesto a casarse". Los padres, compungidos, acariciaron con ternura a la muchacha y dieron gracias a la Providencia por aquel hombre que les tocaba en suerte. Su hija jamás contó lo sucedido enteramente aquella noche...

El invento

Era fontanero y en sus horas libres –que eran muchas, dado que en la perdida localidad donde ejercía su profesión, los clientes eran escasos– se dedicaba a "inventar". Nadie le tomaba en serio. Llevaba quince años trabajando en una bomba atómica de bolsillo. Creía haberlo conseguido. Se lo contó al corresponsal del diario de la capital, pero le tomó por loco y no envió ninguna línea. Consternado, dolido y despechado, preparó una explosión nuclear para el día del cumpleaños de su mujer. Al apagar las velas de la tarta de un soplo, un ingenioso dispositivo provocaría la explosión. Así ocurrió. El hongo atómico se divisó a varios cientos de kilómetros y el pueblo prácticamente desapareció del mapa y de la tierra. Dada la lógica ignorancia de los hechos, se hicieron muchas especulaciones en el país y en la capital se practicaron algunas detenciones.

Búffalo Bill

Le llamaban todos "Búffalo Bill", por su vestimenta y por su manera de comportarse. Cogió su revólver y disparó al exterior subido a lo alto del muro que circunda el sanatorio psiquiátrico y que da a un huerto. "Un búfalo menos", dijo enfundando el revólver, y soplando antes para dispersar el humo producido. Fuera, en el exterior, un campesino quedó tendido en el suelo, mientras una mujer lanzaba gritos desgarradores arrodillada a su vera. "Búffalo Bill" contempló el espectáculo y no se inmutó. Minutos más tarde se retiraba. De esta manera no pudo observar cómo el campesino y la mujer se ponían en pie. La pareja estaba ya acostumbrada a estas "actuaciones de Búffalo Bill". Pertenecían al personal del sanatorio y cobraban un plus que la familia del enajenado pagaba religiosamente.

Una carta

Querida mamá:

La primera etapa del viaje la cumplimos sin novedad. Cuando llegamos al hotel, él me dejó y se fue a dar unas vueltas por la ciudad, para los dos desconocida. Quería despejar la cabeza y tranquilizarse. Al quedarme yo sola, sentada en la cama, sin saber por qué, comencé a llorar. Después rápidamente me desnudé, apagué la luz y me acosté. Me introduje tanto entre las sábanas, que desde fuera creo que no se me veía ni tan siquiera un pelo... Cuando él volvió, no quiso encender las luces de la habitación. Sólo sé que, arrastrando sus pies, me preguntó muy quedo: "¿Estás ahí, Ermelinda?".

Bueno, perdona, mamá, pero a pesar de tus deseos no quiero seguir contándote esas cosas que a ti tanto te gustan. Ya no se trata de mí sola, sino también de mi marido...

¡Qué extraño suena a lo primero!, ¿verdad? "Mi marido". Hace unos pocos años me hubiese parecido ridículo nada más el oirlo: "Te presento a mi marido", y nos hubiésemos reído a carcajadas. De todas maneras, ahora que estoy muy lejos, podría contarte muchas confidencias, muchos secretos, muchas cosas que hasta ahora nunca me había atrevido a decírtelas cara a cara. Podría contestarte a ese reproche tuyo, constante, diario: "Pero, ¿por qué te casarás con un tranviario?". Compréndelo, madre, yo no quería quedarme soltera. Siempre me repetía interiormente lo mismo: "Quiero tener un hogar, unos hijos, una persona, un hombre a mi lado que me quiera un poco, un poquito solamente, porque entonces yo le amaré con toda mi alma. Pero ¿dónde está ese hombre, Dios mío? ¿Por qué no viene a mi lado? ¿No sabrá que yo todos los días rezo por él?". Y vino Humberto, que es tranviario y sabe tocar la campanilla de su tranvía como nadie, dulcemente, "tin-tin...". Mamá: ¿no sabías que yo, en la cama, al apagar la luz y quedarme en la habitación sola, solía llorar y tenía que apretar fuertemente mi boca contra la almohada para que no oyeses mis sollozos...?

Ermelinda

En el sofá

"Amo mi profesión, doctor. Me domina, me apasiona, me fascina. A las ocho de la mañana abro la puerta del establecimiento dedicado a la venta de aparatos sanitarios y a las nueve de la noche la cierro. Cuando me quedo solo y se han ido los dependientes me paseo por el local de arriba abajo, observo, toco, acaricio los aparatos sanitarios. Los bidés me excitan. Tienen formas de mujer. Esas curvas sinuosas, esas caderas redondas... Me tengo que contener para no abalanzarme sobre ellos; comprendo los problemas que tuvo el inventor del bidé para introducirlos en el mercado y explicar su utilidad. Problemas dialécticos, de difícil comprensión. Ni un gesto, ni un signo, porque al cliente hay que respetarlo... Perdone, doctor, que me haya ido por las ramas. A lo que iba... También hay lavabos excitantes, los buenos y lujosos lavabos, se entiende. En cierta ocasión...".

Primera Comunión

Teresina se mostraba muy nerviosa y era natural. Todos los niños experimentan lo mismo, días antes, cuando van a hacer su Primera Comunión. Y llegó el día, y a la niña la vistieron de blanco, como si fuera una novia. Radiante estaba Teresina y su madre, y sus abuelos, y sus tíos y demás parientes por parte de madre. Todos juntos, en varios coches, se dirigieron a la iglesia parroquial. La ceremonia resultó muy emotiva, el fotógrafo hizo las fotos de rigor y luego se fueron todos a casa, para celebrar el hermoso día en torno a una copiosa mesa donde no faltó el espumoso. Casi todos los niños, al final de la jornada, suelen sentir una enorme pena cuando se desprenden del traje de su Primera Comunión. El día feliz ha terminado. Pero Teresina fue a la cama, feliz, rendida y contenta. Sabía que el domingo siguiente celebraría su Primera, mejor dicho, Segunda Comunión, con su padre, sus abuelos, sus

tíos y demás parientes por parte de padre. En otra iglesia, con otro sacerdote, pero siempre con seres queridos. Y volvería a repetir el almuerzo en casa de su padre, con sus abuelos... Y volvería a recibir muchos regalos. Le preocupaba solamente una cosa: ¿Se repetirían los regalos? ¿Su padre y su madre se habrían puesto de acuerdo? ¿Sus abuelos habrían hablado antes? ¿Y los tíos? ¿Y los padrinos? La madrina era hermana de su madre y el padrino hermano de su padre. Desde cuando sus padres se habían separado, jamás supo si se hablaban entre ellos. La verdad es que tampoco le había importado mucho. Y llegó el día tan esperado. Y de nuevo volvió a comulgar, por vez segunda, con el mismo traje de la primera vez y sus zapatos blancos. Y de nuevo cortó en casa de su padre la tarta. Y todos aplaudieron. Cuando el lunes regresó al colegio y contó a sus compañeros y compañeras de clase lo de su segunda comunión, todos sintieron envidia de Teresina. Y muchos niños, al volver a casa de sus padres, se sintieron frustrados al verles juntos viendo la televisión, sin hablarse casi siempre... De todos modos, era lo mejor que podían hacer, porque cuando abrían boca era para iniciar una de sus habituales discusiones, interminables y desagradables. Y más de un amiguito de Teresina envidió a ésta y deseó fervientemente que sus padres se separaran de una vez por todas... Para algunos era la primera cosa que le pedían a Dios.

En Suiza

Era una residencia cara y de prestigio. Quizá la más cara y la de mayor prestigio de Suiza. Todos los hijos de las familias más notorias de Europa recibían, en la misma, educación e instrucción. A su servicio figuraban un crecido número de sirvientes de ambos sexos, en su mayoría extranjeros. El último de los contratados, un joven turco de famélica figura, se esforzaba por agradar a la Dirección y complacer a los educandos. Limpiaba los retretes, servía los desayunos, recogía las pelotas con destreza en las pistas de tenis, llevaba los cestillos con provisiones en las excursiones por la montaña (a la hora del yantar se alejaba discretamente de los grupos y comía en solitario sus bocadillos), etcétera. Un día, en la clase de equitación, al estar uno de los caballos enfermo, como quiera que una niña de ojos azules y cabellos rubios se pusiera a berrear, al ver que quedaba en tierra y sus compañeros se

alejaban en sus monturas, se ofreció a llevarla sobre sus hombros. La niña se divirtió mucho. El joven turco extenuado no pudo al día siguiente servir los desayunos.

Estertor

Vi morir a mi padre y no lo olvidaré jamás. El sacerdote trataba de empujar hacia su garganta la hostia consagrada y casi en el estertor, convertida en un amasijo, volvía con una arcada al exterior. En ese instante le dije: "Padre, tú y yo tenemos que hablar en la otra vida, si es que hay otra vida. Dentro de poco lo vas a saber...". Me miró con sus ojos, grandes como platos, y así se quedaron. Me pregunto si me oyó...

Ofuscación

He perdido mi empleo. Después de veinte años trabajando en la misma empresa me han despedido. Un despido fulminante. Y todo por un momento de ofuscación, sí, o-fus-ca-ción, ésta es la palabra exacta, la palabra que pronuncié ante el director general. Pero fue inútil. Ella chilló, gritó como una histérica. Todo lo eché a perder en unos segundos, la estima de mis compañeros, la consideración de mis jefes. Veinte años de puntualidad y eficacia echados por la borda. ¿Han sido injustos conmigo? Algunos aseguran que sí, que debería ir a los tribunales, que la razón está de mi parte... Pero si voy a los tribunales, los periodistas podrán enterarse de todo y publicarlo. Y aunque pusieran –que no lo harían, estoy seguro– solamente mis iniciales, mi mujer y mis hijos terminarían por enterarse. Quizás, si el juicio se celebrara a puerta cerrada...

Pero seguro que se oiría todo desde fuera. Porque a ella, a la muchacha, le dirían que lo contara todo. Y lo contaría, y chillaría nuevamente. Porque chilló muchísimo. Esa muchacha tiene un grito agudo, penetrante, me consta. Logró que acudiera todo el personal. Ella estaba en el servicio, en los servicios de mujeres, y yo en el de hombres. ¿Qué me impulsó a subirme encima de la taza del inodoro y mirar por la cristalera, al otro lado? No sabría explicarlo jamás... Era la primera vez que lo hacía. Y ella chilló, chilló mientras trataba de bajarse la falda cuando descubrió mis narices aplastadas en el cristal. No sucedió nada más, doctor, se lo juro. ¿Cómo me ganaré la vida de ahora en adelante? No tengo valor para permanecer en una esquina, con el brazo extendido y la mano abierta, solicitando una limosna.

A la fuerza

Nunca falta en un manicomio el habitual enfermo mental que afirma que su familia lo ha encerrado a la fuerza, para quedarse con su fortuna. Por desgracia, muchos de los que esto afirman no tienen ni familia ni fortuna.

Lecciones en vídeo

Cuando la niña de siete años llegó a casa, a sus padres no les hizo mucha gracia lo que contó. A partir del próximo lunes, la profesora había anunciado que les mostraría un vídeo con unas lecciones prácticas sobre la vida sexual de los animales y de los seres humanos. El padre, particularmente, no tenía ningún inconveniente en lo de los bichos, pero que su hija pudiera ver a una pareja "en acción", le asustaba. La madre, más práctica, se puso en contacto rápidamente por teléfono con otras madres en idéntica situación. Todas estaban preocupadas, molestas y susceptibles. Decidieron reunirse en casa de una de ellas el sábado por la tarde, y de dicha reunión salió nombrada una comisión de cinco madres, que se personaron en el colegio el lunes a primera hora. La Dirección, muy comprensiva con el asunto expuesto por la comisión, accedió a la petición. Antes de exhibir las cintas pedagógicas en clase, podrían

contemplarlas y sopesarlas los padres de los alumnos. La noticia corrió como un reguero de pólvora por la ciudad, casi siempre tranquila. El martes por la noche, el salón de actos estaba totalmente abarrotado de padres de familia. Se apagaron las luces y tras una previa presentación de la profesora —que en opinión muy particular de algunos padres era una mujer atractiva y sensual— comenzó el visionado de las tres primeras lecciones. Al llegar a un primer descanso, todos los asistentes estaban conformes con la teoría expuesta. En la segunda parte se visionaron otros tres capítulos, dedicados a los seres humanos, a la procreación, al coito, a las diversas posturas, etcétera. Resulta ahora muy difícil narrar lo que ocurrió entre los asistentes. Habría que remitirse a los comentarios posteriores en cada uno de los hogares, o lo que es peor: a los hechos que se sucedieron y repitieron en más de una casa. Algunos matrimonios, presos de gran excitación en la sala y aprovechando la oscuridad, cometieron actos irresponsables y ofensivos para quienes se sentaban a su lado. Hubo parejas que se besaron con fruición, con pasión, recordando tiempos pasados, de novios. Y en las alcobas, algunas "imágenes" fueron testigos de unos actos que jamás los implicados hubieran soñado con poner en práctica días antes... Las lecciones, de todos modos, fueron prohibidas.

Acaparadora

La pobre viuda vivía sola. A su marido le habían matado en la guerra. No llegaron a tener hijos. Su existencia era muy precaria y las noticias que leía en el periódico la deprimían y asustaban. Decidió invertir sus pequeños ahorros en lo que preveía escasez o encarecimiento... Compró muchos kilos de azúcar, muchos litros de aceite y muchas cajitas de cerillas. Otra lectura del periódico le indujo un día a comprar varias bombonas de gas butano. Su mente empezó a desvariar. De otro modo no se explica que le diera por comprar gasolina de noventa y seis octanos ya que no tenía, por supuesto, coche alguno. Llenaba un bidón de cinco litros en la gasolinera y lo vaciaba en la bañera de su casa. Gastó así todo su dinero y llegó un momento en que no pudo pagar el alquiler del piso. Le llegó el desahucio. Desesperada, pensó en quitarse la vida. Encendió una cerilla junto a la bañera y las bombonas, pero

pensó que ello podría molestar a los vecinos y prefirió dirigir sus pasos hacia el Viaducto. Murió en el acto. Al saberse lo que acaparaba en su casa, fue muy criticada por la vecindad en general.

El árbitro

El partido de fútbol transcurría, en su primera parte, con normalidad, a pesar de su enorme trascendencia para el equipo local. Al llegar el obligado descanso, el árbitro, los jueces de línea y los jugadores de uno y otro bando se retiraron a las casetas. Ya en los vestuarios, el árbitro fue requerido con urgencia al teléfono. Desde una habitación de la Maternidad su mujer le notificaba, con cierta desilusión, que había sido niña... Una preciosa niña de ojos azules. La quinta... En la segunda parte del encuentro –y sin que nadie supiera por qué–, expulsó a dos jugadores del equipo local, con gran rigor en la apreciación de las faltas, señaló un penalti y amonestó a otros tres... Los aficionados locales querían lincharlo, al término del encuentro, que señalaba la victoria del equipo visitante. Protegido por la fuerza pública, impasible y ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor, inició el penoso retorno a su hogar...

Ante el altar

"¿Quiere usted por mujer a María de Tal y Tal?" –me pregunta el sacerdote. Me mira fijamente, como si sospechara la verdad. "Sí, claro, ¿por qué no? Es natural que después de venir hasta aquí...".

Pero las palabras quedan clavadas en mi mente. Todos esperan un "Sí", rotundo y claro también... y lo dije. Soy cobarde. Cientos, miles de veces me repetía a mí mismo: "Mañana se lo digo". Pero al día siguiente me callaba. No soporto las escenas patéticas. Ni el llanto. Basta con tanta comedia. ¿Qué sabemos del amor? Se ama al prójimo por amor de Dios, pero ¿quién es capaz de amar al prójimo simplemente por amor al prójimo? Si a uno le abofetean en una mejilla se le recomienda presentar la otra como medio infalible para conseguir la felicidad en la otra vida. Pero ¿quién es capaz de decir "gra-

cias” una vez recibido el segundo bofetón? ¿Quién? Durante el resto de la ceremonia no fui feliz por culpa del sacerdote...

El secuestrador

Estuvo vigilando a un hombre de negocios que lloraba porque sus familiares se negaban a pagar el rescate. Sabía que trataban de regatear aunque declaraban compungidos por las emisoras radiofónicas que estaban desolados. Luego, en casa, veían sus programas favoritos en la televisión. El secuestrado y él se tomaron mucho cariño. Jugaban a las cartas, al ajedrez y el secuestrado se ponía muy contento cuando ganaba. Luego, de repente, se acordaba de que estaba prisionero y se echaba a llorar. Al separarse –una vez pagado el rescate– se fundieron en un fuerte abrazo de despedida. Cuando meses más tarde detuvieron al secuestrador, el hombre de negocios se personó para su identificación, y exclamó: "¡Sí, es él!", al mismo tiempo que le propinaba una sonora bofetada ante los perplejos policías.

A la media noche

Ciertamente la Residencia para ancianos resultaba muy atractiva en su presencia física. Un edificio moderno, en las afueras de la ciudad, en la parte más sana y aireada, rodeado de árboles y jardines, con su piscina olímpica –que a decir verdad solamente utilizaban las enfermeras–, un agradable comedor, sana comida, cuidados médicos... En resumen: la Residencia contradecía toda una leyenda negra forjada por "unos cuantos" desaprensivos de los medios de comunicación, afirmaba su director muy ufano y orgulloso. Pero cuando los hijos, hijas, yernos, nueras, nietos, nietas, sobrinos de ambos sexos y algunos amigos de los allí residentes se acercaban para visitarlos, se percataban de que la mayoría no se sentía nada feliz.

Pronto supieron por qué: la Dirección había decidido que todos los televisores emplazados en los salones de recreo y en la ca-

fetería fuesen apagados a las doce de la noche. Hubo protestas generalizadas, porque casi todos los canales de televisión ofrecen películas que nunca terminan para la media noche. Y se quedaban sin saber "cómo terminaba aquello". Los parientes y amigos escuchaban pacientemente las quejas de los internados. Uno de ellos, conmovido o posiblemente harto de tanto oír la misma queja cada domingo, decidió introducir subrepticiamente un televisor portátil, para que su madre pudiera ver los filmes enteros en la habitación. La madre invitó a dos amigas. Estas a otras dos y una noche, la enfermera sorprendió a dieciséis ancianos de ambos sexos contemplando un filme muy interesante a las doce y media de la noche. Arreciaron las protestas. Las visitas optaron por contar el final de las películas a los residentes. Pero como muchos no habían visto la película de turno porque habían salido a cenar o bailar o simplemente a tomar unas copas, decidieron inventarse los finales. Y luego, en la Residencia, los ancianos y ancianas discutían acaloradamente, porque cada cual contaba un final distinto. "¡Pues es así –aseguraba uno–, porque mi hijo me lo ha contado...! ¡Y mi hijo no miente...!

Rumbo a Río

No quisieron creérselo cuando el oculista, con el tono de voz apropiado para estos casos, les comunicó que la Ciencia se veía impotente para impedir su ceguera total en fecha no muy lejana... Pero era verdad, una tremenda verdad, a la que tendrían que amoldarse ella, el marido y los hijos, todavía pequeños. La mujer lloró desconsoladamente, pero pasados unos días, más serena, aceptó el amable ofrecimiento de su marido de llevarla a cualquier lugar del mundo, antes de... Ella eligió Río de Janeiro (quizá por culpa de alguna película...). Debido a su modesta posición, adquirieron los pasajes de avión en módicos y cómodos plazos, de tal manera que al perder la mujer la visión totalmente, todavía quedaron pendientes tres letras de cambio de cuatrocientas treinta pesetas cada una. El marido las pagaba de mala gana y maldecía aquel tonto capricho:

“Por lo menos si hubiésemos ido a Lourdes, habría salido más barato y quién sabe...”, pero nunca terminaba la frase.

El pantano

No había otra elección. El pueblo quedaría próximamente sumergido por las aguas del nuevo pantano y tenían que irse... Les habían construido otro pueblo nuevo a veinte kilómetros de distancia. Un anciano del lugar se mostró disconforme y reacio. No atendió a razones y ni corto ni perezoso se subió con provisiones a la torre del campanario. Moriría ahogado. El alguacil por poco murió descalabrado cuando intentó subir para detenerlo. Pensaron que lo mejor sería dejarlo. Al verse solo bajaría por propia iniciativa. No bajó. Y quienes volvieron a por él arrostraron grandes peligros, pues arrojaba grandes pedruscos sobre sus cabezas. Le dejaron por imposible... No se hizo el pantano por falta de presupuesto y cambio de planes. Volvieron todos sus habitantes de nuevo con sus enseres y bártulos a ocupar sus viviendas al cabo de tres meses de ausencia. Encontraron el cadáver del

anciano en un pozo. Calcularon que llevaba dos meses allí abajo. Todo hacía suponer que quiso beber agua y se cayó al intentar llenar el cubo. Quien más, quien menos, pensó que había muerto como quería.

Comunidad de vecinos

Se reunían por vez primera los propietarios de la nueva casa, construida meses atrás en un barrio de la capital. Una reunión amable y cordial al parecer, donde todos se saludaron, reconociéndose unos a otros, tras los fugaces encuentros en el portal, o el ascensor. No hubo discusiones a la hora de adquirir un tresillo, un llamativo tresillo para el portal, pero cuando un propietario denunció una gotera "proveniente de la bajada general" y reclamó la oportuna reparación del empapelado de su dormitorio a cuenta de la Comunidad, se armó un cisco tremendo... Casi llegaron a las manos. De todas maneras, el tresillo gustó a todos. El propietario perjudicado por la gotera entabló pleito contra la Comunidad. Le retiraron el saludo en el ascensor y en el portal, tanto a él como a su mujer, y ningún niño de la vecindad quiso jugar con sus hijos. Se supone que cumplían órdenes de sus respectivos padres.

Llaman a la puerta

Llaman a la puerta y abro: "¿Vive aquí fulano de...?". "Soy yo". Es un individuo uniformado y con gorra de plato el que me ha formulado la pregunta. Es media noche y estoy en pijama. Silenciosamente, en medio de mi estupor, me va entregando un uniforme, un casco, una cantimplora y un fusil. Ya en la escalera, camino de la calle, me dice, a manera de despedida: "No se olvide. Mañana, sin falta, a las diez de la mañana. Pertenece a la IV Agrupación. Tráigase un bocadillo. Es una recomendación particular...". Desaparece ante mi vista. Mi asombro no tiene límites. "¿Quién era?", pregunta mi mujer desde la alcoba. "Nadie. Un pobre". Tengo que actuar rápidamente. Oculto todo lo entregado en un armario trastero. Luego enchufo, mientras silbo una cancioncilla de moda, la radio. Se ha suicidado una conocida actriz. Nada. Una barcaza se ha hundido en el mar del Japón,

ahogándose doscientos nipones. Nada. Durante el resto de la noche no logro conciliar el sueño. Veo a todos los componentes liquidando sus bocadillos. De pronto, un silbido. Un horroroso estruendo. Me estremezco. "¿Te pasa algo?", pregunta mi mujer. "No", respondo. Ahora, en el campo, veo montones de trozos de papel grasiento, único testimonio del sacrificio de unos hombres en aras de... ¿De qué? Oigo ulular una sirena; no hay pan... No puedo más. Me tiro de la cama, abro la ventana que da a la calle y me pregunto: "¿Por qué?". Mi pregunta resuena extraña por las calles vacías, mientras la desesperación me corroe. "¡Quiero!, ¡exijo!, ¡pretendo saber por qué!". Y mi grito desgarrador solamente ha servido para asustar un poco a un gato ladrón que merodeaba entre los desperdicios de los cubos de basura depositados en el borde de la acera. Mi mujer me agarra desesperadamente del pijama y me arrastra al lecho conyugal, mientras comienzan a iluminarse las ventanas de algunos vecinos.

Eructando

Alguien dijo que todos estamos de antemano condenados a muerte y que la vida no es más que una espera del momento ignorado de la ejecución. Todas las noches duermo ojo avizor, porque he visto muchas películas y sé cómo suceden estas cosas... por lo menos en América. De repente se abre la puerta de la celda y aparecen los guardias, un capellán, el director de la cárcel... Te ofrecen antes un buen menú, y yo lo tengo ya pensado. Agua mineral sin gas, desde luego. No me veo eructando en la cabina de cristal, ante los ojos de los curiosos, mientras me colocan esos aparatos para la descarga eléctrica; o esperando a que salga el gas...

El hijo pródigo

"Ahora vuelvo", dijo cierto día a sus padres y en diez años no supieron nada más de él. (Al día siguiente de su marcha descubrieron que se había llevado todo el dinero del arcón). Su novia guardaba la ausencia y esperaba vanamente una carta que jamás llegaría. Su padre, por el contrario, se sentaba todos los días, al atardecer, bajo la gran cruz del calvario, a la salida del pueblo y observaba con impaciencia y ansia el horizonte. Estaba firmemente convencido de que un día regresaría... Y así fue. Su silueta inconfundible comenzó a perfilarse y el padre no pudo por menos que exclamar: "¡Es él!". Acto seguido cogió una piedra del camino y se la arrojó con fuerza. El hijo, asombrado, se detuvo y logró esquivarla. Ante la segunda, que pasó rozando su cabeza, puso pies en polvorosa. "¡Sinvergüenza!", exclamó su padre, limpiándose con saliva las

manos mientras observaba cómo se perdía de vista la figura de su hijo. La novia lloró cuando le contó lo sucedido. “No te preocupes, volverá...”. Efectivamente volvió... diez años más tarde. Ya para entonces sus padres habían muerto y su novia se había casado y tenía cinco hijos.

Una muerte

Cuando entré a verla aún hablaba con pleno conocimiento. Se daba cuenta de lo que sucedía, estaba muy nerviosa, rezando con el rosario que tenía entre sus dedos. A mí me reconoció, me quiso hablar, intentó decirme algo, pero no podía. No se le entendía lo que decía, aún podía ver y no hacía más que mirarme... Dio un gran suspiro y falleció. Miré al reloj. Eran las doce y treinta y dos minutos. Lo anoté en mi agenda. Mis hermanos lloraban y María se abalanzó al lecho, diciendo "¡Madre!". "¡Compórtate!", objeté.

Consultorio sentimental

Era “la tía Rosa”. Trabajaba en una de las emisoras locales y era la responsable de un “consultorio sentimental” que tenía un gran éxito. Todos los días le llegaban decenas de cartas, pidiendo consejo y ayuda moral. Para todas tenía la respuesta justa, atinada y adecuada. También el personal de la emisora admiraba a aquella mujer ya madura, de porte distinguido, de carácter sereno y equilibrado, que sabía infundir a través de las ondas confianza y ánimo. Es por ello que causó estupor y conmoción su despido repentino, agravado posteriormente por el hecho de que su sucesora no estaba a la altura requerida para el cargo. Ignoraban que el director de la misma había descubierto que “tía Rosa” ejercía la prostitución en sus horas libres al tiempo que impartía a sus clientes provechosos y aleccionadores consejos. Temía que un día estallara un escándalo y “tía Rosa” lo comprendió.

Aumento de sueldo

Expuso a su jefe la situación en que se encontraba. Llevaba diez años con el mismo sueldo y en su hogar tenía más necesidades porque los hijos habían aumentado y crecido. Quiso conferir a sus palabras firmeza y decisión, pero salieron de su boca suplicantes y llorosas. El jefe escuchó pacientemente y cuando hubo terminado la perorata, replicó rotundamente: "No". Y aclaró que si no estaba contento en la empresa podía irse cuando quisiera. Al llegar a casa, su mujer, con los ojos inquisitivos, aguardaba impaciente. (Ella le había estado constantemente animando y suplicando para que diera tal paso). No se atrevió a decirle la verdad. "A primeros de año tendré un sustancial aumento". Emocionada, le abrazó, mientras él, imperturbable, con los ojos fijos en el calendario de cocina, calculaba que durante tres meses podrían vivir felices y tranquilos.

El discurso

"Seré breve", dijo el homenajeado, levantándose de la mesa. Algunos bisbiseos trataron de acallar a los comensales, que ajenos a lo que sucedía charlaban animadamente. El homenajeado, en pie, esperó pacientemente. Las charlas continuaban. Molesto y cariacontecido se volvió a sentar y continuó comiendo su postre. Casi nadie se apercibió del hecho.

Grandes almacenes

La sorprendieron robando unos pañuelos. Un inspector de los grandes almacenes le condujo a una discreta sala para interrogarla. La mujer, de modesta apariencia, lloraba y aseguraba que no había podido evitarlo, que "un impulso desconocido" le había empujado a ejecutar aquel bochornoso acto. El inspector, escéptico, le advirtió que por ser la primera vez no llamaría a la policía. Pero le pidió su dirección y requirió la presencia de su marido. Al cabo de una hora llegó éste, escuchó el relato del detective y propinó una sonora bofetada a su mujer, que no había cesado en sus sollozos. Se despidieron del inspector y se perdieron entre la muchedumbre de clientes, camino de las puertas de salida. El marido, nervioso, no advirtió que su mujer, distraídamente, cogía un par de medias de un mostrador introduciéndolas en su bolso subrepticiamente.

Accidente

La gente se arremolinaba en el andén del "metro" esperando la llegada del próximo convoy. De repente, una señora que se encontraba junto al borde del andén hizo un movimiento extraño, como si se sintiera mareada. Se balanceó y cayó a las vías, sin que las personas que se encontraban a su vera pudieran impedirlo. Los gritos de horror fueron apagados por la llegada del convoy que no pudo detenerse a tiempo, ante el cuerpo de la infortunada mujer. Un chirriar y un crujir de huesos, unos ayes desgarradores... y nada más. Algunos viajeros chillaban, otros callaban y varias mujeres se desmayaron. Un viajero, molesto y colérico, se acercó al jefe de estación y preguntó: "Y ahora ¿cuánto tiempo nos tendrán aquí?".

Secuestro aéreo

"¡Manos arriba!", exclamó con voz temblorosa el hombrecillo de voz atiplada y gafas aconchadas. Nadie se inmutó. La azafata le sonrió amablemente al pasar. El avión había iniciado el vuelo horas antes y se dirigía de Nueva York a San Francisco. "¿Pero no comprenden –insistió el hombrecillo, casi con un sollozo– que se trata de un secuestro aéreo?". El pasajero de su vera, que leía atentamente un periódico, refunfuñó: "Ya estamos..., lo de siempre". Los demás le miraron con asombro. Algunos con temor. Erguido, encima de un asiento, y sosteniendo en sus manos un revólver, queriendo apuntar a todos no apuntaba a nadie. Casi todos se ocultaron tras los respaldos de sus asientos delanteros y el secuestrador chilló: "¡Quiero verlos a todos!". Nadie se inmutó. "¡Repito que quiero verlos a todos! ¡Cuento hasta tres! Uno..., dos... y tres...". Nadie se

asomó. Una azafata surgió tras las cortinas que separan habitualmente la clase primera de la llamada turista y le tocó tímidamente su hombro. El hombre dio un respingo y se volvió rápidamente, apuntándola con el revólver. La azafata no se inmutó: "Dice el comandante en qué puede servirle". Tras los asientos se asomaron los ojos y narices de los pasajeros. "Quiero un millón de dólares y un paracaídas", exclamó con un rugido el hombrecillo. "De acuerdo –respondió la azafata–, espere un momento". Desapareció tras la cortinilla, pero antes el hombrecillo añadió envalentonado: "Dígale que estoy dispuesto a todo. Nadie llorará mi muerte, estoy solo en el mundo y tengo cáncer. Los médicos sólo me dan tres años de vida... ¡Y quiero vivirlos a cuerpo de rey!". Giró su rostro para que todos los pasajeros le oyeran con claridad y esperó. Unos minutos más tarde, tras las cortinillas apareció el comandante de la aeronave. "¿Es usted el secuestrador?", preguntó obviamente al hombrecillo que empuñaba el revólver. Éste, impresionado por la altura y envergadura del inquirente, afirmó con la cabeza. "Tome. Un millón de dólares. Cuéntelos si quiere. Y aquí está el paracaídas". El hombrecillo miró los dólares y cogió uno. Lo examinó atentamente y exclamó: "Perfecto... Y ahora me ayudará a ponerme el paracaídas". "No faltaba más", replicó el comandante. Solícito, asistido por la azafata, ayudó al secuestrador a enfundarse el paracaídas. Luego le acompañaron hasta la portezuela de salida, situada en cola, seguidos por todos los pasajeros. Cuando el comandante abrió la portezuela, el secuestrador, con el rostro ri-

sueño, exclamó: “Gracias, muchas gracias...” Y desapareció.

El comandante soltó un suspiro de satisfacción y comentó: “No se preocupen. Vuelvan a sus asientos. No irá muy lejos. El paracaídas que le he dado no funciona y además los dólares eran falsos. La compañía tiene previstos estos casos...”. Cuando aterrizaron, le fue facilitada la identificación del secuestrador, destrozado entre las rocas del Cañón del Colorado: “Cuarenta años. Casado. Con cuatro hijos y esperando otro. Sin empleo y en perfecta salud”. “Típico caso desesperado de un pobre padre de familia”, se titulaba la crónica, insertada en la página de sucesos de los diarios...

Un día cualquiera

La profesora, en su casa, se dispuso a corregir los ejercicios de redacción. El tema impuesto era: "Un día cualquiera" y las alumnas quinceañeras en su totalidad, narraban con desesperada y monótona vulgaridad los actos cotidianos que configuraban su inocua e idéntica personalidad. Uno tras otro, la profesora, mecánicamente, corregía los ejercicios. Todas más o menos narraban lo mismo. Eso sí, el hecho no tenía importancia, porque se trataba de pulir el estilo y cuidar la sintaxis. Pero un ejercicio, de repente, le llamó poderosamente la atención. Aquel texto que estaba leyendo delataba, en su ingenuidad, una relación inconfesable. Aterrorizada, volvió a leer el ejercicio. No daba crédito a lo que leía. Apenas pudo dormir. Al día siguiente, aparentando naturalidad, rogó a la autora del ejercicio en cuestión que viniera su padre a verla. Cuan-

do lo tuvo delante le mostró el ejercicio. Turbado y asombrado, negó lo escrito y lo achacó todo a la imaginación de su hija. La profesora, dudosa, dictó otro ejercicio al día siguiente bajo el tema: “Por qué amo a mi padre”.

Llamadas anónimas

Trabajaban en una agencia de Aduanas de la capital y se aburrían soberanamente. El trabajo era más bien escaso y los empleados del "Departamento de extranjero" se las ingeniaban para matar el tiempo. La lectura asidua y exhaustiva de la prensa hizo que uno de ellos propusiera llevar a cabo una divertida broma. Pidieron línea a la telefonista y utilizando el prefijo conveniente llamaron directamente a Londres, al Teatro Covent Garden. "Hay una bomba", advirtió el especialista en inglés. Al cabo de unos días, leyeron la crónica en un diario español, enviada por el corresponsal en la capital británica, que hablaba de una alarma infundada en el teatro en cuestión. Animados por el éxito, repitieron la operación en el Teatro de la Ópera de París y la Scala de Milán. La broma resultaba apasionante, dadas las repercusiones periodísticas, y pensaban que

sería dificilísimo que las llamadas pudieran ser controladas. Un día se les ocurrió llamar al Liceo de Barcelona. Al cabo de unos minutos fueron detenidos todos ellos en la misma oficina.

El misionero

Toda la familia rodeaba al venerable misionero de barba blanca, recién llegado de las selvas africanas. Inquirían con avidez noticias del hijo que un buen día (hacía quince años) se fue "a salvar almas y a merecer la palma del martirio". Había muerto, ciertamente, pero en cama, aquejado de unas fiebres malignas. "¿Entonces no sufrió martirio?", preguntó ansiosamente su madre. El venerable misionero tuvo que explicarles que murió cristianamente rodeado de todos los suyos, de su mujer, de sus hijos... Antes de que nadie pudiera reaccionar les mostró una foto del ex-misionero ("había perdido la vocación", explicó) con su esposa, una hermosa negra, de abultados y deformados labios, y sus hijos, cuatro simpáticos negritos... Consternada, toda la familia guardó un profundo silencio.

La aparición

Paseaba solo por el monte, en un terreno solitario, y repentinamente experimenté una extraña sensación. El viento movía los árboles y creí desvanecerme. ¿Serán éstos los momentos previos a una aparición milagrosa? Un estremecimiento recorrió mi cuerpo. Podía echar a correr, pero permanecía quieto, clavado en el suelo. Mentalmente repasaba las preguntas que le formularía, las entrevistas que posteriormente me harían en la televisión y en los periódicos, lo mucho que podría obtener con una entrevista en exclusiva, y las posibilidades de venta del agua milagrosa, previamente embotellada. ¿En qué lugar exactamente surgiría el chorro? Por un momento llegué a pensar en la posibilidad de pedirle... me da vergüenza decirlo. Empieza por p... Una nube negra ocultó el sol por unos momentos e intuí que toda posibilidad me había sido denegada.

Lentamente, perezosamente, reanudé mi camino... De todas las maneras los negocios petrolíferos resultan muy complicados.

El alba

Me resulta difícil conciliar el sueño. Me pongo a pensar en la hora de mi muerte y llega el alba. Un día más, me digo con gran satisfacción. No quiero que la muerte me sorprenda durmiendo. Quiero saber realmente cómo llega.

Pequeño detalle

El cadáver se halla sobre el lecho mortuorio. La viuda, hacendosa hasta en el dolor, no descuida el más leve detalle. El aposento está limpio y ordenado, pero con un plumero prosigue su concienzuda búsqueda de polvo por todos los rincones, mientras musita unas oraciones. Otra señora, de luto riguroso, acurrucada en un rincón, observa sus afanes y musita asimismo unas oraciones. El féretro, colocado a los pies del difunto, aguarda... Se oye un timbrazo. Las dos mujeres interrumpen sus oraciones y se miran interrogativamente: "¿Serán ellos?". La viuda no responde y se dirige a la puerta, alisándose el cabello. Sí, son "ellos". El momento es trágico, y la viuda comienza a llorar desconsoladamente, mientras indica con la mano dónde se encuentra su marido. El caballero, acompañado de una enfermera, se introduce en la cámara mortuoria.

La viuda, abrazada a su amiga, aguarda fuera. “Era tan bueno, tan bueno..., pero no debería haber hecho esto”, musita. Pasa el tiempo y, por fin, el caballero y la enfermera aparecen. “¡Señora, la conducta de su marido es un ejemplo! La Humanidad necesita de hombres como él, porque la Humanidad necesita ojos. ¡Gracias, en nombre de los que no ven! Uno de ellos, gracias a su marido, verá...”. La viuda arrecia en sus sollozos. El caballero besa su mano y se dirige hacia la puerta, acompañado siempre de la enfermera. De nuevo a solas, las dos mujeres se dirigen a la cámara mortuoria, como si quisieran cerciorarse de que el muerto está allí... Sí, efectivamente, está allí, pero ahora tiene una venda sobre los ojos; mejor dicho, sobre las cuencas vacías... Los sollozos de la viuda se elevan de tono. La amiga la abraza... “¡Es un santo! ¡Es un santo!”, musita. De nuevo, el timbre de la puerta de la calle. Es el caballero: “Perdón, señora. Su marido usaba gafas, ¿verdad?”. La viuda asiente con la cabeza, con lágrimas en los ojos. “Si no le importa..., sería conveniente que me las entregara, porque el “otro” las necesitará, naturalmente...”

Una familia

Dijo “hola” al entrar en su casa y nadie le respondió. La mirada de su mujer y de sus hijos estaba fija, más bien clavada, en el televisor. Malhumorado se dirigió al dormitorio matrimonial. Al cabo de unos minutos regresó, en pijama y zapatillas. Sin mediar palabra, mientras se dirigía hacia su sillón preferido, apagó el aparato al tiempo que con un rápido pescozón desalojaba a uno de los pequeños del asiento. Su mujer se levantó visiblemente disgustada, a conectar de nuevo el televisor. Un grito profundo, terrible, cortó su acción a medio camino. “¡¡¡Quieta!!!”. Visiblemente turbada, próxima al llanto, se sentó en su sitio y para disimular su agitación se dedicó a hojear una revista... mientras los niños, refunfuñando, se fueron a la cama.

El perro

Día tras día, año tras año, en la misma esquina. El ciego tocando un desafinado violín y su perro sosteniendo con sus dientes un sombrero, donde niños y mayores, conmovidos, arrojaban algunas monedas al pasar. Cuando sonaban siete campanadas se retiraban a su casa. El perro le guiaba por calles y plazas hasta llegar a la mísera vivienda donde transcurría su vida en solitario. Un día el ciego murió. Se percató del hecho una piadosa vecina, al no verles salir por la mañana como era habitual; luego el perro que ladraba y ladraba... Se llevaron el cadáver al cementerio y el perro fue conducido a la perrera, en espera de poder confiárselo a otro invidente necesitado de asistencia. Días más tarde se descubrió –hecho, por desgracia, bastante frecuente– que el difunto ciego guardaba en su colchón miles de billetes. Mayor fue la sorpresa al saberse que el pe-

rro, por su parte, ocultaba en su madriguera, bajo unos mugrientos cojines, que despedían un hedor infame, varios cientos de monedas, que se supone sustraía furtivamente del sombrero de su difunto propietario. Es por ello que fue eliminado en una cámara de gas especial para animales.

Fútbol

El equipo visitante necesitaba dramáticamente empatar. Le iba en juego su permanencia en tercera división. L., defensa lateral izquierdo, lo sabía y, como sus compañeros, estaba dispuesto a jugarse el todo por el todo. En un córner chocó con un contrario al intentar rematar un balón. Cayó al suelo. Hizo un gesto de dolor. "Quieto", le musitó un compañero entre dientes. Había que perder tiempo. "Quieto", le dijo el masajista, requerido por el árbitro mientras los jugadores contrarios protestaban. L. permaneció quieto. Llamaron a los de la camilla. Se lo llevaron. Permaneció quieto varias horas afectado de conmoción cerebral. No pudo jugar más al fútbol. Ese día el equipo perdió por un tanto a cero y descendió a categoría regional. "Yo hice lo que pude", afirmaba L. años más tarde al recordarlo.

La tinaja

Siempre me llamó la atención una curiosa tortura china. Introducen a la víctima en una gran vasija o tinaja, llena de aceite, que le llega hasta el cuello. Allí la tienen sentada, reclinada, le dan de comer, de beber, hace sus necesidades en la vasija, durante días y días. Pasado el tiempo necesario, que un experto dictamina tocando y palpando las carnes, es liberada de su inmersión. La tarea para el verdugo es delicada: despojar al torturado de sus carnes, blandas como la manteca, respetando venas, músculos y órganos vitales. Con pericia y habilidad se consigue que la víctima continúe viviendo, despojada de su carne mortal. Me pregunto qué clase de aceite utilizarán para la experiencia. Se dan tantas mixtificaciones, se producen tantas adulteraciones, en la colza sin ir más lejos...

El premio

Tenía prisa por coger el tren que le llevaría nuevamente a su pueblo. Había pasado la jornada cumplimentando todos los encargos, gestiones y compras que le habían encomendado sus paisanos y vecinos. La gran ciudad le destrozaba, le asfixiaba. Tenía prisa por dejarla. Verificó un último encargo: en una lista oficial de la Lotería Nacional comprobó que, efectivamente, a un décimo que le habían dado le había correspondido un pequeño premio. La Administración desgraciadamente estaba cerrada. Nervioso pensando que iba a perder el tren, abordó a un señor, contándole lisa y llanamente lo que le sucedía. El señor le partió la cara, llamó a un guardia que lo llevó a la Comisaría más próxima, le tomaron la declaración, lo encerraron y al día siguiente, comprobada la validez del décimo, lo dejaron en libertad. Cobró el premio y en el primer tren que pudo tomar se volvió al pueblo, donde jamás contó a nadie lo sucedido.

El anciano

Las niñas correteaban a la hora del recreo en el jardín, felices y tranquilas, en aquella apacible tarde de invierno. La hermana religiosa vigilaba y, al tiempo, hacía calceta, sentada en uno de los bancos. Por el sendero, apareció un anciano de noble aspecto, con abrigo y bastón. Al llegar a la altura de la religiosa, se detuvo, se desabrochó el abrigo y se mostró en toda su patética desnudez. Rápidamente, se cubrió de nuevo al tiempo que la hermana profería un grito de espanto. Las niñas interrumpieron sus juegos y se acercaron a la hermana, mientras el anciano se alejaba presuroso. La hermana, turbada, se aturulló y no supo darles ninguna convincente explicación. Las niñas pensaron que habría sido culpa de aquel anciano exhibicionista que todos los días, cuando la hermana hacía calceta, se desabrochaba el abrigo delante de ellas y les regalaba caramelos...

Leones

Trataba de demostrar al empresario que su número circense era único en el mundo. Montó la jaula y encerró en la misma a cuatro enormes leones. Desde fuera entregó a uno de ellos un aro. Un león lo sostuvo con su pata derecha mientras que otro saltaba atravesándolo limpiamente. A otra señal del domador los leones jugaron al corro, erguidos sobre dos patas. Luego con una pelota dieron cabezadas. Lo hacían todo sincronizadamente, con gran maestría. El empresario no quedó muy convencido de la atracción. Le dejaban frío aquellas habilidades de los leones. "Parece como... como si usted les tuviera miedo... No se acerca a ellos, no arriesga nada... En dos palabras: no hay emoción". El domador, sorprendido y dolido por aquellas palabras, se introdujo resuelto en la jaula y profirió un rugido terrible. De un salto los cuatro leones, asus-

tados, se encaramaron al techo de la jaula, y allí permanecieron varias horas. Hasta que no perdieron de vista al domador no se atrevieron a bajar...

Un extraño impulso

Amo a los pobres, quiero a los pobres, ayudo a los pobres. Espero que Dios lo tenga en cuenta. Mi vecino no los ama, no los ayuda. Me consta. Le espío a través de la mirilla de la puerta. Balbucea unas palabras, pero no les da nada. Un día, al cerrar la puerta, uno de ellos escupió... Ha de saberlo. Es justo que lo sepa... Le escribiré una carta anónima. Pero ¿no me traicionará la mirada cuando alguna vez coincidamos en el ascensor? Siempre he tenido que luchar en la vida contra estos impulsos. En Ostende hube de rendirme a ellos. Me sucedió en el paseo marítimo, junto al Kursaal, en una noche de invierno. El viento arreciaba y una figura inmóvil se recortaba a la luz de las farolas. Era yo. Me invadía una infinita tristeza. Al morir, mis ojos añorarán aquel lugar, situado a miles de kilómetros de mi presunto lecho de muerte. Cuando llegue la hora postrera, me

pondré mi mejor pijama, el de rayas verdes y blancas, y aguardaré... Anhelo una espera larga, que me permita repasar los escasos momentos felices de mi vida. Será la única manera de que, después de mi muerte, la comisura de mis labios delate una felicidad interior que nunca existió en mí, pero me satisface imaginar que, al menos, suscitaré envidias... Al dirigirme al hotel, por las desoladas calles, una puerta me sugirió un extraño impulso... Miré en derredor furtivamente. Nadie. Arremetí contra ella. Dos tremendos puntapiés resonaron en la noche. Eché a correr... Ante la puerta del hotel me detuve unos instantes para controlar mi respiración y sofocar el jadeo. Pedí la llave de mi habitación al conserje con gran naturalidad. Al día siguiente partí. Ahora, a miles de kilómetros, suelo recordar el hecho de vez en cuando. ¿Lo achacarían a un bromista, a un fantasma, tal vez? Lo comentarán con cierto temor al acostarse y apagar la luz."¿Volverá a suceder esta noche?". En el confesionario una voz susurra: "Quizá haya sido un aviso de Él. Recen, recen todos los días...".

En la playa

Observo cómo se dirige como una centella hacia la orilla, hacia las olas que se rompen apacible y lánguidamente. “¡Carlos!”. Pero Carlos no me oye. Carlos sigue corriendo. Sus pies chapotean en el agua. Una ola le moja las rodillas. Carlos continúa corriendo mar adentro. Soy incapaz de moverme. Como si estuviera clavado. “¡Carlos!”. He evitado adornar la palabra con diez o veinte signos de admiración. Prefiero explicarlo en pocas palabras: mi grito fue profundo, desgarrador, salvaje. Pero Carlos ya no podía oírlo porque había desaparecido entre las olas. Entonces comencé a correr hacia la orilla. Justo cuando el agua comenzó a mojarme los calcetines me detuve. Mis ojos atónitos contemplaron el mar tranquilo, las olas apacibles. Luego giré sobre mí mismo y vi las huellas de las pisadas de mi hijo sobre la arena, que se esfumaban justamente a mis

pies. Dentro de poco las olas subirán con la marea alta y borrarán todo rastro. Entre las olas diviso un objeto, la gorra de mi hijo. Las olas, poco a poco, me la traen. “¡No es posible!”, exclamo, en un sollozo. “¡No es posible!”. Y ahora es necesario volver a casa, tratar de explicar a mi mujer el caso, hacerle comprender lo ocurrido, evitar que sus sollozos y gritos escandalicen al vecindario, intentar que la gorra recuperada no la use el hermanito más pequeño, mi hijo menor, porque no podría resistirlo, no podría soportar la visión de una gorra con olor a salitre sobre la cabeza de otro hijo mío.

Regreso al hogar

Le ocurrió el hecho un día, al anochecer, de regreso a casa, tras haber cumplido su jornada laboral. Se había olvidado las llaves al salir de casa por la mañana y tocó el timbre. Al cabo de un rato abrió su mujer la puerta. "¿Qué desea usted?". Pensó que estaba de broma. Pero firme en la puerta, no le dejaba entrar. La pregunta volvió a formularla varias veces. Todo resultó inútil. La puerta se cerró con estruendo y rapidez. Rogó, suplicó, chilló, protestó, gritó... Los vecinos se asomaron para ver lo que ocurría en la escalera. Fue entonces, al ver sus rostros desconocidos, cuando se percató de que se había equivocado de portal... Y, por supuesto, de mujer.

Débil

Habían cometido un error imperdonable: asaltar una joyería enclavada en una demarcación que no era la suya. La "mafia" no perdona estas cosas. Lo sabían y es por ello que trataron de huir. En vano, los dos amigos fueron atrapados y conducidos a un sótano discreto. Primeramente se llevaron a uno de ellos. Se cruzaron una mirada de complicidad. No hablarían. Horas más tarde volvió... Resultaba casi irreconocible: un rostro tumefacto, una cuenca del ojo mostrando su horrible vaciedad, tres o cuatro dientes menos, pelo arrancado de cuajo en algunas partes de la cabeza, un hilo de sangre que le brotaba de la comisura izquierda de la boca, y también manchas de sangre en torno a la bragueta que hacían intuir estragos por la zona. Respiraba, jadeaba... "No he hablado", dijo con voz imperceptible. Su compañero, sin embargo, dijo todo lo que

sabía, y dio todos los nombres al instante. Antes de volver junto a su desfigurado amigo se despeinó para disimular un poco y tratar de justificarse...

La silla eléctrica

El grupo de personas de severo aspecto se detuvo ante una de las puertas de los calabozos destinados a los condenados a muerte. Un vigilante abrió solícito. Una figura humana se perfilaba en el catre, oculta totalmente por una manta. Al oír el rumor de pasos, asomó justo la frente, un ojo y un mechón de cabellos, ocultándose nuevamente por completo. "¡Vamos, John, no nos hagas perder el tiempo! Sabes que esto nos disgusta tanto como a ti...". John no se inmutó y el gobernador de la prisión, molesto, tiró de la manta. John, descubierto, se limitó a sonreír... Se irguió de la cama y efectuó unos movimientos gimnásticos. Uno de los vigilantes, visiblemente molesto, no pudo por menos que objetar: "¡Vamos, John, ¿para qué quieres hacer gimnasia?". John acusó el impacto y de repente lanzó un grito terrible: "¡Mamá!". Un grito que resonó en todos los pasillos y corredores de la prisión.

Un grito al que siguieron otro y otros... Lo llevaron de prisa y corriendo, lo sentaron en la silla eléctrica, le ataron de pies y manos y John se calmó. "Te pondremos la venda, John...", le aclaró paternalmente uno de los verdugos. John sonrió tristemente. Dos gruesas lágrimas surcaban su rostro. Se hizo un profundo silencio y segundos más tarde el cuerpo de John se estremeció por un momento. Los testigos asistían mudos y graves al espectáculo. Cuando todo hubo terminado, uno de ellos comentó en voz baja con su compañero: "Hasta el último momento esperé que le indultaran. Al menos, en las películas siempre ocurre eso...".

Masoquismo

¿Ha probado alguna vez a escribir una carta dirigida al "Señor Juez"? Impresiona, ciertamente. Resultaría menos embarazoso iniciarla con un "Mi distinguido amigo". Crea menos violencia en quien la escribe. ¿Y por qué hemos de escribir a los señores jueces solamente cuando decidimos quitarnos la vida? ¿Es que, por ejemplo, no cabe la posibilidad de escribirles cuando descubrimos que somos auténticamente felices? Yo soy feliz, y quisiera que lo supiera el señor juez. Soy feliz en mi soledad, en mi desgracia, en mi pobreza, en mi vacuidad. ¿Signos evidentes de masoquismo? No seré yo quien responda. Sé de muchos que aman al prójimo por amor a Dios. Pero ¿cuántos aman al prójimo simplemente por amor al prójimo? Siento tener que confesar, con cierto rubor, desde luego, que lo estoy consiguiendo...

Retirada

La larga fila de soldados cruzaba la estepa rusa, totalmente cubierta de nieve. El frío era terrible y el viento azotaba sin piedad los rostros de millares y millares de soldados, que de dos en fondo, se batían en retirada. La fila se perdía en el infinito y caminaba lenta, muy lentamente. De vez en cuando, un desgraciado caía en redondo, junto a la fila, muerto de fatiga, de hambre, de frío. Nadie se inmutaba, nadie le socorría. La fila seguía inexorablemente su marcha. Un soldado, bajo de estatura, abandonó momentáneamente la fila y se arrodilló para apretarse las cintas de sus botas. Terminada la operación, quiso integrarse en la fila, pero los compañeros se lo impedían. "¡Atrás, te pones en la cola...!", le gritó uno. Tuvo que esperar catorce horas para agregarse a la cola de la larga fila. Ya para entonces se le habían congelado los dos pies.

La píldora

La mujer recogió la mesa y ayudó a sus nueve hijos a la hora de acostarse. Rendida y fatigada se dirigió a la cama, en la que ya se encontraba su marido hacía rato leyendo una novela. Apagaron la luz y se abrazaron. De repente, el hombre, como picado por un escorpión, se incorporó y preguntó: "¿Te has acordado de tomar...?". Ella dudó, terminó respondiendo afirmativamente, pero él, receloso, se alzó, se dirigió a la cómoda, localizó la caja, contó el número de píldoras anticonceptivas, comprobó el día y más tranquilo, volvió al lecho matrimonial. Ya para entonces, su mujer se había dormido. Pero la despertó...

Seguro de vida

El agente de seguros llamó a la puerta y con su insistencia y verborrea consiguió entrar y sentarse en el sofá del salón-comedor, junto al cabeza de familia. Éste, al principio escéptico y esquivo, se fue mostrando al rato, interesado en el asunto. El agente trataba de convencerle para que suscribiera una póliza "seguro de vida". Insistió mucho en el futuro de su mujer e hijos y en los peligros que ofrece la vida moderna –accidentes de coche, de avión, el cáncer, los infartos de miocardio, los ladrillos que caen de los tejados...– y tanto reforzó estos argumentos, describiendo un panorama tan negro para la presunta viuda y los presuntos huérfanos que, el hombre, en un momento determinado, prorrumpió en sollozos incontenibles. Alarmada, acudió su mujer a consolarle, al mismo tiempo que enojada gritaba al agente de seguros: "¿Qué le ha dicho usted a mi marido?". El agente, cabizbajo, se fue pronunciando confusas palabras...

Homenaje

Treinta años al servicio de la empresa y ahora la jubilación. El dueño, los jefes y compañeros organizaron en su honor un almuerzo en un modesto restaurante. El discurso del dueño resultó conmovedor. Luego sus compañeros reclamaron unas palabras del homenajeado. Todos habían bebido más de la cuenta. El probo empleado, "ejemplo de sumisión, honradez y abnegación", puesto a duras penas en pie por sus compañeros de mesa, sólo acertó a balbucear: "Cerdos... sois todos unos cerdos". Le jalearon, le tiraron migas de pan y con grandes risotadas le hicieron sentarse a la fuerza de nuevo en su silla. Al día siguiente, abochornado, el homenajeado se presentó para dar las gracias y excusarse, pero ni el dueño ni los jefes quisieron recibirle. Volvió a su casa y lloró largo rato.

El incinerado

"¡Me iré! ¡A la India si es preciso!", exclamó fuera de sí, pegando un puñetazo en la mesa, ante la mirada asustada de todos los suyos. Nadie le replicó. En silencio, todos siguieron comiendo. Había comenzado todo a propósito de un panteón. El periódico insertaba un anuncio por palabras comunicando la venta de uno en el cementerio más importante de la ciudad. "De particular a particular", decía. Su mujer, al leerlo, emitió un profundo suspiro. Anhelaba disponer para toda la familia de un digno, amplio y confortable panteón..., pero "¡eran tan caros!". Un día, inevitablemente, fallecería algún miembro de la familia... ¿y dónde sería inhumado? Doña Águeda estaba convencida, además, que sería la primera en "ser llamada por Dios". Se había hecho tanto a la idea, que también daba por descontado cuál sería la causa de su muerte: el cáncer. "Todos mueren de cáncer", aseguraba constan-

temente. Cuando alguien le confiaba que iba a ser operado de apendicitis –un ejemplo–, doña Águeda añadía siempre: “No se fíe... a lo peor es cáncer. Los médicos nunca nos dicen la verdad...”. No albergaba duda alguna de que el cáncer estaba hace tiempo instalado en sus entrañas. Cuando las señoritas postulantes se le acercaban en el Día de la Lucha contra el Cáncer, solicitando un donativo, con las habituales palabras “Para el cáncer”, doña Águeda respondía sonriente y ausente: “Gracias, ya lo tengo...”. Su marido, pacífico y bonachón sufría con esta manía de su mujer. Por otra parte, no estaba dispuesto a invertir parte de sus ahorros, bien sudados por cierto, en un panteón... Siempre daba largas al asunto. Hasta que un día descubrió la existencia del incinerador. ¡Ya estaba todo solucionado!, pensó. Pero no reparó en el gesto de su mujer..., porque a doña Águeda no le agradaba en absoluto la idea de ser incinerada. De nada valieron las argumentaciones de su marido: “Con el dinero que te den por mis ojos y los riñones, tendrás para una buena incineración”; “No te quedarás sin ningún recuerdo: entregan una caja con las cenizas”; “No huele mal el cadáver al quemarse: adoptan las medidas necesarias”; “Usan butano”, etc. Inútil, era inútil y es así que, no pudiendo contenerse más, harto de tanta incomprensión, fuera de sí, trajo a colación la India...

El cerco

Le conminaron para que desalojara su vivienda, una modesta barraca de una planta declarada en ruinas en medio de una zona de expansión urbanística, pero se negaba siempre en rotundo. Tuvieron que recurrir a la fuerza, pero se atrincheró con su vieja escopeta y nadie se atrevió a acercarse... Reporteros y redactores se interesaron por su actitud que duró cuarenta y ocho horas. Gracias a los buenos oficios y promesas del teniente de alcalde depuso su actitud. Le prometieron firmemente otra vivienda, nueva y de módico alquiler, y es por ello que se decidió a salir de su atrincheramiento y entregar la escopeta. Por desgracia, el nuevo piso estaba muy lejos y tenían que gastar mucho dinero en transportes tanto él como los suyos. Además, le multaron por no tener licencia de armas y por alboroto público. Quiso protestar pero le tildaron de loco y en las redacciones de los periódicos que se habían ocupado de su

encierro, esta vez no le prestaron atención alguna. Desesperado, volvió a atrincherarse de nuevo, esta vez sin arma alguna. Lo liquidaron en breves minutos con una ráfaga de metralleta, sin contemplaciones.

Alivio

Los domingos es el día de visitas más concurrido en las residencias de ancianos. Acuden familiares y amigos con rostros compungidos. Cuentan a los internados sus tristezas, sus desgracias, sus problemas... Qué enorme alivio experimentan éstos cuando se van.

El chequeo

Le habían dicho que todos los americanos se lo hacen una vez al año; y los suizos también. Más valía prevenir... y aunque gozaba de una salud excelente a sus cuarenta y cinco años, se sometió a un chequeo médico, en una clínica particular. El precio le pareció elevado, pero "la salud no tiene precio" le dijo la bella enfermera que le atendió, muy sonriente. Antes de entregarle en mano el resultado del chequeo, el director del centro clínico quiso hablar con él a solas. Sintió que las piernas le flaqueaban... No debía haber consentido jamás someterse a un chequeo. Seguro que era cáncer... El doctor, amablemente, en tono confidencial, le advirtió que el cheque que les había dejado no lo habían podido cobrar por falta de fondos en su cuenta corriente. Se deshizo en excusas y subsanó el error.

Una educación sentimental

La pequeña María era feliz. Pese a todo, se sentía muy feliz. Gran parte del mérito correspondía a sus padres. ¡Cuántas lágrimas, cuántos sollozos reprimidos! Pero ante su presencia todo eran sonrisas, atenciones y diversiones. ¡Ironía del destino! Ella, la pequeña María, cuya imagen patética había dado la vuelta al mundo, veía a muy escasas personas, leía poquísimos libros –todos ellos sin ilustraciones de ningún tipo, desde luego– y desconocía la existencia de la convivencia social, del cine, de la televisión...

María no tenía brazos por culpa de los efectos de una droga tomada por su madre durante el embarazo. ¡Cuántos trucos, cuántos recursos tuvieron que inventar sus padres para que no se diera cuenta de su defecto! Todos los que la visitaban se enfundaban en una especie de jerseys y camisas sin mangas y ella los aceptaba en su

condición de seres humanos desprovistos de brazos. Iguales que ella. Ignoraba que su padre llegó a colocar, una noche que dormía, el cañón de un pequeño revólver en su sién. Hay algunos momentos en que nos invade la depresión y la desesperanza. Esto llegó a decir el padre de María a su mujer como toda excusa. Y ella lo aceptó porque también tuvo "in mente" la idea de acabar con la dulce, bella y tímida María. ¿Cuántos años habría de durar aquella comedia? A decir verdad, no duró mucho. Cuando un día supo huir de la vigilancia de sus padres y abandonó la habitación interior, de una sola ventana, que daba a un minúsculo patio sin vista ni rastro de vida alguna, que había sido testigo de su despertar a la vida y descubrió la verdad, no dijo nada... Sus ojos quedaron fijos en aquellos niños que en la calle jugaban saltando a la cuerda. Vio aquellos brazos y aquellas manos que la hacían girar y provocaban –casi– unos círculos en el aire. Y cuando, más tarde, su padre llegó ante ella como siempre, con la sonrisa en la boca y el jersey sin mangas enfundado, no pudo por menos que escupirle a la cara, con unos ojos inyectados en odio. El padre, asombrado, sin saber frenarse ni dominarse, no pudo evitar que su mano derecha, falta de control, propinara una sonora bofetada en el rostro de la niña.

Hasta su muerte, acaecida muchos años más tarde, el desgraciado se atribuyó la total culpabilidad del descubrimiento hecho por su hija. Y la hija, no se sabe a ciencia cierta por qué, tampoco le ofreció el consuelo de decirle un día la verdad...

El detective

La mujer, vestida con elegancia, subió, un tanto indecisa, las escaleras que conducían a la modesta, en apariencia, "Agencia de Detectives". Le atendió un señor grueso, de traje arrugado y con manchas, que le pidió por adelantado cierta cantidad de dinero "para atender a los gastos que provocaría la vigilancia de su marido". La mujer extendió un cheque. Sospechaba que su marido se veía los domingos con una antigua doncella de su casa, que se había visto obligada a despedir al sorprender a ambos abrazados en el cuarto de baño. Aguardó con ansiedad varios días y nuevamente se presentó en la Agencia, donde el detective, desolado, le informó que la investigación no había sido posible llevarla a cabo, dado que su marido utilizaba un coche de gran potencia y el suyo era un utilitario. "Esto no es América, señora", terminó diciendo.

El capitán

"¡Al ataque!", gritó el capitán, sable en mano, saliendo de la trinchera, decidido, campo a través, contra el enemigo. Nadie se movió. Las balas silbaban por doquier... Al cabo de un rato, el capitán regresó, jadeante y fatigado. "No quiero cobardes en mi compañía. ¡Al que no me siga haré que lo fusilen!", y diciendo esto volvió a salir de la trinchera, gritando el habitual: "¡Adelante!". Volvieron a silbar las balas y los soldados no se movieron. Esta vez el capitán, afortunadamente, no volvió.

Náufragos

Se encontraban en el límite de sus fuerzas. Se había hablado de efectuar un sorteo para que alguien de los seis fuese inmolado, devorado, comido por los demás, pero la idea no prosperó. La balsa se movía en medio del océano, a merced de las corrientes. Por la noche pasaban un frío terrible y durante el día el sol los abrasaba. Cierta noche, de luna llena para ser precisos, uno de los náufragos se dedicó a observar atentamente las nalgas de uno de sus compañeros, que dormitaba boca abajo, cubierto con un sucinto taparrabos. Observando que era el único que se mantenía despierto, se acercó lenta y cautelosamente al cuerpo tendido, bañado por los pálidos rayos de luna y decididamente echó un mordisco a la nalga derecha del compañero. "¡Ay!", dijo el otro, despertándose sobresaltado. El hambriento, sorprendido, musitó "perdón" y se retiró a una esquina de la balsa, visiblemente turbado.

Huelga de hambre

Decidió llevar a cabo una huelga de hambre. Había muchas cosas con las que no estaba de acuerdo. Vivía en una modesta pensión y era funcionario del Estado. En la oficina donde ejercía su trabajo no se atrevía a proferir protesta alguna. Pero pensó que en su habitación nadie podría impedírselo. La patrona le preguntó si se encontraba en sus cabales. Se sintió incomprendido. Al cabo de una semana totalmente desfallecido, fue recogido por unos camilleros, que lo trasladaron a un centro psiquiátrico. Le administraron suero y le obligaron a comer. Al cabo de tres meses, ya recuperado, volvió a su puesto de trabajo. Le comunicaron que durante su ausencia se había prohibido al personal tomar bocadillo alguno durante la jornada laboral. Como protesta se comió diez bocadillos seguidos. La segunda vez estuvo internado cinco años en el susodicho centro psiquiátrico.

Oriundo

No llegaban en el momento más oportuno. No se había atrevido a contarles, por carta, la verdad y lo que ocurría, porque sabía, además, la gran ilusión que tenían de volver a verle, tras haber abandonado su patria hacía dos años. Y ahora estaban descendiendo por la escalera del avión que los había traído directamente desde Buenos Aires. Le habían dado mucho dinero por fichar por un importante equipo de fútbol español. Al despedirse, les prometió solemnemente que un día les mandaría dos billetes de avión, para que se vinieran a vivir con él. Cumplía lo prometido y por eso estaba allí, esperándoles. Ni su padre ni su madre habían estado jamás en España. Nacidos en una pequeña localidad siciliana, había transcurrido toda su vida en la Argentina... Les extrañó mucho la cara hosca de su hijo, el hecho de que los mantuviera ocultos en su apartamento de

soltero, aislados de todo el mundo, que les prohibiera coger el teléfono para contestar a cualquier llamada... La situación se hizo insostenible. "¡Te avergüenzas de nosotros, hijo!", le decían en tono recriminatorio. Y el famoso futbolista sólo sabía decir: "No es verdad, no es verdad...". Cuando se volvieron a Buenos Aires, el hijo no pudo por menos que emitir un suspiro de alivio.

Ciudadano agresivo

Soy un ciudadano pacífico, amante del orden, enemigo de la injusticia. Pero cuando me provocan, cuando asisto a espectáculos bochornosos –donde la ley del más fuerte se impone sin causa lógica ni justificada– a situaciones inaceptables, a incidentes penosos, donde el débil es fustigado y escarnecido, entonces, una nube roja ofusca mi mente y provoca en mí reacciones insospechadas. Iba yo el otro día, sin ir más lejos, en el "metro". Eran escasos los pasajeros, pero todos los asientos estaban ocupados. Yo permanecía en pie. En una de las estaciones entró en el vagón una señora en estado *interesante*, muy avanzado... Con esto quiero decir que a simple vista era ostensible su embarazo... Bien, no debía pensar lo mismo aquel tipejo, sentado junto a ella, de mirada distraída. Me puse nervioso... y no pude más. Me acerqué al individuo: "Oiga, usted, ¿es que no se ha dado cuenta...?". El individuo parecía no querer

entender. Le propiné un puñetazo en la nariz que le hizo saltar la sangre a borbotones. Un hombrecillo sentado junto a él, salió en su defensa... Le propiné una tremenda patada en el bajo vientre, y cayó como fulminado en el suelo. El resto de los pasajeros, asustados, ni se movieron... Solamente la mujer embarazada –y esto me molestó mucho– se atrevió a increparme... No pude resistirlo. Le propiné tal patada en el vientre que será difícil, supongo, que su parto no resulte prematuro... El convoy se paró en la siguiente estación y me fui apretando el paso. Los viajeros se quedaron atendiendo a los contusionados. Al día siguiente, leyendo el periódico, me sorprendió desagradablemente el hecho de que la parturienta había muerto, "salvajemente golpeada por un desconocido en un vagón del metro". Pero lo más sorprendente era que entre mis víctimas hubiese también un ciego.

Letra impagada

El cobrador llamó a la puerta repetidas veces, con insistencia. Finalmente abrió un niño de aspecto sucio y descuidado, que se limitó a mirar fijamente al hombre con curiosidad. "¿No está tu madre?". El niño contestó afirmativamente con la cabeza, pero cuando el cobrador le conminó a que saliera, el niño le informó que estaba en la cama, enferma, y que le dolía mucho la cabeza. Al cobrador no pareció afectarle mucho el relato del niño. Se limitó a extraer de su cartera una letra de cambio y a dársela al muchacho. "Toma, guapo, dásela a tu mamá... Y ya sabes que si no la paga os quitarán el televisor y te quedarás sin ver a esos payasos que te gustan tanto". Y diciendo esto le dio un cariñoso pescozón...

Un silbido en U.S.A.

Aquel hombre de color se había atrevido a piropear y lanzar un silbido admirativo al paso de una mujer blanca, que se cruzó ante él, en la acera de una pequeña localidad al sur del estado de Virginia. Su abogado defensor alegó cuando lo juzgaron –en camilla, por supuesto y dos meses más tarde, una vez que se hubo recuperado de la paliza que le propinaron *in situ*– que estaba totalmente borracho, pero el argumento resultó inútil ya que el procesado, nuevamente, no pudo sustraerse a la tentación de silbar a una mujer blanca que integraba el Jurado y estuvo a punto de ser linchado en el acto ante el mismo juez. A regañadientes se conformó el público blanco, por supuesto, con la condena a cadena perpetua. Pasados algunos años, al desgraciado le dio por silbar al paso de sus guardianes blancos, que le propinaban tremendas palizas, pero lo cierto es que las largas permanencias en la cárcel suelen originar estos dolorosos percances.

La medalla

Se alarmó al leer en la prensa varios casos de compañeros que habían descubierto que sus medallas de oro, concedidas por sus "méritos laborales" el día de su jubilación, eran falsas. Su mujer, una paciente esclava del hogar, de sus caprichos y manías de viejo, para tranquilizarlo y ante sus insistentes ruegos, mostró la susodicha "medalla" a un experto para que verificara su autenticidad. La pobre señora, no se atrevió, al volver a casa, tras la consulta, a contarle la verdad. "Tranquilo. Es auténtica", dijo. El anciano emitió un suspiro de alivio y siguió leyendo apaciblemente su periódico. Un año más tarde enfermó y su dolencia acentuó el trabajo de su mujer, que noche y día se veía obligada a atenderlo. La fatiga se reflejaba en su rostro. Estaba harta, irritada y no veía el final de aquella insostenible situación. Su marido, en un momento de serenidad y lu-

cidez, le regaló la “medalla de oro” y ella no pudo contenerse. “¡Es falsa, imbécil!”. Una frase que luego, viuda, le remordería hasta la tumba...

La estafa

Dos agentes cruzaron muy de madrugada el cuidado jardín y se acercaron a la puerta principal del magnífico chalet, emplazado en el barrio residencial más lujoso de la capital. Llamaron y se dieron a conocer al mayordomo. El señor, en batín y pañuelo de seda anudado al cuello, les recibía minutos después. Estaba detenido por presunto delito de estafa. Le concedieron unos minutos para que se vistiera y despidiera de los suyos. No quiso despertar a los niños, pero su mujer, agitada y nerviosa, le abrazó con fuerza y trató de animarlo... "Tenías que haberme dicho que las cosas no te iban bien, cariño. No te preocupes. Pediré dinero a papá... ¿Cuánto debes?". El hombre no dijo nada e inclinó la cabeza. "¿Un millón, dos, tres...?". El hombre permanecía en silencio. "¿Son diez, veinte... cien?". La mujer, impaciente y nerviosa le recriminó: "¡Ha-

bla, dime algo, por favor...!". El hombre, sin atreverse a mirarla bisbiseó: "Mil doscientos millones, querida...". Más tarde, la mujer, en la soledad del dormitorio, se consolaba pensando en lo importante que era su marido.

El incendio

El incendio se propagó rápidamente por todo el inmueble, uno de los más altos de la ciudad. Acudieron los bomberos, pero sus esfuerzos por dominar las llamas resultaban inútiles. Casi todos los ocupantes del edificio ascendieron a la azotea. A través de los megáfonos se les advirtió que tuvieran paciencia y aguardaran a que la lona estuviera dispuesta, ya que las escaleras de salvamento no alcanzaban semejante altura. Algunos, semiasfixiados por el humo y no pudiendo contener sus nervios, se lanzaron al vacío, estrellándose contra el suelo, ante la horrorizada mirada de millares de transeúntes curiosos, que se arremolinaban en torno al edificio. Finalmente se tendió una lona, sostenida por medio centenar de bomberos. Algunos caían sobre la lona, pero otros no... Un concejal, nostálgico, a propósito de lo que estaba viendo, comentaba a un colega el espectáculo

que ofrecen en México unos mestizos que se arrojan al mar, entre las rocas, desde una impresionante altura, ante la curiosidad de los turistas, sin sufrir percance alguno. "Todo es cuestión de entrenamiento", afirmó.

El perdón

Cuando la muchacha habló de matrimonio, no quisieron escucharla. Opinaban sus padres que "aquello" era una locura. "¿Qué diría la gente?". A la muchacha no le importaba nada la opinión de la gente. Tampoco le importaba vivir como los gitanos, de ciudad en ciudad, porque su marido actuaba en las plazas de toros. Se querían y eso, a su entender, era suficiente. No lo entendieron así sus padres y un día ella desapareció para siempre. Años más tarde, en el lecho de muerte, el padre los perdonó. El matrimonio acudió junto al moribundo. La hija besó con emoción la frente de su padre y luego aupó a su marido –un famoso torero-enano, figura destacada de un espectáculo cómico-taurino– para que hiciera lo propio...

Educación sexual

Jamás en la vida había sostenido con su hija (única, por cierto) una conversación en torno al tema sexual. Se consideraba muy liberal y progresista a tal respecto, pero no había tenido ocasión de demostrarlo, porque daba la casualidad de que la muchacha nunca había preguntado nada, con gran decepción por su parte y descanso y tranquilidad para su mujer, que en este aspecto era timorata y llena de prejuicios. Pasaron los años, y un día la muchacha anunció que se iba a casar. "Tendrás que decirle algo", arguyó su mujer. Y una noche, padre e hija hablaron. ¿Qué le dijo el padre? ¿Qué cosas preguntó la hija? A ciencia cierta, no se sabe. El hecho es que la madre tuvo que esperar dos horas, y cuando salieron de la salita de estar la hija exclamó: "¡Me dais asco!". Y se retiró a su dormitorio. La madre pensó que había ocurrido lo que temía. Su marido lo había contado todo, absolutamente todo.

En la nuca

¿Hay mucha diferencia entre la postura de quien, como yo, se ha mantenido al margen de todo, sin empeñar mi ética, y los que creen que nuestra sociedad tiene que ser como ellos creen que tiene que ser y nos la imponen? Se dice muy fácil: creo esto, pienso lo otro, pero hay personas que toman nota de todo y más tarde te lo recuerdan y te pegan un tiro en la sien, en la nuca...

Atraco

Tres sujetos de pésima catadura entraron con paso decidido en la entidad bancaria, empuñando sendas metralletas. Al grito de "¡Manos arriba!", todos los empleados y clientes levantaron los brazos asustados. Uno de los atracadores, acercándose al cajero, le ordenó imperiosamente le entregara todo el dinero que tuviera y lo introdujera en un maletín que le tendió. El cajero, sumiso, nervioso, servicial y cabizbajo, fue depositando los fajos de billetes con mucho cuidado y orden en el susodicho maletín. Una vez que hubo terminado la operación, los asaltantes se fueron tan rápidamente como llegaron. La excitación de los clientes y empleados duró varios días y la prensa recogió profusamente el hecho. El cajero compró cinco ejemplares de un diario que mostraba su fotografía, y repetía hasta la saciedad, a todo cliente que se aproximaba a su ventanilla: "Porque tengo cuatro hijos, que si no..."

Déspota

Comían y cenaban en silencio, mientras el padre leía los periódicos. Jamás una palabra, una frase o un comentario habían logrado turbar su lectura. Un día, el hijo mayor expresó su deseo de ser sacerdote, sin que el padre se percatara de lo dicho. En otra ocasión, la hija anunció, con evidente temor reflejado en sus palabras, que se iba a casar. También la madre, años más tarde, comentó que su salud no era buena. Sus palabras se entrecortaron con un débil quejido. Se enteró de su fallecimiento leyendo, naturalmente, el periódico del día, en la mesa, mientras almorzaban. Sus ojos llorosos se encontraron con los ojos cargados de odio de su frustrado hijo y de su hija solterona. Comprendió que no es bueno leer los periódicos en la mesa.

La camarera

Llegó a la gran ciudad y entró a servir en casa de unos respetables señores. Enviaba a sus padres, que vivían allá, en el pueblo, unos modestos giros postales que con los meses fue incrementándolos, gracias a la nueva ocupación que había encontrado como camarera en un lugar que no precisó muy bien en su carta. La alegría y orgullo de los padres por aquella hija tan buena y cariñosa sufrió un rudo golpe cuando recibieron una carta de un tribunal tutelar de menores notificándoles que su hija se hallaba bajo su custodia, tras haber sido detenida en una sala de fiestas, donde, al parecer, prestaba diversos servicios, entre ellos el de camarera. Cuando la enviaron a casa, su padre le propinó una brutal paliza y su madre la insultó y escarneció despiadadamente. Días más tarde desapareció y nunca más supieron de ella. El padre, de vez en cuando, se acercaba por la oficina de

Correos, esperando encontrarse con algún giro postal a su nombre: en vano. Que fuera una prostituta era una desgracia, pero que se comportara tan egoístamente con sus pobres padres, no tenía perdón de Dios, repetía el hombre una y otra vez al funcionario que le atendía.

La camiseta

Su pasión era el fútbol. Mejor dicho, "su equipo" de fútbol. Era, quizá, el reflejo de una frustración... que se acrecentó cuando "su equipo" perdió el Campeonato... por culpa de su "eterno rival". Al día siguiente, lunes, cuando iba a su casa y cruzaba un descampado, donde jugaban al fútbol unos niños, se topó casualmente con uno de ellos, que enfundaba la camiseta... del equipo rival. Lo llamó cariñosamente. El niño acudió solícito y sonriente. Le preguntó amablemente si la camiseta que vestía era de su equipo favorito. El niño respondió afirmativa y orgullosamente y añadió que también era el equipo de su papá. Entonces, el hombre, de rodillas, mirando fijamente al niño, serio, y con sus brazos colocados en los respectivos y pequeños hombros, en plan "de hombre a hombre", le dijo lentamente: "Dile a tu padre que eres un hijo de p...". El

niño parecía no entender. Él insistió. “¿Me entiendes? Dile... a tu... padre... que eres un hijo de p...”. “¿Te acordarás?”. El niño se echó a llorar y él se fue apresuradamente para que la gente no pensara otra cosa...

El viaducto

¿Qué fuerza, qué imán, qué poder oculto tenía aquel viaducto que inducía a la gente a arrojarse desde él? Nadie lo sabía. Un día, un hombre de aspecto modesto. En otra ocasión una señora de edad avanzada que, antes de saltar la barandilla con grandes dificultades, depositó el capazo con la compra del mercado cuidadosamente sobre la acera... En cierta ocasión, otro hombre que transitaba por el viaducto escuchando a un sacerdote abandonó de improviso la compañía de este último y se arrojó rápidamente al vacío. El sacerdote expresó un gesto de impotencia... Colocaron a un guardia de vigilancia y con el tiempo también el guardia se arrojó al vacío. Colocaron a otro guardia, al cual doblaron el sueldo, y éste continuó en su puesto, por fortuna, hasta el día de su jubilación... Murió también en el acto.

Secuestradores

El plan, en su primera fase, salió a la perfección. En pleno vuelo, conminaron al comandante del avión para que aterrizara en el aeropuerto más cercano. Ningún pasajero ni miembro alguno de la tripulación opuso resistencia. Una vez que hubieron tomado tierra, los secuestradores ordenaron tanto a los tripulantes como a los pasajeros que se desnudaran. Pensaban que así les resultaría más penosa una posible huída por las pistas de aterrizaje ante tantos miles de ojos. Porque la noticia había corrido como la pólvora y cientos de curiosos se agolpaban para ver el aparato secuestrado. La policía impedía que se aproximaran. Los secuestradores exigieron un millón de dólares. Las autoridades se negaron. Rebajaron sus pretensiones, pero la negativa persistía... Por último, dado que se conformaban con mil dólares, los mismos pasajeros reunieron la

cantidad requerida y, previa devolución de sus vestidos, entregaron el dinero a los secuestradores y abandonaron el avión. Pero éste no podía despegar porque a juicio del comandante necesitaba combustible. Las autoridades pretendían cobrar su importe y los secuestradores, al ver que les tocaba poner algo de su bolsillo, decidieron entregarse. En medio de las carcajadas generales, se introdujeron abochornados y cabizbajos, en el furgón de la policía.

El conquistador

Estaba casado, tenía seis hijos, pero presumía de "conquistador". Según él, ninguna mujer se le resistía. Todas caían, enamoradas, en sus brazos. Los amigos le envidiaban, le admiraban. "¿Cómo lo haces, qué les dices?". Pero él se encerraba en un mutismo enigmático. No era cuestión de descubrir la miserable realidad de sus promesas... de falso hombre soltero. Juraba amor eterno, fidelidad absoluta, más allá de la vida y la muerte; mostraba las fotos de sus ancianos padres; las cartas de una primera novia que murió (auténticas, desde luego) y la ambición de compartir un hogar cristiano. Ambicionaba tener seis hijos por lo menos y llegado a este punto, insistiendo en el mismo, es cuando conseguía su propósito. Porque para tener tantos hijos era preciso actuar de prisa y sin pérdida de tiempo...

La fuga

Decidieron fugarse, al igual que lo habían hecho tantas parejas de enamorados a lo largo de los siglos. A su vuelta, ante el hecho consumado, los padres de la muchacha no tendrían más remedio que aceptar la situación. El plan salió a la perfección, pero se sintió molesto al regreso, ante la efusiva alegría de los padres de la muchacha, que en momento alguno tuvieron palabras de reprobación. Se casaron de inmediato y meses más tarde, tomando café en casa de sus suegros, pudo enterarse por ellos, gracias a una trivial conversación en torno al carácter fantasioso e infantil de su hija, de lo propensa que había sido su mujer a fugas y escapatorias. Lo achacaban a la lectura de novelas, a la televisión, al cine, a las malas compañías... "Desde luego, usted fue el único que se atrevió a presentarse con ella", afirmó la madre, mirándole con ojos agradecidos y tiernos.

La carga de la Brigada Ligera

"Lo que importa, muchachos, es el estilo", afirmó el capitán, montado en su blanco alazán. Los soldados escuchaban en silencio con la espada desenvainada, mientras los caballos, quizá presagiando el combate, piafaban nerviosos. "La muerte no importa", terminó diciendo el capitán y dicho esto gritó: "¡Compañía! ¡A la carga...!". En perfecta formación la caballería inició el ataque. Media hora más tarde en una extensión de veinte kilómetros, los cadáveres, tanto de soldados como de caballos, salpicaban el vasto campo de batalla. Toda la compañía había perecido. En tierra, los muertos componían bellas figuras. La mirada hacia adelante, el brazo erguido con la espada en alto, la chaqueta abotonada y el cuello de la guerrera perfectamente ajustado.

El guardia

Encontró a dos individuos charlando apaciblemente pero apoyándose en el capó de su coche, aparcado junto a la acera de una calle poco concurrida. Les invitó con corteses palabras a que se apartaran del coche y le dejaran entrar en el mismo. No le prestaron la más mínima atención. Se fue en busca de un guardia. Volvió al cabo de unos minutos acompañado de uno. Llevado por su celo profesional, el agente municipal, ante todo, le extendió una multa por "aparcamiento indebido". Luego les conminó a los dos individuos a que despejaran el lugar y desapareció. Los individuos siguieron charlando y el dueño del coche, confuso, se dirigió a la parada más próxima del autobús que le conduciría hasta su casa. El guardia le había hecho un descuento por pagar en el acto.

“Cabezadura”

“¡El siguiente!”, gritó desde su sillón. Con un gran puro en su boca, examinó con detenimiento al hombrecillo que se asomó tímidamente tras la puerta de su despacho: “¿Qué sabe usted hacer?”, le preguntó insolentemente el empresario circense. El hombrecillo, sin mediar palabra, se subió a una silla y se tiró al suelo de cabeza. Se levantó y tomando carrerilla se lanzó contra la pared. Ésta retumbó. Hizo lo mismo con la pared contigua. Cuando intentó subirse a la mesa del despacho, el empresario gritó: “¡Basta!”. Le tendió un documento: “¡Firme aquí si está conforme! ¡Trescientas pesetas por función!”. El hombrecillo se apresuró a firmar, al mismo tiempo que preguntaba con voz esperanzada: “Son dos funciones al día ¿verdad?”.

Farsante

Se hacía pasar por sordomudo y vendía lotería falsa. Siempre ocupando su esquina, en una calle muy concurrida de la gran ciudad, y dispuesto a desaparecer de la faz de la tierra en cuanto les correspondiera a "sus números" un premio importante. Pero, para su fortuna, esto no ocurría... Hasta se había permitido el lujo de abonar "una terminación" y "una pedrea". La gente compraba sonriente y complacida; le hablaba pero él solamente esbozaba una amable sonrisa. Un día, un ratero que había observado la importancia de sus ingresos, le robó la cartera de improviso. Quiso gritar, pero se contuvo. Hubiese echado a perder el negocio...

Radioaficionados

Se conocieron en onda corta. En los primeros contactos se intercambiaron los saludos y frases de rigor, hablaron del tiempo y de la capacidad de sus respectivos receptores. Pasaron los meses y se tomaron algunas confianzas a través de las ondas. Dejaron de identificarse en clave y se llamaban por sus nombres de pila. Vivían a más de mil kilómetros de distancia, pero terminaron enamorándose apasionadamente uno del otro. Hablaban incansablemente, se excitaban con sus propias palabras y terminaban desvistiéndose. Hablaban desnudos ante los receptores. Al cabo de dos años de relaciones etéreas, decidieron conocerse personalmente. Era inevitable e insoslayable. Concertaron la cita en un punto equidistante. Tomarían sendos trenes. Fijaron día y hora sin gran convicción. El hombre no había tenido jamás el valor necesario para confesarle

que era ciego, y ella, de haberlo sabido, quizá habría tomado el tren. Era tuerta, pero él hubiese permanecido en su ignorancia. De todos modos, el ciego desistió y no tomó el tren.

En la aduana

No sucedía frecuentemente, pero aquella vez le ocurrió a él. El agente de aduanas le mandó abrir las maletas. Venía de Estocolmo, tras un viaje de negocios por cuenta de su empresa. No tenía nada que declarar, pero el agente –debía tener una mala mañana–, insistió... Un frasco de colonia para su mujer, unos juguetes instructivos para sus hijos y unos encargos para sus amigos. Pasó un rato horroroso cuando el agente examinó aquellos extraños artilugios, adquiridos en un establecimiento dedicado a la venta exclusiva de objetos eróticos. No supo explicar al agente ni al jefe superior la utilidad de aquellos vergonzosos objetos, de aquellos juegos, de aquellas prendas, de aquellas cápsulas... Lo retuvieron en el pequeño despacho del aeropuerto para tomarle declaración, pero le permitieron llamar a su mujer. Ésta, nerviosa y excitada, se presentó media hora más tarde.

Fue el propio inspector de aduanas quien le explicó lo que sucedía. Le mostró los objetos que había traído su esposo. No daba crédito a sus ojos. Prorrumpió en llanto y cuando su marido se acercó para consolarla, gritó con voz desgarrada: “¡No me toques!”.

Ahorrando

Tras la cena, a los postres, el hombre extrajo un cuaderno del aparador y con un lápiz se puso a hacer números. Su mujer y los hijos en la habitación contigua, veían un filme en la televisión. Cuando éste hubo terminado y los niños se retiraron a dormir, el matrimonio se quedó comentando la situación económica. "Esto no puede seguir así... Tendremos que prescindir del coche". La mujer se resistía... Por los niños, por los vecinos, por la familia. Esbozó un plan de ahorro, para paliar la situación. "Comemos demasiado, Antonio", y diciendo esto se retiró a la cama. El tal Antonio cerró el cuaderno y lo volvió a dejar en su sitio. Al ponerse el pijama, observó su estómago y pensó que su mujer tenía razón...

Un celoso

Minutos antes de que iniciara su número circense sorprendió a su mujer abrazando a otro, tras el carromato en que vivían. No tuvo ocasión de decirle nada. Les requirieron y se presentaron en medio de la pista, en medio de una atronadora salva de aplausos. En medio de la general expectación y de un silencio impresionante, fue lanzando los cuchillos uno tras otro delineando claramente en la madera la silueta de su mujer, que soportó todos los lanzamientos impertérrita. Cuando hubieron terminado y mientras saludaban al público sonrientes, él, entre dientes, acertó a decir: "Espero que esta noche me des una explicación".

Milagro

"¡Ayúdame, papá!", me ha dicho mi hijo pequeño, con su lengua de trapo. Y me alarga sus cortos brazos para que le ayude a saltar al suelo desde la silla a la que se ha subido. Veinte centímetros escasos le separan del suelo y necesita mi ayuda. Un día, sin darme apenas cuenta, me dirá "nos vamos a casar", "no creo en Dios" o me propinará una sonora bofetada que nos separará para siempre. Pero me consta que, al morir, recordaré tan sólo los hechos felices y olvidaré que me pegó. ¿Me admiran mis hijos? Tengo dudas al respecto. Les hacía desaparecer mi dedo pulgar ante sus ojos asombrados. Su madre se hacía la muerta. Yo, con unos pases magnéticos de las manos y unas palabras mágicas lograba el "milagro". Palmoteaban de alegría. El día que besé la mejilla fría de mi mujer y ellos me secundaron, decepcionados, ante los sollozos de las vecinas, todo

cambió. Ahora puedo coger un fusil y hacer la revolución; escribir un bello libro; descubrir un remedio definitivo para el cáncer..., pero todo resultará inútil. Cuando colocaron la tapa del ataúd perdí mi última oportunidad.

Masaje cervical

Le dolía el cuello, la espalda, y un amigo, con la mejor intención del mundo, le recomendó acudiera a un masajista profesional, porque, evidentemente, notaría un gran alivio con el tratamiento. Le dio una dirección, pero la desechó porque caía muy lejos de su centro de trabajo. Comprobó en un diario que tenía una dirección mucho más cercana y consiguió un permiso de una hora, a media mañana, de su jefe. La dirección consultada le condujo a un moderno edificio, con un portal lujoso y numerosos ascensores. Tanto lujo en los detalles empezó a preocuparle por las tarifas que le pedirían, pero ya era tarde para volverse atrás porque nada más repicar el timbre le abrió una amable señorita que le hizo pasar al interior con la mejor de las sonrisas.

La sala resultaba acogedora, íntima, coqueta. La recepcionista hizo caso omiso de su

tarjeta de visita –es más, mostró cierto asombro ante su conducta– y le preguntó qué tipo de masaje quería: "total" o "parcial".

La alternativa le dejó un tanto perplejo. A ciencia cierta –le confesó a la asombrada señorita– no sabía qué era lo que más le convenía. No era hombre de muchos recursos, pero la salud, para él, era lo más importante. "¿Hacían un precio especial por treinta sesiones, por ejemplo?". La señorita, confusa, le instó a que aguardara un momento porque tenía que consultarlo. Volvió minutos más tarde acompañada de una gruesa señora que le examinó atentamente, con mirada cauta. Le contó, con muchos detalles, el proceso de su dolencia. "Artrosis cervical", le habían dicho. "No tiene cura, pero se puede aliviar". Y por eso estaba allí. La señora asentía. La recepcionista, visiblemente azorada, se abotonó apresuradamente la bata. Le hicieron pasar a una salita que no tenía más que una mesa camilla como todo mobiliario. En la habitación contigua se oían risitas contenidas. Se quitó la camisa y, ciertamente, se llevó una pequeña desilusión cuando vio que entraba la señora gruesa, muy dispuesta, con unos frascos y una toalla. Ciertamente, hubiese preferido ser atendido por la bella recepcionista. La sesión de masajes a manos de aquella robusta matrona no habría de olvidarla en la vida. Daba la impresión de que la señora pretendía que no volviera nunca más por allí. "Desde luego –pensó–, así pocos clientes iban a tener...". Ahogó un "¡ay!", y cuando terminó la sesión sintió un gran alivio. La señora gruesa jadeaba trabajosamente. Se llevó una gran sorpresa al escuchar la respuesta

que recibió al inquirir por el importe de la sesión. “Dígale a su jefe que aquí somos todas muy honradas. Y que estamos diplomadas...”. Le extrañó que su jefe, modélico jefe de sección, tuviera aquellas amistades. ¿No se habría equivocado de “jefe”? ¿Por quién le habrían tomado? De todos modos, cuando llegó a la entidad bancaria donde prestaba sus servicios desde hacía veintidós años, se apresuró a transmitir a su jefe el extraño recado. Éste no daba crédito a lo que oía. Le mandó repetir el mensaje tres veces. Luego contó los pormenores de su visita. Tuvo que hablar con otro jefe más inmediato. A continuación, con el jefe de relaciones sociales. Los compañeros intuyeron que algo grave sucedía... Le abrieron expediente. Seguía sin entender nada de todo aquello. Los compañeros, al pasar junto a él, le guiñaban un ojo. Su mujer prorrumpió en un llanto silencioso cuando se lo contó. “Un degenerado, eso es lo que eres, un degenerado...”, le dijo. Y él, sólo acertaba a decir que no era culpa suya, que podía considerarse un mal congénito. O quizás contraído en tantos años sentado en la mesa del banco. La mujer arreció en sus sollozos. Se calló y se fue a acostar. Sintió que el cuello ya no le molestaba y pensó que, pese a todo, al día siguiente acudiría a una nueva sesión. ¿Qué mal había en ello?

Venecia

No se puede decir impunemente “te quiero” en Venecia.

José Manuel Alonso Ibarrola (San Sebastián, 1934). El año 1961 aparece su primer libro –"Depetris (Historias del tren)"-, que obtuvo una crítica excepcional y fue llevada a la pequeña pantalla por TVE. Sería el inicio de una carrera literaria, dedicada a los relatos cortos, que habría de durar 30 años, hasta 1991. A partir de este año, se ha dedicado plenamente a la literatura de viajes.

Colaboró en la famosa revista de humor *Hermano Lobo,* donde firmaba una sección fija titulada "Episodios de la vida nacional", reunidos posteriormente en un libro. La crítica le ha consagrado como uno de los escritores humoristas más originales de la segunda mitad del siglo XX. El escritor y periodista Eduardo Haro Tecglen, lo consideró un autor "casi clandestino" y el humorista viviente que más le gustaba junto a Elvira Lindo, comparándolo a los "grandes" Jardiel Poncela, Wenceslao Fernández Flórez, Tono, Mihura, Edgar Neville o López Rubio (*El País*, 27 de enero de 2001).

Está considerado en España el pionero de los denominados microrrelatos, que figuran en numerosas antologías.

***Otras obras del autor:**

Depetris (Historias del tren), 1ª edición con ilustraciones de Eduardo Maturana (San Sebastián, 1961).

Historias para burgueses (prólogo de Cesare Zavattini), Ed Fundamentos, Madrid, 1971.

Los dos libros de Alonso Ibarrola (Depetris e Historias para burgueses). Ed. Fundamentos, Madrid, 1973.

Florecillas para ciudadanos respetuosos con la ley (prólogo de Eduardo Tijeras), Colección La fontana literaria. Ed. Felmar, Madrid, 1975.

Por mi grandísima culpa, Ed. Fundamentos, Madrid, 1988.

Antología de humor (1961-1991), Ed. Fundamentos, Madrid, 1994.

Relatos cortos para Cortos metrajes, *Edición a cargo de Elisa Blanco Barba. Prólogo del autor. Madrid, 2007.*

*Ediciones agotadas. Disponibles en versión pdf en www. alonsoibarrola.com

Índice

Políticamente incorrectos, por Isabel Valcárcel .. 9

Humor propio, por Alejandro Fernández Pombo 15

Prólogo, por Cesare Zavattini 19

La Residencia 23
El suicida 25
Sordomudos 27
El vuelo 28
Cena ligera 29
Diario secreto 30
Peligroso 32
Vendedor nato 34
Una boda 36
El Reglamento 38
El semáforo 40
La duda 41
Mendigos 43
La juerga 44
Dulce muerte 46
Recurso técnico 48
La tercera copa 49
El vendedor 51
Ensayo general 53
Carta de América 55
En el avión 57

Rey Mago 59
Torturas 61
Cartas anónimas 63
Un accidente 64
En defensa propia 65
La asistente social 69
La caza 72
Dramas vividos 73
En la oficina 74
Aterrizaje forzoso 76
Hombre-pájaro 79
Las gafas 80
Estampa veneciana 82
Ahorrador 84
La aventura 85
El emigrante 87
Dolor 88
En el “Metro” 89
Declaración amorosa 91
Titanic 93
Juegos de sociedad 95
El líder 96
Concurso 98
El donante 99
El submarinista 100
El discurso 103
El filántropo 104
El voto 106
La calumnia..... 108
La bomba atómica 109
En el Circo 110

Exhibicionista 112
El falso Maestro 113
Examen de conducir 115
Teresina 116
Queridos, adorados hijos 117
Conversación 120
El violador 121
¿Qué será del “Gaviota”? 123
El cuento 125
Agencia matrimonial 127
Incidente 129
Romance anónimo 130
Volando hacia Londres 131
Un desembarco 134
Tímido 136
Ileso 137
Reunión de sociedad 138
El arañazo 139
Vacaciones en familia 141
En el túnel 143
La última carta 145
Auto-stop 147
Inquisición 148
Cáncer 150
El timo de la lotería 152
Salustiano 154
Escobas 156
36 posiciones 157
Último párrafo 158
Hijos y joyas 159
Viajes ilusionados 160

Premio imposible 162
Niño modelo 164
El tornillo 165
Buchenwald 167
Ataque masivo 170
Éxtasis 171
Matar un pájaro 173
El hada 175
El pecador 176
Los novios 178
La hora postrera 179
“La Discreta”..... 180
Los justicieros 181
Aparición 184
Martirio y muerte 185
Agenda de un burgués 188
En el psiquiatra 189
Hundimiento 191
Crisis 192
Historia bastante atroz 193
El muerto 195
Paisajes 196
California, 1800 197
El empleo 299
Perversión 201
En exclusiva 202
En el desierto 204
El camarero 207
El golpe 208
El buzón 210
El anticristo 212

Vendedor de libros 214
Adulterio 216
La limosna 217
Piorrea 218
La bofetada 219
El espía 220
El aborto 222
En Roma 223
Escena idílica 224
La masajista 226
El robo 228
Incomprendido 230
El fusilamiento 231
La quiniela 233
Rapto 235
Artrosis 237
El récord 240
Robinson 242
Examen mental 244
Niña de ojos azules 245
El atropello 247
En la consulta 248
La huelga 249
El preso 250
El hijo perdido 251
Lágrimas 253
Hombre-cañón 254
Atasco 255
En la piscina 257
Un marido 258
En la cárcel 260

En el coche 262
El invento 263
Búffalo Bill 264
Una carta 265
En el sofá 267
Primera Comunión 268
En Suiza 270
Estertor 272
Ofuscación 273
A la fuerza 275
Lecciones en vídeo 276
Acaparadora 278
El árbitro 280
Ante el altar 281
El secuestrador 283
A la media noche 284
Rumbo a Río 286
El pantano 288
Comunidad de vecinos 290
Llaman a la puerta 291
Eructando 293
El hijo pródigo 294
Una muerte 296
Consultorio sentimental 297
Aumento de sueldo 298
El discurso 299
Grandes almacenes 300
Accidente 301
Secuestro aéreo 302
Un día cualquiera 305
Llamadas anónimas 307

El misionero 309
La aparición 310
El alba 312
Pequeño detalle 313
Una familia 315
El perro 316
Fútbol 318
La tinaja 319
El premio 320
El anciano 321
Leones 322
Un extraño impulso 324
En la playa 326
Regreso al hogar 328
Débil 329
La silla eléctrica 331
Masoquismo 333
Retirada 334
La píldora 335
Seguro de vida 336
Homenaje 337
El incinerado 338
El cerco 340
Alivio 342
El chequeo 343
Una educación sentimental 344
El detective 346
El capitán 347
Náufragos 348
Huelga de hambre 349
Oriundo 350

Ciudadano agresivo 352
Letra impagada 354
Un silbido en U.S.A. 355
La medalla 356
La estafa 358
El incendio 360
El perdón 362
Educación sexual 363
En la nuca 364
Atraco 365
Déspota 366
La camarera 367
La camiseta 369
El viaducto 371
Secuestradores 372
El conquistador 374
La fuga 375
La carga de la Brigada Ligera 376
El guardia 377
"Cabezadura" 378
Farsante 379
Radioaficionados 380
En la aduana 382
Ahorrando 384
Un celoso 385
Milagro 386
Masaje cervical 388
Venecia 391

El autor 393

Bibliografía 395